

Lucy Gordon

Bajo el sol italiano

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

BAJO EL SOL ITALIANO, Nº 2090 - Noviembre 2013
Título original: Married Under the Italian Sun
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

I.S.B.N.: 978-84-687-3885-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Damas y caballeros, una vez más con ustedes el concurso de preguntas y respuestas, *Una estrella en mi equipo*, su programa favorito. Donde, como siempre, los famosos los ayudarán a conseguir premios estupendos.

Sentada tras el escenario del estudio, Angel rogó que aquel parloteo acabara cuanto antes. Más aun, que todo ese estúpido negocio llegara a su fin, así como su matrimonio.

Nina, su secretaria personal, la miró con aprobación.

–Estás perfecta.

Desde luego que sí. Angel siempre estaba perfecta. Era su oficio. Con su larga melena rubia, sus grandes ojos azul oscuro, la esbelta figura enfundada en un ceñido traje dorado y las rutilantes joyas, ciertamente estaba perfecta.

–Y a continuación, la espléndida dama que esperáis con impaciencia.

«No con la impaciencia con que yo espero que esto acabe pronto», pensó con ironía, esforzándose por mantener el buen humor.

–La que todos deseamos ver...

«Sí, y más aún desde que mi marido cubrió con mi cara las portadas de los medios de comunicación intentando conseguir un divorcio barato. No te preocupes. Sonríe», pensó Angel.

Una rápida mirada al espejo y su último paseo hacia las luces que le hacían guiños y las cámaras que la atormentaban. Era como un paseo a la guillotina.

–Y aquí la tenemos. La preciosa, la fabulosa... ¡Angel!

La joven avanzó sobre los altísimos tacones al tiempo que extendía las manos y saludaba al presentador con fingido éxtasis.

Antes del comienzo del programa, se había reunido con los concursantes, el señor y la señora Strobes.

–Sentimos mucho lo de su divorcio. Es horrible la forma en que la apartó de su vida –había comentado la señora Strobes.

–El divorcio fue una decisión mutua –se había apresurado a replicar ella.

¿Pero de qué servía defenderse cuando Joe paseaba a su nueva conquista por todas las salas de fiestas y espectáculos públicos?

El público esperaba con una impaciente y morbosa curiosidad su aparición, así que ella saludó con una reverencia y una radiante sonrisa. Aunque casi podía oír sus comentarios.

–Una chica muy sexy... Está buenísima.

Eso era lo que su marido siempre había deseado. Para él había sido una chica muy sexy durante los ocho años que había durado el matrimonio.

Entonces Angel volvió a hacer lo que siempre se esperaba de ella. Tenía que ayudar a su equipo actuando como la rubia tonta mediante gestos repetidos, como llevarse los dedos a los labios en un gesto de ingenua ignorancia y de vez en cuando dejar escapar su característica risita infantil.

Cuando al fin concluyó el estúpido concurso, Angel se precipitó fuera del plató.

Nina la esperaba en la calle con el motor del coche en marcha para arrancarla cuanto antes de la curiosidad del público.

Nina la había acompañado esos ocho años en calidad de secretaria personal, doncella, recadera y, sobre todo, buena amiga. Un poco menor que Angel, era una joven sencilla, sincera y divertida.

–Bueno, por fin todo ha terminado –comentó al oír el suspiro de alivio de su amiga–. Con un poco de suerte ya no volverás a trabajar en esto.

–Sí, cuando llegue a Italia. ¡Amalfi, allá voy!

–Me gustaría acompañarte.

–A mí también me gustaría –respondió Angel con sinceridad–. Pero, incluso aunque pudiera permitírmelo, ya no necesitaré una secretaria. Pienso llevar una vida muy tranquila. Te echaré de menos, Nina.

–Joe me llamó para pedirme que volviera a trabajar para él. Dice que la «querida Merry» me necesita. ¡Merry, vaya tontería! Todos sabemos que su verdadero nombre es Meredith.

–Y el mío es Angela, pero permití que me lo cambiara en beneficio de su imagen.

–Le dije que había encontrado un nuevo empleo. Te confieso que no volvería a trabajar para un hombre estúpido y vulgar que se cree alguien porque le sobra el dinero. Hiciste bien en separarte de él. Y aunque no hayas conseguido una pensión alimenticia decente, al menos te has quedado con un palacio italiano.

–La villa Tazzini no es un palacio. De ser así, Merry no la habría rechazado. Joe la compró para ella y no le permitió verla personalmente porque quería darle una maravillosa sorpresa. El caso es que cuando supo que no era un auténtico palacio, sino una gran casa rural, la sorpresa no fue tan maravillosa.

–Se rumorea que a Joe le costó un millón.

–Un palacio habría costado por lo menos cinco millones. He oído decir que, cuando él le mostró el montón de fotografías de la villa, Merry las rompió en mil pedazos.

–Seguro que Freddy te lo contó –dijo Nina refiriéndose al secretario personal de Joe que, secretamente, siempre había tomado partido por Angel, como todos los que habían trabajado para ella.

–Sí, y además dijo que su lenguaje habría hecho enrojecer a un marinero.

–¿Y Joe le permite hablar así?

–No olvides que es una chica de veinte años y muy sexy. Pavonearse con ella estimula su ego.

–Aunque él sea un gordo de cuarenta y nueve años.

Angel se echó a reír.

–En realidad tiene cincuenta y dos, pero eso es un secreto. Bueno, el caso es que mientras pueda presumir de que ha conquistado a una joven como Merry, ella podrá hablar como le parezca. Cuando rechazó el regalo, Joe decidió cederme la villa. «Puedes quedarte con ella como finiquito del divorcio. O la tomas o la dejas», fueron sus palabras.

–¿Y eso fue todo?

–También me dio una modesta cantidad de dinero que tendré que administrar con cuidado. Servirá para cubrir mis gastos hasta la época de la recolección. Parte de la propiedad es un extenso huerto limonero, así que cuando venda la cosecha tendré suficiente dinero para mantenerme sin mayores problemas.

–Con todo, podrías haber peleado por conseguir una suma de dinero más equitativa. Con los millones que tiene ese hombre, me

parece que el divorcio le salió muy barato.

–Lo sé, aunque eso habría significado que los litigios legales contra su ejército de abogados me habrían mantenido atada a él durante años, así que acepté lo que me ofreció porque, sencillamente, estaba muy cansada. Después de todo, Italia me encanta.

Años atrás, Angel había proyectado estudiar Arte en la universidad y luego especializarse en Italia. Incluso había aprendido el idioma. Pero el sueño se había esfumado cuando su querido abuelo cayó enfermo y necesitó sus cuidados.

Y en ese momento le parecía que al fin se cumpliría el sueño de vivir en Italia, aunque no en Roma ni en Florencia, centros del arte. Su nuevo hogar estaría en una villa de la costa de Amalfi, con sus acantilados que caían a pico en el mar.

En todo caso, cualquier cosa valdría la pena con tal de cuidar al anciano que le había ofrecido un hogar tras el fallecimiento de sus padres cuando era una niña de apenas ocho años. Hacía cinco años que no se habían visto, así que eran extraños el uno para el otro.

–Hola, me llamo Sam –había dicho el anciano cuando al fin se reunieron.

Y desde entonces sólo había sido Sam para ella.

Habían llevado una vida de constante lucha contra la pobreza, aunque suavizada por el amor entrañable que se profesaban.

Cuando Sam enfermó, Angel se dedicó a cuidarlo. Entonces tenía un novio muy apuesto, cuyo atractivo la había impresionado y estaba loca por él. Sin embargo, Angel rompió las relaciones cuando Gavin le dejó muy claro que Sam no tenía cabida en sus vidas.

Con la esperanza de ganar un poco de dinero, había participado en una selección de postulantes para animar un programa televisivo y había obtenido un puesto. Así fue como conoció a Joe Clannan, uno de los principales accionistas de la empresa productora que financiaba el programa. Era un hombre acaudalado, mucho mayor que ella y, cuando le propuso matrimonio, la joven aceptó por el bien de Sam.

Sin embargo, Joe sólo veía en ella una esposa joven y sexy, una especie de trofeo. Como Angela era un nombre muy provinciano para él, se lo cambió por Angel, mucho más sexy según su criterio.

Durante esos años, Joe la llevó a todos los estrenos

cinematográficos, a elegantes fiestas, a la inauguración de todos los restaurantes de última moda y Angel siempre aparecía con las últimas creaciones de los modistos más renombrados, y siempre cubierta de finísimas joyas.

El propósito era mostrar al mundo que un hombre tan vulgar como Joe Clannan tenía una esposa que todos los hombres envidiaban.

Angel lo complacía en todo, agradecida de que Sam llevara una vida tranquila y cómoda bajo sus cuidados, ayudado por dos enfermeros. A menudo, el abuelo olvidaba quién era la joven, pero parecía feliz y eso era todo lo que importaba.

Así fue como Angel se convirtió en una celebridad menor, famosa por ser famosa, por aparecer en programas de concursos televisivos batiendo las pestañas, riendo como una chica ingenua... En fin, haciendo todo lo que podía para que su marido pudiera presumir de ella.

Pero cuando se quedó embarazada, Joe se mostró tal cual era. Ya tenía dos hijos mayores de un matrimonio anterior y no deseaba que su mujer perdiera su espléndida figura. Una vez sugirió que «no había necesidad de tenerlo». Ese comentario provocó una horrible discusión entre ellos. Por primera vez, Angel se mostró firme en algo y él no volvió a tocar el tema. Y todo por nada, porque dos días más tarde ella sufrió un aborto espontáneo.

Durante las semanas de honda depresión que siguieron, Angel se convirtió en «un verdadero aburrimiento», según palabras de su marido. Entonces se lió con una joven de veinte años, porque consideró que con veintiocho, Angel había dejado atrás sus mejores años.

Angel siempre había sabido que, bajo su buen talante, se ocultaba un hombre que podía ser muy desagradable. Y tuvo buena prueba de ello durante los trámites del divorcio, cuando Joe la despidió de su casa junto con el abuelo y una escasa cantidad de dinero.

A ella no le importaba el dinero. Si no hubiera sido por Sam se habría contentado sólo con alejarse definitivamente de Joe.

Tras haber disfrutado de la fastuosa mansión en el corazón del West End de Londres, en la actualidad vivía en una pequeña casa en la periferia de la ciudad con espacio apenas suficiente para Sam,

ella y los dos sanitarios. La había alquilado por poco tiempo, porque en unas cuantas semanas más podría disponer de Villa Tazzini.

La noche anterior a su viaje a Italia, Angel entró en la habitación del abuelo.

–Mañana me marcho a Italia.

–¿Por qué te marchas?

–Cariño, ya te lo dije. Voy a ver la casa donde vamos a vivir. Es la propiedad que Joe me cedió durante el divorcio.

–¿Quién es Joe?

–Mi ex marido.

Sam frunció el ceño.

–¿Y qué fue de Gavin?

–Cortamos las relaciones, pero eso ya no importa. Vamos a tener una casa nueva en Italia. Mira las fotos que te he traído. Te reunirás conmigo lo antes posible.

El anciano la miró con esa sonrisa cálida y cariñosa que ella tanto amaba.

–¿Por qué te vas?

Vittorio Tazzini estaba junto a la ventana mirando a la calle mientras esperaba la llegada de su amigo. Tan pronto vio a Bruno, se apresuró a abrir la puerta y casi lo arrastró al interior.

–¿Lo tienes? –preguntó con ansiedad.

–Vittorio, amigo mío, no estoy seguro de que esto sea lo mejor para ti. Estás obsesionado y eso no es nada bueno.

–¡Obsesionado! Desde luego que sí. Dos hombres me han engañado. El primero fue uno que yo consideraba un amigo hasta que me robó y luego desapareció obligándome a vender mi casa para pagar sus deudas. Sus deudas, Bruno, porque me persuadió para que le sirviera de aval. El otro fue Joseph Clannan, que se aprovechó de mi desesperación para bajar el precio de la propiedad a una cantidad casi ridícula. Tuve que venderle la villa por mucho menos de lo que verdaderamente vale porque necesitaba el dinero con urgencia. Si hubiera podido obtener un precio justo, mi futuro sería más halagüeño. No me habría quedado sin un céntimo,

obligado a vivir en una chabola como ésta –dijo al tiempo que echaba una mirada a la habitación, bastante modesta.

Bruno lo miró con compasión, aunque se cuidó de ocultarla. Ambos tenían treinta y dos años y eran amigos desde los tiempos del colegio. Nadie conocía tan bien como él al violento y rencoroso Vittorio. Nadie lo comprendía mejor y temía más por él que Bruno, su amable camarada. En ese momento contemplaba silenciosamente a Vittorio que, como un animal enjaulado, paseaba su alta y delgada figura de arriba abajo por la pequeña habitación tras haber disfrutado toda su vida de los amplios espacios de Villa Tazzini. Tarde o temprano ese animal se volvería loco.

Vittorio no era un hombre apuesto. Su rostro era demasiado severo, las mejillas demasiado hundidas, los ojos demasiado intensos. La nariz era irregular, como si alguna vez se la hubiera roto. La boca, amplia y de firmes líneas, sugería una naturaleza inflexible; una boca que podía odiar o amar con igual intensidad, incapaz de perdonar una falta, ya fuera de un amigo o de un enemigo.

Incluso Bruno, su mejor amigo, le tenía un poco de miedo y temía por el que se cruzara en su camino.

–¿No podrías olvidar a ese hombre por un momento? –rogó.

–¿Cómo podría olvidarlo? La verdad es que casi me robó la villa. ¿Y sabes por qué? Para impresionar a una mujer. Para regalarle mi hogar sin grandes costos para él.

–Eso tú no lo sabes –objetó Bruno.

–Sí que lo sé. Mientras le enseñaba la casa no paraba de decir: «A mi bella dama le encantará este lugar». Todo por una mujer. Así que ahora quiero conocerla. Dijiste que tus amigos ingleses podrían enviarte algo. ¿Lo tienes o no?

–Sí –dijo Bruno a regañadientes, al tiempo que abría un paquete–. Éste es el vídeo de un programa televisivo. Lo emitieron la semana pasada y mis amigos lo grabaron para mí. Pero me gustaría que lo dejaras, Vittorio. Puedes odiar al hombre si te apetece pero, ¿por qué culparla a ella?

–¿Crees que es posible separarlos? ¿Crees que no conozco a esa clase de mujer que coloca un precio en la puerta de su habitación y lo sube cada vez más? Todos las conocemos. Dame ese vídeo.

Vittorio lo metió en un reproductor que había en un rincón de la

habitación, llenó dos copas de vino y luego se sentaron en un sofá.

–Y aquí la tenemos. La preciosa, fabulosa... ¡Angel!

Vittorio no apartó la mirada de la bellísima rubia de largos cabellos, exquisito maquillaje y una boca con un gesto muy sexy, vestida con un ceñido vestido dorado y resplandecientes joyas.

–*Putana* –murmuró.

–No te pases, Vittorio –protestó Bruno.

–¿Crees que un anillo de bodas oculta su condición?

–Puede que ya no lo lleve. Mis amigos me contaron que se rumoreaba un posible divorcio.

–¿Así que pidió mi casa como un regalo por la separación? ¿Se supone que debo sentirme mejor?

En ese momento, Angel dejó escapar su risita tonta y luego se llevó melindrosamente los dedos a los labios.

«Una actuación perfecta», pensó Vittorio. Un gesto aparentemente fatuo, aunque calculado para desafiar el control de un hombre. Porque hasta él sintió que un escalofrío le recorría la columna y eso aumentó su ira.

Bruno contemplaba la impecable belleza de Angel.

–Tal vez sea todo lo que dices, pero puedes apreciar por qué...

–¡Oh, sí! –exclamó Vittorio con desprecio–. ¡Ya se puede ver por qué! –añadió al tiempo que apretaba la copa con tanta fuerza que el cristal se rompió sin que él se diera cuenta.

Sus ojos estaban fijos en la pantalla, en la hermosa y provocativa mujer que reía despreocupadamente.

El viaje comenzó con el vuelo a Nápoles. Habría sido muy sencillo llamar a la villa desde el aeropuerto y pedir que alguien la fuera a recoger, pero a Angel le pareció una buena idea llegar inesperadamente y ver la casa tal y como era en un día cualquiera.

Muy pronto se arrepintió de su impulso. La independencia estaba muy bien con poco equipaje. Pero el viaje se convirtió en una empresa realmente agotadora cuando tuvo que cargar con todas sus pertenencias hasta conseguir un taxi, luego descargar en la estación de ferrocarril, volver a cargar el equipaje en el tren que la llevó a Sorrento y luego subir al autobús que la dejaría en Amalfi. Cuando tomó el último taxi para llegar a la villa, estaba realmente

exhausta.

Pero de inmediato olvidó el cansancio cuando tuvo la primera visión de la imponente costa de Amalfi con sus altísimos acantilados que se hundían en el mar.

–¡Qué altura tan impresionante! –exclamó maravillada–. ¿Y cómo es que esos pueblecitos que cuelgan de las laderas no se deslizan al agua?

–Dice la leyenda que están protegidos por Hércules, el gran héroe mitológico –le informó el taxista.

«Sí, sería fácil de creer», pensó Angel.

–¿Y la villa Tazzini también está enclavada en una ladera?

–Se encuentra en la cima de un acantilado, aunque el huerto limonero está dispuesto en gradas y cubre una de las laderas para aprovechar al máximo el calor del sol.

–¿Son buenos los limones?

–Los mejores. Los productores del *limoncello* siempre compiten por comprar los limones de la villa Tazzini.

–¿Qué es el *limoncello*?

–Un licor de limón y aguardiente, un regalo de los dioses.

«Así que hay mercado para el producto», pensó Angel con alivio.

–Allí está el huerto –anunció el conductor cuando doblaban por una curva–. Y ésas son las flores de los limoneros.

Angel dejó escapar una exclamación ahogada al contemplar la sorprendente belleza de los capullos blancos que, desde la cima del acantilado, caían como una cascada por la ladera bajo la luz del sol.

Cuando se acercaban a la villa sacó un espejito del bolso. Había decidido que los días de frivolidad habían quedado atrás y que en el futuro no se preocuparía tanto por su aspecto. Pero quería que su primera entrada fuera perfecta, así que se retocó el maquillaje.

El taxista abrió unas enormes verjas de hierro que no estaban cerradas del todo y accedieron al camino de entrada. En unos cuantos minutos, Angel pudo contemplar la villa.

Como le había dicho a Nina, no era un palacio sino una gran casa rural, aunque de líneas impresionantes.

Construida en piedra de un suave color gris, tenía tres plantas. Una escalera conducía a la segunda planta desde el exterior, donde una terraza cubierta se extendía a lo largo del edificio.

Adosadas a las paredes, había pequeñas fuentes decoradas con

animales de piedra perfectamente esculpidos.

Tres amplios escalones conducían a una gran puerta partida, abierta en ese momento. Angel entró seguida del taxista, cargado con las maletas. El vestíbulo era muy amplio, aunque le pareció extrañamente hogareño, incluso hasta acogedor. El suelo estaba cubierto de baldosas rojas que conducían a un corredor con arcos que parecía invitarla a que se internara en él. Para su sorpresa, Angel de inmediato se sintió bienvenida en esa casa.

Tras pagar al taxista, rehusó su ofrecimiento de cargar el equipaje al interior. Quería estar a solas para disfrutar sus primeros minutos en ese lugar encantador.

Desde el vestíbulo arrancaba una escalera de piedra con barandillas de hierro. Angel empezó a subir lentamente, como si se moviera en un sueño. A mitad de camino se detuvo para mirar por una ventana y descubrió que la casa estaba situada muy cerca del acantilado y que miraba directamente al mar. Desde allí pudo observar el agua increíblemente azul que brillaba bajo la claridad del cielo. La ventana estaba abierta, así que Angel se quedó un momento respirando el aire puro y escuchando el silencio.

¿Cuándo había sido la última vez que había estado sumida en el silencio? ¿Cuándo había disfrutado de tanta paz y serena alegría en su bulliciosa vida?

Luego continuó su ascensión. Tras el calor del exterior, la frescura de la casa, protegida por sus gruesas paredes de piedra, era una bendición. Angel llegó a un amplio rellano que conducía a un pasillo con muchas puertas. La puerta partida de una de ellas atrajo su atención. Sin duda sería el dormitorio principal, que se reservaría para ella.

Ansiosa por ver la habitación, Angel empujó ambas puertas y entró.

Durante un momento no distinguió casi nada porque las contraventanas de madera que protegían las tres ventanas estaban casi cerradas. Entonces un leve resplandor se filtró por una de ellas y vio a un hombre de pie que miraba hacia fuera por una ranura.

Al principio sólo pudo distinguir que era alto y delgado pero, a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, observó que llevaba unos vaqueros viejos, una raída camisa de tela vaquera y unos zapatos gastados.

«Posiblemente sea el jardinero pero, ¿qué hace aquí?», pensó.

–Hola.

Él se volvió al instante.

–¿Quién es usted? –ambos preguntaron al unísono en italiano.

Angel se echó a reír.

–Lo siento, es culpa mía por no haber avisado de que llegaba hoy.

Él abrió las contraventanas de par en par, así que la luz entró a raudales y le dio de lleno a Angel, que en ese momento se acercaba a él.

–Soy la nueva propietaria de la villa.

–La *Signora* Clannan.

Angel había vuelto a utilizar su nombre de soltera, pero dejó pasar el detalle por el momento.

–Así es. Sin duda me estaba esperando.

–Sí, todos sabíamos que vendría, aunque ignorábamos la fecha exacta. Seguro que se guardó el detalle para pillarnos desprevenidos. Muy astuta. ¿Quién sabe qué podría descubrir, verdad?

Angel, que ya lo veía mucho mejor, pensó que nunca había conocido a un hombre de aspecto tan duro e inflexible. No sólo su rostro expresaba severidad y cautela, sino también su alta figura angulosa y su actitud, con los brazos cruzados defensivamente sobre el pecho, como si quisiera advertir al mundo que guardara las distancias.

–Nunca ha sido mi intención sorprender a nadie –dijo intentando mantener su buen humor–. Fue una decisión que tomé impulsivamente.

–¿Y no pudo haber llamado por teléfono desde el aeropuerto con el fin de que Berta se preparara para su llegada? Ella es el ama de llaves, una mujer leal y trabajadora. Merece algo mejor.

El leve remordimiento de Angel se vio superado por una ola de indignación. ¿Cómo se arrogaba el derecho a hablarle de esa manera?

–Mire, supongo que usted forma parte del personal de mi casa, así que ahora mismo quiero dejarle claro que no me hable de esa manera si quiere continuar a mi servicio.

–¿Sí? Entonces tengo mucha suerte de no trabajar para usted,

porque me echaría a temblar.

–Basta de impertinencias. Si no es uno de mis empleados, ¿qué está haciendo en esta habitación en la que claramente no tiene derecho a estar?

A Angel le pareció que se ponía más pálido y que la mueca de la boca se volvía más sardónica.

–Es verdad. No tengo derecho. Nunca más.

–¿Qué quiere decir?

–Me llamo Vittorio Tazzini. Hasta hace poco, propietario de esta villa.

Capítulo 2

Usted? –la palabra se le escapó en un tono poco lisonjero.

–Sí –dijo él al tiempo que se examinaba–. Un espantajo como yo. Ésta era mi habitación y vine a buscar algo que había olvidado. Me disculpo por encontrarme aquí a su llegada. Si se me hubiera avisado, me habría marchado antes para no molestar a la *padrona*.

Angel quedó desconcertada, no tanto por sus palabras sino por su modo de mirarla. Durante años los hombres la habían mirado con admiración, incluso con abierta lujuria; sin embargo, habría preferido esa clase de mirada y no el claro desprecio que veía en los ojos de ese hombre.

–No hace falta caer en el melodrama –observó con frialdad.

–¿Lo dice porque la he llamado *padrona*? ¿Y no es la nueva ama a la que todos tendrán que someterse? Me limito a constatar una realidad.

–No, usted intenta hacerme sentir incómoda, como si debiera avergonzarme por estar aquí.

–No se me ocurre que usted pueda avergonzarse por algo.

–Mire, así no podemos hablar. He despedido a hombres mucho más duros que usted.

–No lo dudo. Su presencia en este lugar ya es un triunfo. ¿Y qué hará ahora que se encuentra aquí? Apostaría a que no lo ha pensado siquiera. Aunque, ¿por qué habría de importarle? Seguro que su cuantiosa pensión resolverá todos sus problemas.

–Eso no es asunto suyo –rebatió Angel, con los ojos brillantes de furia–. Aunque sí le diré que voy a intentar abrirme paso por mí misma. Tengo entendido que la propiedad es rentable. Se dice que los limones Tazzini son los mejores de la región.

Él le lanzó una mirada sardónica.

–Así que ha oído hablar de limones y cree que ya lo sabe todo.

–No, pero sé que la región se dedica a la producción de *limoncello*.

La sonrisa del hombre fue más despectiva que divertida y eso la

intranquilizó.

–Es cierto. Su conocimiento es sorprendente, pero dígame, ¿qué clase de limones se cultiva en el limonar de la villa Tazzini?

–¿Qué clase? Los limones son limones.

–¡Muy instructivo! ¡Tonto de mí por no haberlo pensado antes!

–Mire… –empezó a decir Angel, en tono acalorado.

–Como dice con tanta sabiduría, los limones son limones –la interrumpió él–. ¿Pero son de la clase Eureka, Meyer, Lisbon…?

–De acuerdo, usted gana, ignoraba que hubiera más de una clase.

–Y tampoco sabe qué clase es la mejor para la fabricación del *limoncello*. Como puede ver, no sabe nada.

–No pretendo hacerme cargo del limonar personalmente. Contrataré a un experto. De hecho, aquí en la villa seguro que alguien se ocupa de su cuidado.

–No encontrará a nadie que se esmere en el cultivo para conseguir el mejor precio –replicó de plano.

–Hay jardineros, ¿no es así?

–Hay uno. Rico es muy trabajador, pero dista mucho de ser un experto. Tendrá que explicárselo todo.

–Pero seguro que hay un jardinero jefe. Y que no necesite ninguna explicación.

–El único que conozco soy yo y, como usted se ha apoderado de mi casa, he tenido que marcharme.

–¿Me está culpando? ¡Qué descaro! ¿También es culpa mía que haya decidido vender la propiedad?

Vittorio aspiró una gran bocanada de aire.

–Yo no… No se meta en ese asunto. Usted no sabe nada.

–Entonces no haga acusaciones. Yo no me he apoderado de su casa.

–Pero sí su marido. ¿Y quién se ha quedado con la propiedad?

–Y eso me convierte en una delincuente, ¿verdad? No quiero meterme en sus asuntos, como dice. Lo único que deseo es instalarme en mi nuevo hogar.

Vittorio respiró con fuerza.

–Bienvenida a su hogar, entonces. Informaré al personal de su llegada –dijo fríamente.

Sin más, giró sobre sus talones y salió de la habitación seguido

de la mirada de odio de Angel. Si hubiera encontrado algo que arrojarle a la cabeza, lo habría hecho. Estaba furiosa con él por haberle estropeado sus primeros momentos en su nueva casa, que respiraba tanta tranquilidad hasta que decidió entrar en aquella habitación.

También estaba enfadada consigo misma por haber actuado de un modo tan petulante, como una reina a la que todos debían someterse. Sí, como en los antiguos tiempos. Creía que todo eso había quedado atrás, pero se equivocaba. Largos años de mimos y de obediencia por parte de su personal habían dejado una huella, a pesar de sus buenas intenciones.

Angel abrió las ventanas para dejar entrar la luz del sol.

Nunca había visto un dormitorio como ése. Al igual que el resto de la casa, el suelo estaba cubierto de baldosas de un tono rojo oscuro. La cama era inmensa, con cabecero y pie tallados en madera de nogal. Angel se tendió en el lecho y descubrió que era muy cómodo. La lámpara de la mesilla de noche era de estilo antiguo con un pie de madera tallada y una pantalla de pergamino. Había dos armarios de nogal entre las ventanas y una gran cómoda adosada a una pared. Y eso era todo. Su misma sencillez confería a la habitación una sensación de paz.

Angel inspeccionó uno de los armarios. Era muy viejo y necesitaba una buena reparación. Incluso tenía un agujero en la parte baja. Movida por la curiosidad, sacó una pequeña linterna que siempre llevaba en el bolso y proyectó la luz en el agujero. Había un objeto pequeño de color verde que resultó ser una agenda de direcciones. Tal vez fuera lo que el hombre había perdido y había ido a buscar.

Todavía arrodillada ante el armario, desde la planta baja le llegó una voz de mujer que hablaba en un tono bastante afligido y luego la voz de Vittorio Tazzini que, al parecer, intentaba consolarla.

Apenas le había dado tiempo a ponerse en pie cuando se abrió la puerta y una mujer corpulenta, de mediana edad, entró en la habitación con Vittorio.

–Ésta es Berta –explicó él en inglés mientras le rodeaba los hombros con un brazo–. Es el ama de llaves y hace un excelente trabajo –informó antes de traducirle a Berta–. Por desgracia habla muy poco inglés y teme que usted no esté conforme con ella.

–¿Por qué? Podemos entendernos en italiano. Berta, lamento no haberle avisado de mi llegada. No fue muy educado por mi parte –dijo lentamente en italiano.

Para su alivio, Berta entendió sus palabras y una sonrisa iluminó su cara redonda.

–Si la señora desea bajar a la cocina, haré café mientras se prepara su habitación.

Mientras bajaban la escalera, Angel notó que la casa se había puesto en movimiento. El personal se movía en torno a su equipaje y empezaron a subir con las maletas, no sin antes lanzarle rápidas miradas de curiosidad.

La intranquilidad del ama de llaves le llegó al corazón. No había ido a esa casa con el propósito de hacer daño a nadie.

Cuando Berta le sirvió el café, Angel se lo agradeció con su más cálida sonrisa.

–Está delicioso. Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien –dijo en un italiano lento y claro.

Berta asintió bastante más contenta.

–A propósito, ¿esto es lo que vino a buscar? –le preguntó a Vittorio al tiempo que le tendía la agenda.

–Sí, gracias. ¿Dónde la encontró?

–Había caído en el agujero que hay en el suelo de un armario.

Berta hizo un gesto de desaprobación.

–¡Vaya, por Dios! Algunos muebles están en mal estado, pero se encargará de hacer que los reparen, ¿verdad?

Para sorpresa de Angel, sus palabras iban dirigidas a Vittorio.

–¿Por qué dice eso? Ahora que he encontrado la agenda del señor Tazzini, no veo ninguna razón para que vuelva por aquí –declaró Angel, con firmeza.

Las manos de Berta volaron a su boca antes de volverse a Vittorio.

–¡Santo cielo! Usted no me había dicho...

–¿No le había dicho qué? –quiso saber Angel.

–Bueno, es sólo que usted desconoce el manejo de la villa y el *padrone* es el que sabe...

–Berta, será mejor que nos dejes a solas un momento –intervino Vittorio con calma.

–Sí, *padrone*.

Fue esa palabra la que redujo la paciencia de Angel a un nivel peligroso. Berta lo seguía llamando patrón porque todavía lo consideraba el amo de la villa.

–¿Le importaría decirme qué sucede? –preguntó ella con frialdad–. Porque parece que todo el mundo lo sabe, menos yo. De hecho, creo que usted ha tomado ciertas decisiones que yo ignoro. Tal vez sea hora de que me informe.

–De acuerdo, es muy sencillo –respondió Vittorio con aspereza–. Usted necesita un administrador, un verdadero experto en el cultivo del limón. Y ése soy yo. Como ya ha podido comprobar, no podrá manejarse sola.

–¡Qué impertinencia!

–Vamos a los hechos. Usted no tiene ni idea del cultivo del limón; ni siquiera conoce las diferentes clases que produce la región. Seguro que no podría responder a preguntas tan básicas como éstas: ¿con qué frecuencia hay que regar el huerto? ¿Cuánto tiempo transcurre entre la plantación del limonero y la recolección de los frutos? Absolutamente toda la prosperidad de la hacienda depende de un buen conocimiento y buen manejo del limonar. De lo contrario, la cosecha será un fracaso. No me he pasado años trabajando duro para que usted venga aquí y lo tire todo por la borda.

–Si ésa es su manera de pedirme que lo contrate, le advierto que no lo hace nada bien.

–No me haga perder el tiempo con palabrerías. No le estoy pidiendo que me contrate como si mi hiciera un favor. Se lo digo porque no tiene otra opción.

–¡Demonios, está claro que no la tengo!

–De acuerdo, no la tiene. Verá, usted me necesita, así que, ¿para qué perder el tiempo?

–¿Afirma que no puedo contar con nadie más que con usted además de Rico, ese hombre tan trabajador que mencionó anteriormente?

–De los tres jardineros a mi servicio, sólo quedó Rico. Los otros dos se marcharon cuando se vendió la propiedad.

–¡Qué interesante! Ambos tomaron la decisión al mismo tiempo, ¿verdad?

–Así fue.

–¿Y se marcharon el mismo día?

–El mismo día y a la misma hora.

–¡Qué asombrosa coincidencia! Me pregunto cómo pudo haber sucedido.

–¿Intenta decir que yo los animé a marcharse para vengarme de usted?

–Me parece muy claro.

Vittorio dio un paso hacia ella con tal brusquedad que Angel no pudo evitar echarse hacia atrás y quedar con la espalda contra la pared.

–Escúcheme bien –dijo Vittorio con una suavidad amenazante–. Se confunde con lo que está claro y con lo que no lo está. Así que yo le voy a aclarar las cosas.

–Esta conversación ha terminado –dijo Angel al tiempo que intentaba alejarse de él.

Pero Vittorio puso ambas manos en la pared a cada lado de ella.

–No, no habrá terminado hasta que yo lo diga, y he decidido que hay ciertas cosas que debe oír.

–Y yo le digo que no quiero, así que déjeme salir.

–¿Sí? ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Usted? Inténtelo.

–Basta...

Angel se dio cuenta de que sería una locura intentarlo. Aunque no la tocaba, percibió la fuerza que había en ese cuerpo delgado y supo que no podría competir con él. Luchar con ese hombre habría sido indecoroso. Los ojos de él estaban fijos en su cara, como si le leyera los pensamientos.

–Nadie vendrá en su auxilio porque nadie se pondría en mi contra. ¿O usted cree que sí? –preguntó con dureza. Angel sabía la respuesta. Para el ama de llaves y todo el personal de servicio, él todavía era el amo–. Así que se quedará aquí y me escuchará. Y la dejaré marchar cuando esté seguro de que me ha comprendido.

–Entonces vamos al grano –dijo ella, con los dientes apretados.

–Lo primero que quiero decir es que me ha acusado de intentar sabotear la marcha de los cultivos y de la propiedad a causa de mi resentimiento hacia usted. Verá, daría mi vida por esta tierra y el infierno podría congelarse antes de mover un dedo por dañarla. Me ha acusado movida por un mezquino despecho y es un insulto que no voy a tolerar.

–Aunque tiene que admitir que le ha causado gran deleite haberme pillado desprevenida.

–Claro que lo admito. Pero no fue obra mía. Fue usted misma al pensar que podía llegar aquí y hacerse cargo de la villa y de los cultivos sin tener la más mínima idea. Su arrogancia es increíble. Por eso los jardineros se marcharon. Porque conocen su oficio y no están dispuestos a prestar sus servicios a una persona ignorante. Esperar que se quedaran fue otro insulto por su parte. ¿Piensa que yo los animé a marcharse? Al contrario, les rogué que se quedaran. Y no por usted, sino por el bien de la villa, de la tierra y de sus frutos, que necesitan amor y cuidados. Y eso es mucho más importante que el orgullo de esos hombres, o el suyo... o el mío –concluyó con la voz entrecortada.

Durante un momento se quedó ensimismado. Como si estuviera en otro mundo, y luego hizo un esfuerzo por volver a la realidad.

—Espero que comprenda que yo no me rebajo a actuar por despecho y no voy a tolerar el modo en que acaba de hablarme –añadió. No vuelva a intentarlo o se arrepentirá.

–¿Y usted cree que sus amenazas me van a obligar a contratarlo?

–¡Maldita sea, usted me necesita!

–No lo creo. Ya tiene la agenda que vino a buscar, así que ahora márchese de aquí. ¿Me oye? ¡Fuera de mi casa!

Angel habló con valentía, pero con el corazón martilleándole en el pecho al ver la expresión del hombre. Durante un segundo pensó que Vittorio perdería el control de sí mismo, pero se contuvo. Tras retirar las manos de la pared, se alejó de ella como si las fuerzas lo hubieran abandonado.

–Su casa –dijo amargamente–. Sí, ahora es suya. Deseo que la disfrute.

–¡Mentiroso! –exclamó Angel con voz temblorosa–. No me desea más que desgracia y mala suerte.

–¡Qué astuta!

–Márchese ahora mismo y no vuelva más por aquí.

Tras lanzarle una mirada de odio, Vittorio se marchó de la casa.

Aunque había esperado pasar una mala noche, sorprendentemente Angel durmió profundamente.

Al día siguiente despertó muy pronto y abrió las ventanas. Como en un trance se quedó contemplando la luz naciente del amanecer y el mar, tan quieto a esa hora, que parecía un espejo colocado en un paisaje irreal.

Con una sonrisa sintió que todo era perfecto. Aunque lo único que estropeaba esa perfección era la imagen de Vi-ttorio Tazzini, un hombre peligroso cuya intensa antipatía no lograba comprender. Sí, se había convertido en la dueña del que había sido su hogar, pero ella no se lo había robado. Tal vez él no deseara vender la propiedad y tuvo que hacerlo obligado por las deudas. Incluso en esas condiciones, algo de dinero tendría que haberle quedado para evitar lucir ese aspecto tan desastroso. Era un misterio, pero ella no permitiría que le causara preocupación. Lo había echado de la casa y también tendría que expulsarlo de su mente.

Aunque ya sabía que no iba a ser tan sencillo. Ese hombre no era fácil de olvidar. No era atractivo en el sentido convencional de la palabra. Su nariz era demasiado prominente, la boca tenía líneas demasiado duras, las mejillas estaban demasiado hundidas y, sin embargo, emanaba de él una fuerza interior, oscura e implacable. Sería un enemigo temible.

Durante largos años había conocido a muchos hombres, todos muy guapos, con la misma sonrisa luminosa, muy superficiales y sin personalidad. Y siempre con un ojo puesto en ella y el otro en las cámaras que constantemente la enfocaban.

Casi había olvidado lo que era un hombre de verdad y había tenido que recordárselo por la fuerza uno que olía a tierra recién mojada por la lluvia, sin la menor palabra halagadora y con una brusca animadversión, desagradable pero sincera.

Su encuentro con él había tenido un efecto muy estimulante.

Si cerraba los ojos todavía podía ver sus manos apoyadas en la pared y a sus costados y, aunque no la había tocado, ¿cómo podía explicarse la sensación de esas manos deslizándose por su cuerpo? Incluso podía sentirlas en ese mismo instante, aunque todo fuera producto de su mente.

Angel desayunó en una terraza que miraba al mar y, para su deleite, acompañada de pequeños pájaros que se atrevían a posarse

sobre la mesa en busca de unas migajas de pan.

Berta le sirvió un café delicioso acompañado de unos panecillos calientes. Al principio la mujer se mostró reservada con ella, seguramente por lealtad a Vittorio, pero a lo largo del día el trato decididamente amistoso de Angel terminó por conquistarla.

Juntas exploraron toda la casa y la joven concluyó que su nuevo hogar le encantaba. Incluso le encantaba su ligero deterioro, su falta de pretensiones. Estaba claro que había conocido tiempos mejores a juzgar por los parches de las paredes en las que se habían retirado los cuadros.

Los cuartos de baño parecían ser del siglo XIX, con tuberías que gemían al abrir los grifos que, milagrosamente, funcionaban a la perfección.

Berta le informó que la villa había sido construida hacía cuatro siglos por un duque como regalo de bodas para uno de sus hijos. Angel estuvo a punto de preguntarle por qué Vittorio había tenido que vender la propiedad, pero se contuvo a la espera de una oportunidad más propicia.

Todavía quedaban en las paredes algunas pinturas que la joven se dedicó a estudiar con atención, recordando lo que había aprendido en sus tiempos de estudiante de Arte.

También descubrió una amplia suite en la planta baja que destinaría a Sam y sus cuidadores. Tras tomar nota de los muebles que habría que comprar, pidió a Berta que hiciera una limpieza general.

En sus paseos por la propiedad descubrió que era más extensa de lo que había imaginado y que, además del huerto limonero, había un inmenso jardín cultivado en graderías comunicadas por cortos tramos de escalones de piedra. Flores de muy diversa variedad crecían con profusión. También había fuentes con plantas acuáticas e invernaderos de plantas tropicales.

Cuando Angel encontró a Rico trabajando en el jardín, comprendió de inmediato por qué había sido el único que se había quedado en la villa. Era un joven un tanto retardado, pero dulce y servicial, dispuesto a complacer a todo el mundo. Había nacido en la villa y sabía desde siempre que no estaba dotado de la inteligencia suficiente como para aventurarse por el mundo. Vittorio era su dios.

Una vez lo sorprendió mirando a su alrededor con aire confundido. «Seguro que se pregunta cómo podrá arreglárselas solo en ese inmenso jardín», pensó Angel al tiempo que sentía que a ella le sucedía lo mismo. Tal vez en esos momentos Vittorio estuviera riéndose de ella. Y con mucha razón.

Otro día, Angel salió a pasear cerca del acantilado rodeado de una barandilla de metal para evitar posibles caídas. Tras un par de horas dedicadas a descubrir los alrededores, se detuvo a disfrutar del sol que bañaba su cuerpo y que refulgía en el mar. Con mucha cautela asomó la cabeza para mirar la playa a los pies del acantilado. Entonces pudo ver las sombrillas, las embarcaciones a la orilla del mar y los bañistas, que parecían hormigas desde esa impresionante altura.

Fascinada, apoyó las manos en la barandilla y se asomó un poco más para ver mejor.

Repentinamente, y sin el menor aviso, sintió que la tierra se movía bajo sus pies y acto seguido resbaló bajo la barandilla. Mientras su cuerpo se deslizaba ladera abajo, buscó desesperadamente un asidero.

Durante horribles segundos pensó que no había nada hasta que sus dedos tocaron un trozo de barandilla y se aferró al metal con todas sus fuerzas.

Su alivio duró sólo unos segundos. Ya no se deslizaba, pero su cuerpo había quedado colgando paralelo a la pendiente vertical cortada a pico.

–¡Socorro! –gritó a todo pulmón–. ¡Necesito ayuda!

Muy pronto se dio cuenta de la inutilidad de su esfuerzo. El personal de la villa ignoraba dónde había ido y era casi imposible que alguien la viera desde la playa. Incluso si hubieran podido hacerlo, tardarían mucho en llegar hasta ella y no sabía cuánto tiempo podría resistir en esa posición, colgando en el vacío.

Mientras gritaba pidiendo auxilio intentó encontrar un apoyo para los pies, pero no lo logró.

En un momento dado sintió que empezaba a fallarle la fuerza de los brazos y se dejó llevar por el pánico. Volvió a gritar desesperadamente, pero el viento se llevó sus gritos angustiados y sólo le devolvió el eco de su propia voz.

Capítulo 3

Angel volvió a proferir un grito, pero esa vez era de agonía.

–Aguante, ya llego.

–¡Socorro! –volvió a gritar con la certeza de haber oído una voz, frenética de esperanza y de terror.

Pero no hubo respuesta. Se lo había imaginado. Nadie acudiría en su ayuda y muy pronto estaría muerta.

–Ya estoy aquí –dijo la voz, y al instante una cabeza se asomó sobre ella. Era Vittorio. Angel pensó que alucinaba, pero él se puso de rodillas y luego se tendió en el suelo–. No se deje llevar por el pánico –dijo mientras le aferraba la muñeca de la mano asida al metal–. Tendrá que soltarse de la barandilla.

–No puedo.

–Tiene que hacerlo, de lo contrario no podré alzarla. Confíe en mí –dijo con firmeza.

Mientras Angel luchaba contra el miedo, oyó un crujido al tiempo que un gran terrón de tierra caía ladera abajo. La joven alzó la vista y comprobó que había caído del lugar donde él estaba tendido. La parte superior de su cuerpo había quedado en el vacío.

–No se preocupe, suelte la barandilla –insistió Vittorio.

–¿Cómo podría hacerlo? Está con medio cuerpo en el vacío.

–Así dispondré de más espacio para alzarla. Sea positiva y confíe en mí. Y ahora suéltese.

–No sé si podré –dijo con una exclamación ahogada.

Pero lo hizo. Al instante unas fuertes manos se aferraron a sus muñecas y empezaron a alzarla. Lentamente Vittorio retrocedió hasta situarse en un espacio más seguro y volvió a arrodillarse. Angel percibió el tremendo esfuerzo que hacía luchando por sacarla del vacío.

–Un poco más –urgió con la voz ahogada antes de echarse un poco más hacia atrás, de modo que Angel salvó el agujero y quedó tendida en la bendita dureza del suelo.

Estaba a salvo, aunque esa palabra no tuvo el poder de calmar

las exclamaciones sofocadas y el temblor que se apoderó de ella.

–¡Oh, Dios! –susurró–. ¡Oh, Dios!

Tras rodearla con un brazo, Vittorio la tendió junto a él. Angel se abrazó a su cuerpo con la certeza de que, si la soltaba, iba a volver a gritar. La seguridad del suelo era una ilusión. Sólo en sus brazos estaría a salvo.

–¿Se encuentra bien? –preguntó él tras una larga pausa.

–No, creo que voy a sufrir un ataque de histeria. Lo siento.

–No se disculpe –replicó, casi con impaciencia–. Un poco de histeria no le hace mal a nadie. Así que desahóguese si le apetece.

Tras esas palabras, nada pudo detenerla. Las exclamaciones ahogadas se transformaron en gritos y, lo, temblores, en violentas convulsiones acompañadas de un llanto salvaje.

Vittorio, sin perturbarse, se limitó a estrecharla aún más. En ese gesto no había nada suave ni tierno, pero eso era lo que ella necesitaba para protegerse de lo peor hasta que pasara la tormenta.

–¡Maldición, maldición, maldición! –exclamó al fin–. Pensé que tendría más agallas.

Él se apartó unos centímetros para mirarla a los ojos. Estaba tan cerca que Angel pudo sentir su respiración en los labios.

–¿Por qué? –preguntó con suavidad–. Ha estado a punto de morir. ¿Había vivido alguna experiencia semejante anteriormente?

–No.

–¿Entonces por qué piensa que tendría que haber sido más valiente?

–Bueno, ahora ambos sabemos que no lo soy –disparó furiosa consigo misma y, en el fondo, con él también.

–¿Y qué? ¿Es que hay una ley que le obligue a ser una supermujer? ¿O es lo que debe suponer el resto del mundo?

–¿Quiere callarse? –espetó.

–Eso está mejor –sonrió Vittorio–. Vamos. Ahora puede ponerse en pie –añadió mientras la ayudaba a levantarse–. ¿Dónde está su coche?

–He venido andando.

–Entonces iremos en el mío. Está ahí –dijo indicando un pequeño coche un tanto destartalado.

Sentada en el asiento del acompañante, Angel cerró los ojos y no los abrió hasta que llegaron a la villa.

–La *padrona* necesita una copa –dijo Vittorio a Berta–. Y yo también –añadió. Sin tardanza, Berta volvió a la sala con una botella de whisky y dos vasos. Vittorio le sirvió un poco a Angel, que se lo bebió de un trago–. ¿Quiere más?

–No, gracias. Normalmente no bebo, pero hoy he hecho una excepción. Gracias a Dios que usted acudió en mi ayuda. ¿Cómo fue que andaba por el acantilado?

–¿Me quiere preguntar qué hacía en su propiedad tras haberme expulsado?

–No exactamente. Después de todo, me salvó la vida. Estoy en deuda con usted.

–No me debe nada. Su muerte habría sido un inconveniente para mí. Todo el mundo habría pensado que fue obra mía.

Aquella observación brusca, aunque llena de sentido común, fue un alivio para ella. No habría necesidad de melodramáticos gestos de agradecimiento

–¿Por qué habrían de creer que quería matarme? –preguntó Angel en tono irónico–. Sé que no gozo de sus simpatías, pero, ¿quién lo sabe, aparte de toda la gente del lugar?

Él hizo una mueca.

–De acuerdo, un tanto a su favor.

–Entonces, dígame. ¿Qué hacía allí?

–Fui a echar un vistazo.

–¿Sabía que era peligroso?

–Me enteré anoche. Rico llamó para decirme que había observado que ese sitio se había vuelto peligroso y que no sabía qué hacer.

–Pudo habérmelo dicho a mí.

Vittorio le lanzó una mirada irónica.

–¿A usted? El pobre muchacho le tiene miedo. Acudió a mí porque es lo que siempre ha hecho. Le dije que hoy iría a inspeccionar esa zona, y por eso me encontraba allí. Había decidido acordonarla primero y luego venir a informarla.

–Vaya, pensaba informarme, pero sólo tras haber inspeccionado la zona por su cuenta.

Exasperado, Vittorio exhaló una bocanada de aire.

–De acuerdo –dijo con exagerada paciencia–. Sólo quiero saber qué habría hecho usted ante un derrumbe del acantilado.

Ambos se miraron en silencio.

–Quiere que le diga que habría acudido a usted, ¿no es así? –preguntó, indignada

–No me importa lo que diga, sino lo que haga. Espero que hubiera tenido suficiente sentido común para llamarme, pero no cuento con ello.

–¡Qué descaro!

–No, más bien es otra cosa. Se trata de que la villa le importe más que su resentimiento hacia mí.

–Bueno, está visto que para usted es más importante que su resentimiento hacia mí, de lo contrario ahora no estaría viva. Y eso debo respetarlo –declaró con un suspiro.

–En contra de su voluntad, desde luego.

–Mire, al menos hago un esfuerzo –replicó con los dientes apretados.

–Lo sé. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

–De acuerdo, ríase todo lo que quiera, pero le ruego que se haga cargo de la propiedad antes de que quede en ruinas. Si es que quiere hacerlo, claro está.

–Por supuesto que quiero. Ya le dije que cuidar esta tierra es lo único que me importa. Las opiniones y sentimientos personales no cuentan. Haré un buen trabajo para usted. Conseguiré la mejor cosecha, pero debo trabajar en libertad y usted tendrá que aceptar mis sugerencias.

Ella abrió la boca para protestar por el tono despótico, pero optó por cerrarla. Él tenía razón, no había más alternativa.

–De acuerdo.

–Mi primer consejo es hacer que los otros jardineros vuelvan a la villa.

–Sí, no es justo cargar a Rico con todo el trabajo. Por lo demás, él contribuyó a salvarme la vida.

–Cierto. Debería pagarle un suplemento. Tiene un exceso de trabajo, no sólo en el huerto sino también en el jardín.

–¿Puedo pedirle que se encargue de traer a los jardineros?

–Por supuesto. Mi segundo consejo es que compre fertilizante lo más pronto posible.

–Ordénelo usted, por favor. Entonces, ¿esto es una tregua?

–Supongo que sí.

–No se esfuerce tanto en decirlo. Si lo prefiere podemos pactar una tregua armada.

–Eso podría funcionar mejor.

–¿Ha pensado cuánto debo pagarle por sus servicios en la villa?

–Le enviaré mis honorarios a través de un escrito formal. Bajo el emblema de unas espadas cruzadas –añadió con una leve sonrisa.

–Un par de espadas envainadas sería lo más apropiado, ¿no le parece? –insinuó con buen humor.

Vittorio la miró con la cabeza ladeada y una sonrisa indescifrable.

–Veamos cómo funcionan las cosas antes de envainar las espadas.

Angel durmió mal esa noche. En cuanto cerró los ojos se vio colgando en el vacío. Sabía que era un sueño, que lucharía por salvarse y que podría hacerlo sin la ayuda de ese hombre. Pero Vittorio estaba allí y la alzaba hasta dejarla tendida sobre el césped. Entonces se veía abrazada a él con el corazón latiéndole atropelladamente en el pecho.

Angel despertó bruscamente y se dijo que tenía que calmarse. Pero la escena se repitió una y otra vez, hasta que al fin tuvo que admitir la verdad. Y la verdad era que había deseado sentir las manos de Vittorio en su cuerpo. De hecho, lo había deseado desde el primer día, cuando discutieron en la cocina.

–Debería bastar con que ese hombre me desagradara –murmuró extrañada cuando despertó por tercera vez.

Pero había ciertas cosas contra las que no se podía luchar.

Vittorio volvió a contratar a los jardineros y se los presentó a Angel. Luego hizo un aparte con ella para informarle sobre los salarios que había convenido con los hombres y lo que debía pagarle a él. Angel tuvo la extraña sensación de que Vittorio le cobraba menos de lo que valía su trabajo, pero su trato distante le impidió mencionar el detalle. Los jardineros se mostraron amables con Angel, pero quedó muy claro quién era el verdadero jefe para ellos.

–¿Cuento con su aprobación, *padrona*? –preguntó Vittorio, finalmente.

–He dejado en sus manos la administración de la propiedad y no me volveré atrás.

–Desde luego que no, porque iría en contra de sus propios intereses –respondió Vittorio con una breve sonrisa irónica.

–¿Quiere decir que de otro modo no confiaría en mi criterio?

–No, quiero decir que tengo en alto concepto su inteligencia. Y ahora, si me disculpa, sus sirvientes debemos volver al trabajo.

–No diga tonterías –explotó la joven–. Usted no es un sirviente y ambos lo sabemos. Le divierte la situación, ¿no es cierto?

–Mire, si realmente lo piensa así, tal vez le gustaría cambiar su situación por la mía.

Al ver que no respondía, Vittorio se alejó con los hombres. Ella se quedó mirándolos y admirando la lánguida gracia de los movimientos de Vittorio. Parecía un príncipe entre dos siervos que lo seguían con torpeza. Verdaderamente era un placer contemplarlo.

Sin embargo, Angel decidió mantenerse alejada. Conversar con él era una especie de duelo. Aunque tampoco lo evitó totalmente. A menudo lo miraba trabajar con la intención de familiarizarse con el manejo de la villa. Había que prepararse para el día que él decidiera marcharse.

Dentro de lo que era posible, Vittorio se sentía satisfecho en su condición de sirviente donde una vez había sido el amo. En su opinión, Angel se comportaba bien, lo que significaba que hacía caso a sus consejos, pagaba los gastos que generaba la manutención de la villa sin cuestionarlos y no discutía con él.

En los jardines, Vittorio solía encontrar toda la paz que era posible para un hombre en su situación. No era felicidad, ni siquiera contento; pero sí un misericordioso olvido. La naturaleza no cambiaba. Los árboles requerían los mismos cuidados al margen de lo que pudiera suceder.

Lo mismo podía decirse de Luca, el inmenso y desaliñado perro que había encontrado vagando por las calles hacía cuatro años y que desde entonces no se había separado de él. Sin quejarse, había

seguido a su amo desde la grandeza de la mansión a la pobreza de la pequeña casa alquilada.

Ese día, Luca lo había acompañado al bosquecillo donde Vittorio pensaba trabajar. Encaramado en lo alto, vio al perro tranquilamente echado al pie de la escalera de mano. Era muy raro que el animal se mostrara inquieto, pero cuando dejó escapar un ladrido, Vittorio miró hacia abajo. Luca volvió a ladrar con los ojos fijos en un punto a la distancia. Vittorio siguió su mirada y vio que Angel se acercaba a ellos. Llevaba un colorido top de seda y pantalones blancos como la nieve.

–¡Quieto! –ordenó Vittorio.

Demasiado tarde. Dando saltos de alegría, Luca se acercó a ella. Tras bajar apresuradamente de la escalera, Vittorio corrió tras el animal, pero ya se había abalanzado sobre Angel y se produjo el desastre. La huella de sus patas quedó impresa en los pantalones y los arañazos desgarraron un trozo de la fina tela del top.

–Lo siento –dijo muy confundido.

–Olvídelo. El perro sólo intentaba mostrarse amistoso.

Atónito, Vittorio vio que Angel reía y que no sólo no se defendía de los embistes de su nuevo amigo, sino que se dejaba caer a su lado para abrazarlo.

–Es muy generoso de su parte –comentó con renuencia–. ¿Ha visto cómo la ha dejado?

Ella se miró la ropa y luego suspiró.

–Bueno, es una pena, pero no lo ha hecho a propósito, ¿verdad, perrito?

Angel le acarició la cabeza y el animal le devolvió la caricia empujándola con el hocico, seguro de su perdón. Luego Angel se puso en pie, intentó limpiarse los pantalones sin éxito y fue a sentarse en el tronco de un árbol caído.

–Pagaré los daños –dijo Vittorio con rigidez al tiempo que pensaba cómo podría pagar el precio de esas prendas aparentemente sencillas, pero carísimas, sin lugar a dudas.

–No se preocupe –respondió ella alegremente–. La próxima vez volverá a hacer lo mismo.

–No habrá una segunda vez, en el futuro lo mantendré alejado de usted.

–No, no lo haga. Me encantan los perros.

Vittorio también se sentó en el tronco, aunque a prudente distancia de ella.

–¿No tiene uno propio?

Ella hizo una mueca tan graciosamente infantil que lo dejó desconcertado.

–Siempre quise tener uno, pero a mi marido no le gustaban.

–Sin embargo, supongo que él le proporcionaba todo lo que le apetecía –comentó con ironía.

–Veo que ha estado leyendo esas revistas del corazón famosas por su frivolidad. No debería hacerlo. Nunca cuentan la verdad.

«Un tanto a su favor», pensó Vittorio, contrariado.

Pero el enfado se le pasó al ver que Luca se había alzado sobre las patas traseras y se apoyaba en Angel, que reía con la cabeza echada hacia atrás. La luz del sol le daba de lleno en la cara, como si toda ella formara parte del día luminoso e, inexplicablemente, se sintió incómodo, como excluido de algo maravilloso.

–Así que no es cierto que era muy generoso con usted.

–Verá, si deseaba diamantes no tenía más que pedirlos, pero cuando una vez me enamoré de un precioso perro grande y babeante, él se negó a comprármelo. Le hacía temblar la sola idea de ver mi costosa y elegante persona manchada por las patas del animal.

Su tono satírico desconcertó a Vittorio. Que se burlara de sí misma era lo último que esperaba oír.

–Mmm –murmuró con escepticismo, como para indicar que no le sería tan fácil abandonar sus prejuicios.

Angel interpretó sus pensamientos con gran facilidad.

–Nadie conoce bien a Joe. Él paga por lo que desea obtener. Pero cuando ya no lo complace, lo deja y a otra cosa.

–¿Por eso lo abandonó?

–No lo abandoné. Él me dejó a mí. Por una mujer más joven.

Vittorio no daba crédito a sus oídos. Con involuntaria admiración, miró ese rostro encantador y su esbelta figura.

–Una mujer más joven. ¿Pero qué edad tiene usted? ¿Veintidós o veintitrés años?

–Subestima la eficacia de un salón de belleza –observó Angel medio en broma–. Soy una construcción artificial. Todo se lo debo a los profesionales que han trabajado duramente para ocultar el

hecho de que a los veintiocho años empiezo a caerme a pedazos.

–De acuerdo, me hago a la idea.

–Creo que no –replicó ella disfrutando de la broma–. Cuando me desvisto por la noche para irme a la cama, me tengo que quitar la peluca, las uñas postizas y todos los artilugios artificiales.

Vittorio sintió un ramalazo de rabia contra ella, aunque sabía que sólo quería bromear sobre su decrepitud, pero su imagen desvistiéndose fue como un duro golpe en el estómago. ¿Esa chica era tan inconsciente de su poder de seducción como para arriesgarse a meter pensamientos tan sensuales en la cabeza de un hombre normal como él? ¿O no le importaba porque lo veía simplemente como un sirviente, y por lo tanto, como un eunuco?

Como fuera, Vittorio supo que no podría permitirse pensamientos como aquéllos. La idea de esa mujer en la cama quedaba absolutamente prohibida para él.

–¿Ha terminado? –preguntó para silenciarla.

–Del todo. Sólo quería que comprendiera que soy un modelo pasado de moda, así que Joe me cambió por uno de veinte años.

Angel no había tenido la intención de confiarle su historia personal, pero le divertía mucho la inquietud de Vittorio por decidir si debía dar crédito a sus palabras. Eso le enseñaría a no sacar conclusiones precipitadas.

–Pero... él compró esta villa para usted –observó finalmente–. Mientras se la enseñaba, él no dejaba de repetir: «A mi dama le encantará» y le aseguro que lo decía con sinceridad.

–Por supuesto, porque entonces yo ya no era su dama. Era la otra. Joe no compró esta villa para mí, la adquirió para ella. Sólo que a su novia no le gustó porque no era lo suficientemente lujosa. Decidido a ahorrarse la pensión que tendría que darme por el divorcio, decidió cedérmela. Como la batalla legal me estaba agotando, acepté sólo por perderlo de vista lo antes posible.

Las últimas dudas de Vittorio se desvanecieron al oír esas palabras, que eran como un eco de su propia experiencia con Joe Clannan.

–¿Así que en realidad usted no quería venir aquí? –preguntó lentamente.

–Verá, quedé bastante contenta con el regalo. La verdad es que me encanta Italia. Años atrás incluso aprendí el idioma.

–Me sorprende –admitió él–. Pensé que... Bueno...

–No hace falta que explique nada. Usted esperaba encontrarse con una despreciable arpía.

–¿Arpía? Disculpe, a veces me falla el inglés.

–En Inglaterra la palabra se usa para denominar a una mujer que abusa de su poder. Creo que usted no tiene una buena opinión de mí.

Vittorio se encogió de hombros con incomodidad.

–Nunca pensé que fuera una... arpía. ¿Le gustaría tener un perro? –añadió en italiano para cambiar de tema.

–Si encuentra uno como éste... –dijo Angel al tiempo que señalaba a Luca, que no dejaba de jugar con ella.

–Me temo que ha hecho una mala elección. Este perro es un plebeyo, sin ningún pedigrí.

–Lo sé. Por eso me gusta tanto.

–Le conseguiré uno de sus vástagos. No será difícil porque los ha sembrado por los alrededores. Y ahora, si me disculpa, he de volver al trabajo. Para eso me paga.

En otras circunstancias, Angel no le habría dado importancia a aquella brusca observación y se habría reído, pero en ese momento estaba claro que su intención era poner fin a los breves momentos de simpatía entre ellos. Así que no tuvo más alternativa que aceptar su voluntad y marcharse.

Durante tres días, Vittorio no mencionó el asunto del perro y Angel pensó que lo había olvidado. Sin embargo, al cuarto día apareció con un cachorro de unos cuatro meses, muy parecido a Luca. Como su progenitor, era marrón, desaliñado y de mirada traviesa.

–Se llama Toni. Hace tres meses le encontré un hogar, aunque debo decir que el dueño se ha alegrado de devolvérmelo. Parece que es bullicioso, desobediente y travieso. Un demonio.

Angel abrió los brazos para recibir al animalito.

–¡Justo lo que quería!

–Después no me diga que no se lo advertí –observó Vittorio con una leve sonrisa.

Al ver que ambos se acariciaban mutuamente, no dudó de que se

trataba de un amor a primera vista.

Angel le pidió que la llevara a Amalfi para comprarse unas camisetas de algodón y vaqueros baratos para cuando Toni anduviera cerca de ella, lo que sucedía siempre. También abandonó el maquillaje, porque no resistía las caricias de la húmeda nariz del cachorrito.

Por lo demás, su tregua con Vittorio se mantenía vigente y ninguno de los dos parecía querer desenvainar las espadas. Con cierta ironía, Angel notó que empezaba a ganarse su aprobación y que valía la pena.

Practicaba italiano con él y con Berta, y muy pronto ya hablaba con bastante fluidez. Luego obligó a Vittorio a practicar su inglés. A cambio él comenzó a enseñarle las nociones básicas del cultivo del limón. Angel aprendió que en la villa se cultivaba el tipo Lisbon, que era crucial la utilización de un fertilizante adecuado y que había que regar con mucho cuidado.

Muy pronto cayó en la cuenta de que una buena cosecha sería vital para su economía, pues la discreta suma de dinero que Joe le había dado y que al principio le pareció suficiente, se agotaba rápidamente a causa de los innumerables gastos que generaba la villa. Pese a ello, como no podía manejarse sin un vehículo, compró un coche muy modesto.

Pronto tendría que obtener dinero de alguna manera. Eso la inquietaba porque los recursos que tenía a su disposición no la atraían en absoluto. Había recibido una oferta de una revista de moda. Se trataba de vender la historia de su vida con Joe, en lo posible con detalles jugosos, a cambio de una buena cantidad de dinero. Pero Angel consideró que sería una forma de volver a un pasado del que intentaba escapar.

Entonces decidió postergar el problema durante un tiempo y dedicarse a preparar el nuevo hogar para el abuelo Sam.

Lo llamaba diariamente, aunque él no la reconocía. Luego hablaba con Roy y Frank, los enfermeros, que le aseguraban que solía hablar de ella, aunque no reconociera su voz por teléfono, y que todo sería diferente cuando se volvieran a ver.

Angel solía cortar la comunicación con lágrimas en los ojos.

Capítulo 4

Cuando Vittorio concluía los asuntos que lo habían llevado al pueblo, solía recoger la correspondencia en la oficina de correos.

–Tengo algo para ti –dijo la encargada con una sonrisa–. Y también para «ella» –añadió acentuando deliberadamente la palabra.

Como mucha gente de la localidad, quería darle a entender que estaba de su lado. Pero en esa ocasión Vittorio no se sintió complacido.

–No se le puede culpar por ser la nueva propietaria –dijo con suavidad–. Tal vez debamos darle una oportunidad.

Vittorio se volvió al oír una risotada a sus espaldas. Era Mario, un joven que nunca le había gustado. Bebía demasiado y se ganaba la vida haciendo pequeños trabajos, aunque no se esforzaba demasiado. Una vez, Vittorio lo contrató en época de la cosecha y tuvo que despedirlo por holgazán.

–Me imagino que ya ha empleado sus tretas contigo –dijo con voz estropajosa.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Vittorio fríamente.

Pero Mario, bastante borracho, no percibió el tono de advertencia.

–Todos sabemos la clase de mujer que es. Lo dicen los periódicos y las revistas.

Con deliberada calma, Vittorio se acercó a él y lo agarró de una oreja, que retorció hasta hacerlo chillar.

–Te lo diré una sola vez. ¡Cállate! ¿Entendido? –preguntó con dureza. El joven dejó escapar una exclamación ahogada en señal de afirmación. Tras soltarlo, Vittorio le volvió la espalda–. Me llevo la correspondencia –le dijo a la encargada antes de marcharse seguido de la mirada de odio de Mario, que todavía se frotaba la oreja.

Tras llegar a la villa, fue directamente a una habitación trasera que hacía las veces de despacho en los tiempos en que llevaba la administración de la propiedad.

Vittorio dejó la correspondencia de Angel sobre la mesa. Entre las cartas había un gran sobre marrón que se abrió, dejando caer su contenido al suelo. Eran unas revistas inglesas. Mientras las recogía, vio la cara de Angel en la portada de una. Miraba a la cámara con una sonrisa provocativa y los ojos muy abiertos, como si quisiera atraer la mirada de un hombre. Casi era una invitación a la cama.

«Así fue como Angel me rompió el corazón. Un relato escrito por el amante desdeñado» rezaba en la portada.

Vittorio no pudo resistir la curiosidad de leerlo.

En el artículo había varias fotografías. Algunas de ellas mostraban a una joven Angel casi irreconocible. Junto a ella había un hombre muy atractivo, posiblemente su novio. Vittorio leyó el relato del joven que confesaba haber estado locamente enamorado de Angel, una mujer rapaz que lo dejó por un hombre rico, mucho mayor que ella.

Yo la amaba y creí que ella me correspondía, pero me abandonó por los millones de Joe Clannan. No le guardo rencor y ahora que también ha sido rechazada, espero que haya reconocido el valor de un amor verdadero.

Vittorio hizo una mueca de repugnancia mientras miraba la foto del joven increíblemente guapo, aunque posiblemente sin un gramo de inteligencia. Exactamente el tipo de hombre que atraía a las jovencitas soñadoras. Sin embargo, ella lo había cambiado por Joe Clannan y no había que ser adivino para saber por qué.

De pronto, Vittorio se sintió muy cansado.

Minutos más tarde, Angel entró en la habitación y lo encontró sentado con la mirada perdida en el vacío. Al ver las revistas, se puso tensa.

–Sus lecturas no son dignas de admiración –dijo ella con frialdad.

Vittorio dio un brinco en el asiento.

–Las revistas son suyas. Venían en un sobre con algunas cartas que recogí en la oficina de correos, junto con mi correspondencia.

–Y se sintió obligado a abrir el paquete.

–No, el sobre se abrió cuando lo puse en la mesa y su contenido cayó al suelo. Mire –dijo enseñándole el sobre.

–Es verdad –murmuró Angel.

Vittorio la observó atentamente mientras ella echaba una ojeada al artículo, y no se le escapó la expresión de desolada fatiga de su rostro, que de pronto había perdido su lozanía juvenil.

«En este momento nadie reconocería a la seductora Angel», pensó conmovido.

–No debería preocuparse por eso. Seguramente a ese tipo le ofrecieron una buena cantidad de dinero para que contara lo que ellos querían. No tiene importancia.

–Comprendo. Quiere decir que no debería sorprenderme ya que así funciona mi mundo, ¿no es verdad? Una inmundicia –dijo en tono desafiante.

Semanas atrás, Vittorio sí lo habría pensado. Pero no en ese momento. Mientras se esforzaba por encontrar una respuesta adecuada, ella añadió:

–Tiene razón. Posiblemente le pagaron bien por esa basura. Me alegro por él.

–Seguro que ha inventado esa historia, ¿verdad? –dijo casi en tono de ruego.

–En parte. Lo cierto es que no lo abandoné por Joe porque ya habíamos roto nuestras relaciones cuando conocí a mi ex marido.

–Ese hombre afirma que se casó por dinero...

–No miente –respondió con una ligereza desafiante–. Eso es cierto. Usted conoce a mi marido. ¿Cree que me habría casado por amor?

–Creo que no.

–No me mire así –dijo repentinamente, presa de una ira irracional–. Sé lo que piensa de mí. Me ha despreciado desde el primer día. Admítalo, no sea cobarde –lo desafió. Vittorio permaneció en silencio–. No se atreve a decírmelo a la cara.

–No lo digo porque sé que me equivoqué con usted. La culpé por la manera en que él compró esta casa. Sin embargo, cambié mi modo de pensar cuando usted me contó que la villa era un regalo destinado a otra mujer.

–¿Y me creyó?

–Desde luego.

–Tal vez no debió hacerlo. Piense que sólo se trataba de mi versión de los hechos.

–Pero yo creo en su palabra –rebatió, con los dientes apretados.

–Y si le dijera que era una pobre chica inocente que cayó en el matrimonio si saber lo que hacía, ¿también me creería?

–¿Y fue así?

–Podría contarle cualquier cosa. ¿Y cómo podría saber que le digo la verdad? Verá, durante los últimos ocho años he vivido en un mundo donde la verdad y la mentira no existen. Lo único cierto es lo que funciona. Y si no funciona, hay que cambiarlo. Lo único real es el dinero. Joe Clannan tenía muchos millones y quería gastarlos en mí. Y yo se lo permití. ¿Por qué no? Él me compró y yo me vendí a un buen precio. ¿Le queda claro?

–¡Déjelo ya! –exclamó él, con fiereza–. ¿Por qué hace esto?

–Para que vuelva a la realidad. Desde el primer día supo por instinto la clase de mujer que soy. No debió haber cambiado de opinión, porque todo lo que se dice de mí es cierto.

–¿Todo?

Angel inspiró profundamente.

–La mayor parte; pero suficiente como para que cualquier hombre decente se aleje de mí, si es que tiene sentido común.

–¿Entonces por qué está aquí? –inquirió con dureza–. ¿Por qué no vendió la villa y se entregó a la gran vida? Es cierto que al final el dinero se acaba, pero para entonces ya podría echarle el lazo a otro millonario con mucha facilidad. Es cuestión de utilizar la técnica adecuada y, según usted, eso lo hace muy bien. ¿O he entendido mal?

–No, me ha entendido muy bien. ¿Habla de la técnica adecuada? ¿Una? Tengo decenas. Siempre hay un modo de engañar casi a cualquier hombre. Sólo hay que encontrar su punto débil –dijo con vehemencia, a sabiendas de que Vittorio no quería seguir escuchando–. Le diré que no es cosa de batir las pestañas. Ése es un truco muy viejo. Es cosa de saber cuándo hay que humedecerse los labios y reír de una manera determinada hasta que el candidato sienta que un escalofrío le recorre la columna vertebral.

Vittorio montó en cólera.

–¡Cállese! No se atreva a decir una palabra más.

Ella lo miró directamente a los ojos con un movimiento brusco de la cabeza que hizo caer su melena en una cascada de ondas doradas.

–¿Me da órdenes, Vittorio? –preguntó con suavidad–. ¿No debería ser al revés?

Él la miró con una expresión salvajemente sombría. En otras circunstancias, Angel se habría asustado, pero en ese instante su cuerpo se estremeció de placer.

–Podría matarla por decir eso –dijo arrastrando las palabras.

Ella se echó a reír como si quisiera llevarlo a la exasperación.

–A ciertos hombres hay que enfurecerlos primero para lograr lo que una se propone –murmuró mientras se inclinaba hacia él. Su cálido aliento le rozó la cara–. El resultado siempre es el mismo.

Vittorio la aferró por los hombros.

–¿Se ha vuelto loca para hablarme así? –inquirió mientras la zarandeaba con suavidad.

–Tal vez. Así es como me divierto. Debe admitir que lo he convencido.

–¿De qué?

–Dije que algunos hombres son más difíciles de engatusar que otros. En realidad, usted es uno de los fáciles.

–Si cree que me ha sometido con su discurso barato, piénselo de nuevo. ¿Cree que no he conocido mujeres como usted? ¿Cree que no sé lo que hay que hacer con ellas?

–No, nunca antes ha conocido una mujer como yo. Y la verdad es que no sabe qué hacer conmigo.

Vittorio la estrechaba con fuerza y ella podía sentir los violentos latidos de su corazón. Entonces supo que lo estaba enloqueciendo y se rió de él, de ella, de las sensaciones que recorrían su cuerpo.

–¡Déjelo ya o haré que se calle!

–No podría hacerlo –replicó Angel, desafiante.

Con una dura expresión, Vittorio la estrechó con más fuerza hasta que sus labios casi llegaron a tocarse. Una sensación de triunfo se apoderó de Angel. Ese hombre que se defendía de ella apelando a todo su control, se estaba derritiendo entre sus manos.

Sin embargo, Angel repentinamente sintió que se operaba un cambio en su interior. En un segundo, su exaltada euforia se desvaneció por completo, dejándola sumida en la desolación.

Vittorio, que había observado todo el proceso, percibió el instante preciso en que su mirada quedó vacía.

–Angel –susurró–. Angel, ¿qué intentas hacer? –preguntó con

suavidad, tuteándola por primera vez.

–Yo, no...

Angel sacudió la cabeza. No lo sabía. Le pareció que la exaltación que minutos antes se había apoderado de ella había sucedido cien años atrás.

Vittorio se apartó con cuidado por temor a que se desplomara, pero ella retrocedió al tiempo que lo miraba con la expresión más desolada que él había visto jamás. No podía soportar mirarla a los ojos. Era como ver a alguien que se moría.

–¿Por qué te empeñas en que piense mal de ti?

–Siempre lo harás, haga lo que haga –repuso con tristeza–. Así es más seguro. Sigue pensando lo que quieras sobre mí, Vittorio. Lo más probable es que sea cierto.

Sin más, salió de la habitación dejándolo estupefacto.

Más tarde, Vittorio intentó convencerse de que todo era muy sencillo. Ella acababa de confirmar sus peores sospechas. Pero su intento fracasó. Angel había proferido palabras crueles y amargas, aunque todas dirigidas contra sí misma. Y cada una de ellas le había llegado como una petición de auxilio.

Sin embargo, no sabía cómo ayudarla.

Una vez fuera, Angel cruzó el vestíbulo apresuradamente y se encerró en su habitación.

Tras dejarse caer en la cama se quedó mirando al vacío sin moverse, mientras intentaba luchar contra el letargo que se apoderaba de ella.

No era la primera vez. Lo había experimentado los primeros días tras la pérdida de su bebé. Angel había creído superar esa honda desolación, pero se equivocaba.

En su mente, Vittorio aparecía otra vez junto a ella, la estrechaba entre sus brazos y luego perdía el control hasta un punto peligroso arrastrándola consigo, porque su desenfrenado deseo se igualaba al de él.

Eso era lo que latía en el fondo de su ser desde el principio, a lo que ella se había negado a enfrentarse y que ya no podía negar. Y algo dentro de sí misma había fallado en el momento crucial.

Angel abrió la revista que aún tenía en las manos. El rostro tan

apuesto como estúpido de Gavin no tuvo ninguna resonancia en su interior.

Toni, que había entrado con ella, empezó a llamar su atención.

–De acuerdo, vamos a pasear –murmuró.

Entonces caminaron largo rato sin rumbo fijo disfrutando del paseo. Angel encontraba consuelo en compañía de esa criatura que no le pedía nada ni esperaba nada de ella.

Más tarde, cuando hicieron una pausa para descansar, Toni se hizo un ovillo en sus brazos y así se quedaron hasta que cayó la noche.

Entrada la tarde, Vittorio fue a la casa y encontró a Berta tomado café.

–Quédese a cenar. Hay comida de sobra.

Él aceptó de buena gana y luego comió en silencio.

–Ahora me siento mejor. No me apetecía prepararme la comida y cenar solo en casa.

–Lo que pasa es que está muy consentido –dijo Berta con la franqueza de largos años al servicio de Vittorio.

–Es culpa tuya, Berta. He venido a traer a la señora el presupuesto de algunas cosas que hay que hacer.

–No está en casa. Hace horas que salió con Toni y todavía no han regresado. Pensé que había ido a Amalfi, pero su coche está aquí.

–Se ha hecho de noche –observó tras echar un vistazo a la ventana.

–No me diga que se preocupa por ella. Pensé que la odiaba.

–No la odio –respondió incómodo, y luego añadió como si explicara una debilidad–: Es buena con los perros y no le importa lo que hagan. Incluso se ha comprado ropa barata para estar con ellos –concluyó con una leve sonrisa.

–Sí, lo he notado. Ya no parece la misma persona que llegó a esta casa. No es lo que pensábamos. ¿Verdad que no? –añadió al ver que Vittorio guardaba silencio.

–No estoy seguro –dijo pensativamente, recordando lo que había sucedido hacía sólo unas horas.

–¿Le conté que sabe mucho de los murales que están en el

pasillo? Cuando se los enseñé me dio el nombre de los diferentes pintores. Sabe mucho. Y su italiano ha mejorado bastante. Tiene que haberlo aprendido en su país. Me pregunto por qué. Como también me pregunto para qué está arreglando esos dormitorios.

–¿Cuáles?

–Los que están al fondo. El grande y los dos pequeños. Ya ha puesto camas en todos ellos.

–¿Camas? ¿En la planta baja?

–Sí, las ha traído desde arriba y las habitaciones se están limpiando a fondo.

–¿Ha dado alguna explicación?

–Dijo que vendrán unos amigos. Ella hace las cosas a su manera y, como comprenderá, no puedo obligarla a que me cuente detalles. Es la *padrona*. Pero tal vez se lo diga a usted.

–No pienso preguntarle.

–Tal vez piense traer a esas amistades tan famosas de su país. Harán una orgía en la villa y luego aparecerá en todas las revistas del corazón.

–Deberías avergonzarte; una mujer tan respetable hablando de esa manera –dijo Vittorio con severidad–. ¿Qué sabes tú de orgías?

–Sólo lo que leo en las revistas. En todo caso, usted no puede impedírselo –dijo Berta con suavidad.

Él hizo una mueca.

–Es verdad. Ahora iré a buscarla. No puedo dejar que ande vagando por lugares que no conoce. Vamos, Luca.

Vittorio salió a la oscuridad de la noche seguido por su perro al tiempo que se preguntaba si había perdido la sensatez.

Esa mañana había castigado al bruto de Mario por haber manchado la reputación de Angel. Sin embargo, una hora después, ella lo había desafiado con la actitud francamente desvergonzada y provocativa de una mujerzuela. Eso era lo que todo el mundo habría pensado, incluso él mismo, si no hubiera visto cómo se derrumbaba y cómo sus ojos de pronto perdían su brillo. Vittorio tenía que descubrir cuál era la causa de su dolor y, hasta que lo lograra, no sabría qué pensar de ella.

Sin saber qué dirección tomar, se dejó guiar por el perro. Tras una caminata de una media hora guiados por la luz de la luna, le pareció oír ruidos entre los árboles.

–¿Dónde estás, Angel? –llamó. Por toda respuesta oyó un ladrido y vio que Toni corría hacia él–. ¿Dónde está ella? Vamos, guíame.

Tuvo que moverse rápidamente porque Toni se desvaneció en las sombras, pero guiado por sus ladridos finalmente descubrió a Angel sentada bajo un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras se balanceaba hacia atrás y hacia adelante.

–¿Qué haces aquí? –preguntó mientras se arrodillaba junto a ella. Vittorio notó que tenía los ojos cerrados–. Vamos –dijo abrazándola.

–Vete –susurró.

–No te voy a dejar sola, aquí no estás segura. ¿Qué ha ocurrido? Hace unas horas estabas dispuesta a mandar el mundo al infierno, especialmente a mí.

–Todo es teatro y ya no puede durar más.

–Angel...

–No me llames Angel –dijo con aspereza–. No existe.

–Creí que ése era tu nombre.

–No, es la persona que fingí ser durante ocho años. Me llamo Angela, y ésa soy yo. Al menos... creo ser yo... No lo sé. He sido Angel durante tanto tiempo...

Vittorio le rodeó los hombros con el brazo.

–Vamos a regresar a casa. Hace frío.

Pero ella parecía no enterarse de su presencia.

–Odio a Angel –murmuró–. Es estúpida, superficial y se limita a las apariencias. A las cosas que hay que decir, la ropa que hay que llevar y cuáles son las joyas más caras.

–Calma, calma –dijo estrechándola contra su cuerpo–. ¿Por qué de pronto hablas de esta manera? ¿Es por las tonterías que decía la revista? ¿Cómo puedes dejar que eso te aflija tanto?

–Porque me vuelve al pasado –replicó con desesperación–. Pensé que podía librarme de todo eso, pero no puedo, no puedo escapar de la mujer que no quiero ser.

Vittorio sintió que temblaba entre sus brazos y maldijo su impotencia. No sabía cómo ayudarla.

–Tienes que parar ya. La que habla no eres tú.

–¿Y quién soy yo? ¿Tú lo sabes? –dijo repentinamente enfadada–. Eres otro de los que creen saber quién soy en realidad. Vete al diablo, tú y todos los demás.

–Así está mejor. Vamos, pelea conmigo. Dime que soy un tipo insoportable. Porque eso es lo que piensas de mí.

–Sí –dijo temblando.

–Y sabes que seguiré siendo el mismo pelmazo de siempre.

–Es verdad, pero déjalo. Debo marcharme y...

–Lo que necesitas es darme un puñetazo, porque eso es lo que has deseado desde el principio. Es fácil. Vamos, hazlo.

Ella lo golpeó en el hombro una y otra vez mientras él la urgía a continuar.

–Puedes hacerlo mejor. Recuerda que me odias.

–No, tú me odias a mí –dijo entre lágrimas y risas–. Porque soy una mujerzuela consentida que te ha arrebatado tu hogar. Lo recuerdas, ¿verdad?

–No estoy seguro –dijo con ironía–. ¿Es cierto que eres una mujerzuela?

–¿No te lo dejé claro hace unas horas?

–Ah, eso era lo que querías demostrarme. A decir verdad, no hiciste muy bien el papel de vampiresa. No lograste convencerme. ¿Y sabes por qué? Porque no forma parte de tu naturaleza.

–Angel es una mujer horrible y egoísta. Ya sabes lo que Gavin dijo de mí.

–No me digas que todo esto se debe al comentario de ese idiota.

–No se debe sólo a él, la verdad es que es por todo. Por Gavin, por Joe, por Sam, por todo.

–¿Quién es Sam? –preguntó. Pero Angel otra vez se había echado a llorar, así que Vittorio, sin insistir, se limitó a estrecharla entre sus brazos–. Estás hecha un lío. Vamos, te llevo a casa –dijo con suavidad.

–Todavía no. No quiero...

–He dicho que te llevo a casa –insistió mientras se separaba de ella–. No discutas –añadió ayudándola a levantarse.

Luego le pasó el brazo por la cintura y caminaron en silencio hasta que la casa apareció ante ellos.

–Me encuentro bien ahora. No quiero que nadie se entere... de nada.

–No te preocupes –dijo Vittorio soltándola–. No diré una palabra. Puedes confiar en mí.

Entraron en la casa por separado. Angel habló normalmente con

Berta, como si nada hubiera pasado. Poco más tarde, Vittorio se dirigió a su destartalado vehículo. Se sentó tras el volante mirando las ventanas de la habitación que una vez había sido la suya, pero que en ese momento le parecía extraña y misteriosa porque ella estaba allí.

Pero la habitación no se iluminó y Vittorio finalmente puso en marcha el motor y se alejó de la casa.

En la oscuridad de la habitación y de pie junto a la ventana, Angel vio cómo se alejaba el coche. Entonces fue a la cama y se durmió de inmediato. Cuando despertó en la mañana, tras un profundo sueño reparador, el sol brillaba en el cielo y volvió a sentirse en paz con la vida.

Capítulo 5

Pasaron varios días antes de que Angel lo volviera a ver. Se había acostumbrado a encontrarlo al anochecer charlando con Berta, aunque nunca dejaba de hablar con ella antes de marcharse. Poco a poco, empezó a esperar con ilusión esos encuentros que no eran otra cosa que discusiones más o menos amistosas y siempre excitantes.

Pero repentinamente Vittorio desapareció. Angel se dijo que seguramente estaría muy ocupado, pero en una ocasión, tras volver de un viaje a Amalfi, encontró en su escritorio unos presupuestos que requerían un desembolso de dinero casi inmediato.

Berta le informó que Vittorio había llevado los papeles durante su ausencia. Sin embargo, Angel habría jurado que la había visto cuando se cruzó con él en el coche. Estaba claro que había ido a la casa a sabiendas de que ella no estaría allí.

Con los papeles en la mano, fue a buscarlo al huerto.

–¿Es necesario cambiar con urgencia prácticamente toda la barandilla que bordea el acantilado? Me parece que ya se ha reparado en el lugar donde caí.

–Es cierto. Sin embargo, más tarde examiné a fondo el resto de la barandilla. Está muy gastada y, por tanto, es bastante insegura. Necesito dinero para repararla. Pensé que se podría aplazar hasta el próximo año, pero está peor de lo que imaginé así que, si me lo permites, me encargaré de ello lo antes posible. Hay que tenerlo terminado antes del invierno.

–Sí, hazlo por favor –dijo Angel con un suspiro.

Le habría gustado quedarse a conversar con él y tal vez decirle que su bondad la había ayudado a ahuyentar sus demonios. Pero Vittorio parecía impaciente por volver a su trabajo. Angel comprendió que le enviaba un mensaje silencioso. Pese a lo que había sucedido entre ellos, aún eran la señora y su sirviente y había que olvidar el incidente.

Camino a la casa, Angel se volvió a mirarlo. Estaba absorto en su

trabajo, con la cabeza inclinada, como si ella nunca hubiera estado allí.

Luego recordó el presupuesto de cambio de la barandilla y repentinamente tomó una decisión. Las cuentas se acumulaban sin piedad. Cuando hubo terminado de pagar el fertilizante, se estropeó una máquina y fue entonces cuando supo que no podía seguir evitando la verdad. El dinero prácticamente se había agotado.

Tras encerrarse en el despacho, y después de un instante de vacilación, marcó un número de teléfono de Londres. Era la línea directa del editor de la revista *GlamChick*.

–¿Mack? –saludó alegremente–. Apostaría que pensabas que ya no volverías a saber nada de mí.

–No, querida. Sabía que tarde o temprano ibas a llamar. Nunca has rechazado un buen negocio y te ofrecí una buena cantidad.

–¿Tú crees? ¿Quieres invadir la intimidad de mi hogar por una bagatela?

–¡De eso nada! Haremos una magnífica sesión fotográfica y una buena entrevista. Te mostraremos en medio del hermoso entorno italiano, maravillosamente vestida. Hablarás de tu nueva vida, que seguro que es mucho mejor que los años que pasaste junto a Joe Clannan. Sólo nos llevará un par de días y podrás embolsarte una bonita suma de dinero.

–Me temo que no tan bonita –dijo con un fingido tono casual mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

–¡Ah, todavía quieres más! De acuerdo, pero hasta un límite. ¿Cuánto más?

–El doble.

–¿Estás loca?

–Eso es lo que vale una auténtica exclusiva, querido Mack.

–Por ese precio tendría que ser realmente auténtica. Quiero decir que tendrás que aportar alguna novedad, algo que nunca hayas contado a nadie.

–¿Trato hecho, entonces?

–Supongo que sí. Pero tendrá que ser cuanto antes.

–Entonces tendrás que enviarme pronto el contrato.

–¿No confías en mi palabra?

–La prefiero en blanco y negro.

–De acuerdo. Ahora puedo comprender que no en vano te

casaste con Joe Clannan.

Angel se echó a reír. En otra ocasión ese comentario le habría dolido, pero en esos momentos lo único que sentía era alivio. Había sido capaz de conseguir dinero para hacer frente a sus gastos.

El contrato no tardó en llegar y Mack la llamó dos días más tarde.

–He decidido hacer el trabajo personalmente. Mañana tomaré el avión junto con los fotógrafos. Seremos tres.

Angel pensó que era muy oportuno porque le daría tiempo a hacer la entrevista antes de la llegada de Sam y así las visitas podrían ocupar las tres habitaciones ya preparadas.

Más tarde informó a Berta que esperaba a unas personas que irían a hacerle una entrevista. No había razón para ocultarle la verdad.

–Sí, *padrona*. Me encargaré de la comida y de los vinos –se limitó a decir Berta, aunque Angel no dejó de notar su sorpresa y desaprobación.

No cabía duda de que Vittorio se enteraría pronto.

Y se confirmaron sus sospechas cuando Vittorio no tardó en aparecer con la excusa de enseñarle unos documentos que bien podían esperar. No mencionó el asunto para nada, pero por su mirada Angel se dio cuenta de que ya estaba enterado. En su expresión había una mezcla de cinismo y tristeza, como si intentara decirle que nunca se había equivocado respecto a ella.

Angel podría haberle dicho que necesitaba dinero con urgencia para hacer frente a las facturas que él le presentaba continuamente, y que Joe le había dejado una cantidad de dinero poco menos que ridícula.

Sin embargo, su temperamento volvió a aflorar y se dijo que los cerdos echarían a volar antes de darle explicaciones. Después de haberla evitado durante días, ¿quién demonios se creía que era para juzgarla con tanta facilidad?

Sin embargo, cuando Vittorio se marchaba, Angel se arrepintió de inmediato.

–No soy una buena persona. ¿Qué me pasa? –murmuró.

Pero ya era demasiado tarde para pedirle que regresara.

La tarde previa a la llegada de Mack y los fotógrafos, Vittorio se acercó a ella.

–¿Quieres que vaya a recoger a tus amigos al aeropuerto?

–No, gracias. No es parte de tu trabajo. Ya me he encargado yo.

–Sí, *padrona* –se limitó a decir amablemente antes de alejarse.

Angel había dispuesto que un coche con chófer estuviera esperando a sus invitados en el aeropuerto.

Y pasó las horas previas al encuentro entregada a su arreglo personal.

Le llevó una hora decidir qué se pondría. Finalmente, optó por un elegante vestido blanco de líneas simples con un sugerente, aunque no revelador, escote en pico.

Tras maquillarse cuidadosamente, se cepilló la brillante melena rubia, que dejó suelta sobre los hombros.

Una hora antes de la llegada de Mack repasó los dormitorios, fue a la cocina, donde Berta preparaba un verdadero banquete y ,tras dar su aprobación, se dirigió al comedor. La mesa lucía en todo su esplendor con una hermosa cristalería y cubiertos de plata.

Vittorio apareció de pronto con una fuente de plata. A Angel le extrañó verlo por allí, y más aún vestido con unos impecables pantalones negros, camisa blanca y una pajarita en un tono rojo oscuro.

–¿Por qué te has vestido como un camarero? –preguntó, escandalizada.

–Supongo que es lo que soy –respondió con suavidad–. Me he ofrecido a ayudar a Berta en el servicio de la cena. Queremos causarle la mejor impresión a tus amigos, *padrona*.

Angel percibió las últimas palabras como un insulto calculado.

–Eres muy atento.

Vittorio asintió como lo hubiera hecho un buen sirviente, puso la pesada fuente en la mesa y salió de la habitación. Movida por un impulso ciego, Angel lo siguió al vestíbulo y le aferró el brazo con la intención de obligarlo a volverse.

–¿Qué se supones que estás haciendo?

–Ser servicial, *padrona*.

–¡Vete al diablo! Has maquinado todo esta farsa para mantenerme vigilada. ¿Cómo te atreves a espiarme?

Al verlo entornar los ojos, Angel supo que no estaba

acostumbrado a que le hablaran de esa manera.

–¿Por qué te empeñas en pensar lo peor de mí, *padrona*?

–¡No me llames así! ¿Lo oyes? No lo vuelvas a hacer.

–Pero es la verdad. Somos la señora y su sirviente. Si yo puedo asumirlo, ¿por qué no puedes tú?

–Por tu forma de decirlo. Suena a humor negro.

Vittorio la examinó de arriba abajo con una mirada muy elocuente. Sí, verdaderamente era humor negro.

–¿Qué quieres que te diga? La otra noche rechazaste al personaje llamado Angel. Dijiste que era tonta y superficial y que no entendía nada sino lo que veía en la superficie. La que hablaba era una mujer sincera, todo corazón, una verdadera mujer. ¿Y ahora? Mírate. Te has vuelto a transformar en esa criatura que tanto te desagrada y has invitado al mundo a ver la forma en que utilizas mi hogar como telón de fondo de tu ligereza. No haces más que profanar esta casa. Bueno, ya te he respondido. ¿Estás conforme?

Pero Vittorio se arrepintió al instante de sus palabras. Angel lo miraba como si la hubiera abofeteado. Y no había intentado ofenderla. Al actuar en su propia defensa había olvidado la vulnerabilidad que ella se empeñaba en ocultar y que en ese instante podía percibir en sus ojos repentinamente sombríos.

–No me hagas caso... –empezó a decir apresuradamente, pero antes de acabar la frase oyó ruidos y voces en el patio.

–Angel, ¿dónde estás?

Ella inspiró profundamente, echó los hombros hacia atrás y en un instante se transformó en otra persona ante Vittorio. Los ojos se le iluminaron y sus labios se curvaron en una calculada sonrisa cautivadora. Volvía a ser Angel.

Luego se aproximó a la puerta con los brazos extendidos para recibir a los tres hombres que bajaban del coche. El primero, grande como un oso, le dio un fuerte abrazo.

–¡Angel, mi reina!

–¡Mack, cariño!

Vittorio vio cómo entre risas y bromas los abrazaba uno por uno, aparentemente deleitada. Si no hubiera sido testigo de la transformación operada en ella segundos atrás, no habría dudado de la sinceridad de sus gestos. Luego se preguntó qué diría Angel si supiera que se había ofrecido a ayudar a Berta no por espiarla, sino

simplemente por estar allí en caso de que lo necesitara. «Posiblemente se habría reído», pensó exasperado consigo mismo, porque su hostilidad se veía constantemente amenazada por una misteriosa urgencia de protegerla.

Angel los condujo a sus respectivas habitaciones y más tarde, tras una copa de vino y bizcochos, les enseñó la casa. Dentro y fuera de la villa, los fotógrafos buscaron ángulos propicios y muy pronto empezó la sesión de fotografías. Angel en el jardín bajo un sol radiante, paseando entre las rosas junto a la fuente. Angel, experta en el cultivo limonero, enseñando las graderías del huerto. Desde una ventana, Vittorio observaba la escena.

Cuando volvían a la casa, Mack comentó con admiración:

–Me asombra que en tan poco tiempo te hayas convertido en una experta.

–En absoluto –negó la joven al instante y, al ver que Vittorio pasaba por el vestíbulo, añadió–: Él es el verdadero experto, sólo sé lo que Vittorio me ha enseñado.

–¿Es cierto? –preguntó Mack mientras se aproximaba a él amistosamente–. ¿Eres la mano derecha de Angel?

Vittorio lo miró, como si no entendiera.

–¿*Scusi*?

–Angel me ha dicho que eres el verdadero experto en el cultivo del limón.

Vittorio se limitó a mirarlo. Tras una pausa, dijo en un tono intencionadamente estúpido.

–Mi no hablar inglés.

–¡Vamos! –murmuró Angel entre enfadada y divertida–. Tú hablar inglés perfectamente cuando te conviene.

–Pero en presencia de tus amigos me falla la inteligencia. Me siento impresionado ante personas tan importantes –comentó en italiano.

–¡Cállate! –replicó ella intentando contener la risa–. No juegues conmigo o te daré un pisotón.

Vittorio sonrió.

–*Scusi, signora*. Dije que mi no hablar inglés –respondió con una sonrisa conspirativa, y se marchó antes de que ella pudiera replicar.

Para la cena, Angel cambió su vestido blanco por un elegante traje negro y bajó lentamente la escalera, deteniéndose cada cierto

tiempo para posar.

Cuando Mack galantemente le ofreció el brazo, ella notó una leve mirada de sorpresa en sus ojos.

–Habías visto este vestido antes, ¿verdad? –se apresuró a decir.

–Admito haber pensado que ya habrías vaciado todos los talleres de alta costura de Milán y Roma.

–En otros tiempos lo habría hecho, pero debo confesar que últimamente me he convertido en una chica de campo.

–Eso va a desilusionar a tus admiradores.

En el comedor posó como la perfecta anfitriona de una cena suntuosa. Mack se sentó junto a ella y, aunque todo el día la había entrevistado, Angel sabía que lo más importante estaba por llegar. Había dejado claro que por la cantidad que le pagarían esperaba algo más que banalidades.

Durante la velada, Angel oyó que sonaba el teléfono y muy pronto Vittorio se acercó a ella.

–Tienes una llamada, *padrona*.

–¿Preguntaste quién era?

–Es un señor, pero no pregunté su nombre.

Angel fue a atender la llamada. Era Roy, uno de los cuidadores de Sam.

–Sam me pidió que te llamara ahora mismo. Se encuentra muy bien.

–¡Estupendo, pásamelo, por favor!

–Hola, cariño, ¿cómo está mi niña?

–¡Sam! ¡Es maravilloso escucharte! Te echo mucho de menos.

–Y yo a ti, tesoro. ¿Te gusta Italia?

–Esto es encantador y lo será más aún cuando estés aquí conmigo.

–¿Cuándo podré viajar?

–Muy pronto, mi amor.

Vittorio, que en ese momento llevaba unos platos de la cocina al comedor, alcanzó a oír las últimas palabras, que sintió como una puñalada.

Mack ardía de impaciencia cuando Angel regresó.

–Vamos, cuéntame. ¿Quién te llamaba? ¿Un nuevo amante? Estoy seguro de que tienes una corte de lujuriosos admiradores. ¿Puedo contar a mis lectores cuál es tu opinión sobre los italianos?

Ella se echó a reír.

–Son como todos los hombres del mundo –dijo mientras se inclinaba hacia él para susurrar–: Muy, muy pesados.

Cuado la cena hubo concluido, Angel condujo a Mack a un saloncito.

–Hablemos de Joe –pidió Mack–. ¿Cómo te sentiste cuando te contó que había conocido a otra mujer?

Angel se encogió de hombros.

–No me sorprendió. Entonces ya estábamos bastante distanciados.

–¿Salías con otro hombre?

–No te hagas ilusiones, nunca salí a divertirme con otra persona mientras estuve casada –replicó con un toque de humor.

–¿Ningún amante oculto?

–Ninguno, así que ríndete.

Tras un suspiro resignado, Mack volvió a la carga.

–¿Has sabido algo sobre la boda de Joe y Merry? –preguntó en tono casual.

–No. Hace una semana que salió la sentencia del divorcio, así que supongo que se casarán pronto.

–Se casaron hace dos días –dijo el editor mientras le mostraba varias fotografías en la que aparecían los novios radiantes y elegantemente vestidos. Mientras ella las miraba Mack no le quitaba los ojos de encima–. ¿No lo sabías?

–¿Por qué tendría que haberlo sabido? Está claro que no pensaban invitarme. Les deseo buena suerte.

–¿Eres capaz de decir eso tras haber visto lo que la novia lleva en el cuello? –preguntó. Angel se encogió de hombros intentando parecer despreocupada–. Vamos, Angel, que estás hablando conmigo. No olvides que yo fui el que te hizo la primera entrevista hace ocho años y me enseñaste el collar que Joe te había regalado. Me contaste que él había dicho que soñaba verlo en el cuello de «su dama especial». Y ahora el collar aparece en el de otra mujer. Y no intentes decirme que no es el mismo.

–De acuerdo, es el mismo. Joe me pidió que se lo devolviera y yo accedí como parte de los acuerdos del divorcio.

–¿No te permitió conservar ninguna joya?

–No lo comprendes, Mack. Ésta es mi nueva vida. No necesito esas chucherías. Que se las quede –dijo con un bostezo de aburrimiento–. Para ser sincera, me estaba cansando de esa vida. Vista desde fuera es muy divertida. Ropa, dinero, joyas, fiestas... Pero de pronto te empiezas a dar cuenta de que estás metida en una rueda de molino. La misma fiesta se repite una y otra vez.

–¿Así que esa vida te empezó a parecer insípida?

–Sí, descubrí que deseaba algo más, algo que nunca iba a encontrar bajo el resplandor de las luces.

–¿Puedes recordar cuándo comenzó esa sensación de hastío?

Angel tomó aire. Sabía que el momento había llegado y que no había vuelta atrás.

–Sí, cuando perdí a mi bebé –dijo con calma. Mack no puedo ocultar su sorpresa. Era una historia que nunca había salido a la luz. Afortunadamente, guardó un discreto silencio–. Sucedió al tercer mes de embarazo. Deseaba un hijo con todo mi corazón y quedé desolada cuando lo perdí. Y después nada volvió a ser lo mismo. Me convertí en otra persona y Joe... Bueno, empezamos a alejarnos, como ya te dije.

–Comprendo.

Ella se había jurado una vez que nunca tocaría el tema en una entrevista porque sería muy doloroso. Y en ese momento podía constatarlo, pero era la única manera de conseguir dinero para proteger a los que dependían de ella.

Mack quería más. Incluso le habría gustado que hablara mal de Joe, pero al darse cuenta de sus intenciones, ella negó con la cabeza.

–Te he dado una auténtica exclusiva, así que ya he cumplido con mi parte del trato.

–Por supuesto, te has ganado tu dinero. Aunque Joe no ha salido bien parado...

–Calla, Mack, te contaré algo más. No quise que nadie supiera que había perdido al bebé, así que tres días más tarde me presenté en un programa televisivo.

–El espectáculo debe continuar, como suele decirse. Fuiste muy valiente.

–No tanto. En realidad vivía como en trance y, entre

presentarme en un programa o confesar por qué no lo hacía, opté por lo primero. Era más fácil.

–Pero, tu marido, ¿qué...?

–Mack, fue mi decisión. No tenía nada que ver con Joe. Soy una mujer autónoma. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

–Supongo que en ti hay mucho más de lo que dejas ver. Gracias, sí, tomaré otro whisky –Mack se volvió a Vittorio que, como una sombra, se encontraba junto a ellos con la botella en una bandeja.

Angel lo miró consternada. No se había dado cuenta de su presencia.

Vittorio llenó el vaso de Mack antes de preguntar:

–¿Y para la señora? ¿Una taza de té?

–Me encantaría –dijo ella de inmediato mientras se preguntaba cómo había adivinado lo que verdaderamente deseaba.

Cuando él se volvió para marcharse, Angel sintió su mano en el hombro. Un gesto consolador, aunque tan leve que fue como si lo hubiera imaginado.

El té le dio energía suficiente para seguir adelante. Al final, fue Mack el que no pudo evitar un bostezo.

–Me he levantado a las cuatro de la mañana. ¿Podemos acabar la entrevista mañana?

–Por supuesto.

En el vestíbulo, ella dio las buenas noches a Mack y a los fotógrafos y luego fue a la cocina a agradecer a Berta la exquisita cena que les había ofrecido.

–Y el té estuvo perfecto.

–¿Tan bueno como el té inglés? –preguntó Berta maliciosamente.

–Mejor –dijo, y ambas se echaron a reír–. ¿Dónde está Vittorio? –preguntó mirando a su alrededor.

–Se ha marchado, *padrona*. Pero dijo que volvería mañana.

–Me parece muy bien.

Era absurdo sentirse desilusionada, aunque había pensado que la esperaría para charlar un rato. Así que no había nada más que hacer que irse a la cama.

Y así lo hizo. Con una intensa sensación de soledad, durante largo rato estuvo tendida en su lecho con los ojos abiertos en la oscuridad. Hasta que al fin se quedó dormida.

Capítulo 6

Al día siguiente, Angel se levantó pensando que en unas cuantas horas más la visita de Mack habría finalizado.

Tras el desayuno, hubo más fotografías en el exterior, incluso hasta en el acantilado. Angel cooperó con los fotógrafos sugiriendo nuevas tomas con el objeto de prolongar al máximo la sesión. Mientras posaba, sus ojos buscaban a Vittorio, pero como no lo veía por allí se dijo que estaría en la villa.

Pero cuando regresaron tampoco estaba en casa.

Los fotógrafos empezaron a guardar sus cámaras. Ya no podía darle más largas a Mack.

–Háblame de Gavin Alford.

–¿Quién?

–El joven que escribió sobre vuestras relaciones para una revista. ¿No la has leído?

–Sí, la leí, aunque a decir verdad hay muy poco que contar. Éramos muy jóvenes, salimos juntos un tiempo y después cortamos la relación.

–¿A causa del dinero de Joe?

–¡Santo cielo, no! –exclamó con una risita fingida–. Para entonces Gavin ya era historia. La ruptura no significó mucho para mí. Él tenía buenas intenciones, pero era un tanto limitado.

Casi habían terminado. Muy pronto se vería libre de ellos. Pero Mack disparó su última pregunta:

–¿Qué planes tenías para tu bebé? ¿Habías pensado en un nombre para él?

Angel ocultó las manos crispadas y habló en un tono muy calmado.

–No sabía si iba a ser niño o niña y era demasiado pronto para pensar en nombres.

No era cierto. Había hecho una larga lista de nombres posibles, pero Joe no mostró ningún interés. Simplemente se negaba a hablar de su hijo. Aunque eso no se lo diría a Mack. En cambio, habló de

generalidades hasta que el editor se dio por satisfecho.

Por fin habían terminado. Cuando se dirigían a la puerta, oyó la voz de Vittorio:

–Permítame ayudarle a llevar su maleta, *signore*.

Angel no se había dado cuenta de que estaba allí. Fue como si se hubiera materializado milagrosamente. Antes de que alguno de ellos pudiera decir algo, ya se dirigía a la puerta con dos pesadas maletas que dejó junto al vehículo. Luego volvió a buscar las otras. El mensaje era inequívoco: ¡Márchense!

Y todos obedecieron como si hubiera sido el mandato del amo de la casa.

Angel los siguió a la puerta sin dejar de sentir la mano de Vittorio en el codo.

El vehículo se puso en marcha y los invitados hicieron gestos de despedida desde las ventanillas.

–Resiste un poco. Un minuto más y habrán desaparecido –murmuró Vittorio al oído de Angel.

Al principio ella pensó que los había echado por la rabia que sentía contra ellos, pero muy pronto cayó en la cuenta de que lo había hecho sólo por ella.

Cuando el vehículo se hubo perdido de vista, Vittorio se volvió a mirarla.

–¿Estás bien? –preguntó con calma.

–Ahora sí.

Entonces le rodeó la cintura con un brazo, la condujo al interior de la casa y la acomodó en un sofá.

–¿Por qué te haces daño a ti misma? –preguntó mientras le tomaba la mano–. ¿Por qué le has contado todo eso?

–¿Oíste la conversación de anoche?

–Sí. Quizá no debí hacerlo, pero ahora te comprendo mejor, así que no me arrepiento. Aunque pienso que no debiste contarle tus intimidades.

Angel le apretó la mano.

–Tuve que hacerlo, Vittorio. No sabes... no sabes...

–Tienes razón. Cuando al fin creo que sé algo de ti siempre surge otro misterio. No te calles, Angel.

–Estoy bien. De veras que estoy bien.

–No es cierto, estás destrozada. Necesitas hablar con un amigo.

Y si no es conmigo, hazlo con otra persona.

–Si no es contigo, no será con nadie –dijo con la voz enronquecida–. ¿No te parece divertido que puedas ser mi mejor amigo? ¿Precisamente tú?

–Sí, es divertido –repuso con serenidad–. Pero no sufras en soledad. Si soy tu amigo, entonces permíteme serlo. Déjame ayudarte. Dime qué tengo que hacer –pidió casi con violencia.

–Nada. Es una especie de oscuridad que está en mi cabeza, aunque no todo el tiempo. Mi médico dijo que se pasaría y yo también lo creo, pero…

–¿Es por la pérdida de tu bebé?

–Sí, empezó entonces. Caí en un pozo negro. A veces creo ver una salida, pero siempre vuelvo a caer.

Vittorio le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí.

–Vamos, quiero oír el resto. Lo que no le has contado a Mack.

–Joe se hartó de mi depresión –murmuró tras una larga pausa–. Dijo que ya no se divertía conmigo.

Vittorio maldijo en voz baja.

–¿Cómo pensaba que una mujer afligida podría divertirlo?

–Nunca pensó que estuviera deprimida. Como él no quería un hijo, no podía comprender que yo lo deseara tanto. Mi trabajo consistía en ser una chica divertida. Le gustaba verme coquetear con otros hombres hasta dejarlos rendidos a mis pies, aunque siempre volvía a casa conmigo. Me convertí en una experta seductora –rió burlándose de sí misma.

–Sí, lo recuerdo bien –comentó Vittorio, con ironía.

–Lo siento. Estaba furiosa contigo y pensé que eras igual que ellos. Bueno, finalmente Joe se hartó de tanta desdicha y empezó a mirar a su alrededor. Era inevitable que se sintiera atraído por otra mujer. Te confieso que no me importó. No me dolió divorciarme de él, aunque eso significara tener que aceptar unos acuerdos económicos más que mezquinos.

–No hace falta que me digas que es un ser despreciable. Me hizo lo mismo que a ti.

–Finalmente conseguí esta propiedad y un poco de dinero que en ese momento me pareció suficiente, porque no tenía ni idea de los gastos que generaba la villa. Había que conseguir dinero para hacer frente a las facturas hasta la próxima cosecha, así que me vi

obligada a conceder una entrevista a Mack a cambio de una buena suma. Claro que a mi vez tenía que…

–Tenías que desnudar tu alma. Y pensar que me permití juzgarte… Perdóname.

–Estás perdonado. Ahora que todo esto ha concluido creo que me sentiré mejor. De alguna manera hasta me alegro, porque nunca había hablado con nadie sobre ese tema tan doloroso para mí. La verdad es que no tenía a nadie en quien confiar.

–Ojalá me lo hubieras contado antes.

–¿Confiar mis cosas al hombre que creyó que era una arpía que había venido a atormentarlo? –observó con una risita temblorosa.

–Me parece que han pasado siglos desde entonces. Ni siquiera podría asegurar que una vez sucedió.

–Puede que no –convino ella, con una sonrisa.

Entonces se sintió invadida por una sensación de dulzura y contento, provocada por la suavidad de la voz de Vittorio y su proximidad física. En ese instante, Angel no lo deseaba físicamente; sólo quería permanecer apoyada contra su cuerpo para siempre.

–Quiero que me hagas una promesa –dijo Vittorio como si hubiera adivinado sus pensamientos.

–¿Qué promesa?

–Que nunca más te guardarás las cosas. Que acudirás a mí como a un amigo y me contarás tus penas.

–Lo prometo –respondió con suavidad–. Recurriré a ti cuando necesite ayuda. ¿Qué habría hecho si no hubieras estado aquí?

–Siempre habría estado aquí, aunque hubieras intentado deshacerte de mí, ¿lo recuerdas?

–Sí, fui incapaz de comprender que eres parte de este lugar. Que te pertenece mucho más que a mí…

–No digas eso –rebatió con aspereza al tiempo que se ponía de pie.

–¿Por qué no? Si he llegado a darme cuenta de que es cierto, ¿entonces…?

–¡Déjalo ya! –cortó con dureza antes de salir al jardín.

Angel había empezado a familiarizarse con el modo en que Vittorio se batía en retirada cada vez que tenían un momento de

intimidad, como si presintiera el peligro. Así que ya estaba preparada cuando, al día siguiente, Berta le informó que había llamado para avisar de que estaría ausente unos pocos días «explorando nuevos mercados para la próxima cosecha».

Angel ya sabía qué pensar porque era consciente de los sentimientos que habían empezado a florecer entre ellos. Era una combinación de deseo físico, a medias admitido, y una intensa emoción, y todo condimentado con una hostilidad que a veces surgía entre ellos. Era algo dulce e intenso que rápidamente se convirtió en la experiencia más emocionante de su vida, aunque su corazón se mostraba tan cauteloso como el de Vittorio.

Para ser una mujer de veintiocho años, curiosamente sabía muy poco del amor. Una vez creyó haber estado enamorada de Gavin, pero al descubrir su verdadero carácter lo abandonó sin vacilar y con pocas lágrimas.

Durante un tiempo había sentido cariño por Joe hasta que su conducta llegó a repugnarle. Siempre fue un amante egoísta que buscaba más que nada su propio placer. Angel era incapaz de recordar la última vez que había sentido algo parecido al deseo. Incluso había llegado a pensar que nunca lo conocería.

Sin embargo, Vittorio había logrado despertar sus sentidos. Otra vez se sentía viva, tanto en su cuerpo como en su corazón, de un modo que nunca antes había experimentado.

Vittorio siempre estaba en sus pensamientos cuando estaba con ella y más aún cuando se ausentaba.

Pero la consternación iba unida al placer.

Tenía que haber sido él, solía decirse con exasperación. En otras circunstancias nunca habría elegido a un hombre así. Carecía de elegancia y nunca caería a sus pies como los otros.

–¿Por qué tuve que haber reparado en un cascarrabias que lucha contra sus sentimientos, igual que yo? ¿Por qué él? Eso es lo que quiero saber –se preguntó en voz alta sin reparar que, no muy lejos, Berta la miraba con alarma.

Ambas dedicaron los días siguientes a limpiar y ordenar las habitaciones de la planta baja. Pronto llegaría Sam con los dos enfermeros. Berta se mostró muy comprensiva cuando Angel le

explicó la situación.

–Pobre abuelo. Le prepararé comidas que le gusten.

La mañana de la llegada de Sam, Angel se preparó para partir al aeropuerto, pero cuando intentó poner el coche en marcha el motor se negó a arrancar.

Berta miraba asombrada los infructuosos esfuerzos de la joven, cuando de pronto la cara se le iluminó.

–¡Mire allí!

Angel se volvió y respiró aliviada al ver que el coche de Vittorio se acercaba a ellas.

–¡Gracias a Dios! –exclamó al tiempo que se echaba a correr agitando los brazos.

Vittorio frenó bruscamente y asomó la cabeza por la ventanilla.

–¿Te has vuelto loca? –gritó.

–Sí –dijo ella al tiempo que se dejaba caer en el asiento junto a él–. Necesito que me lleves al aeropuerto. Mi coche se ha estropeado y tengo que ir a buscar a Sam. No puedo llegar tarde –añadió al tiempo que se despedía de Berta agitando la mano, así que no puedo ver la mueca que hizo Vittorio.

–Comprendo –murmuró.

–El avión debe aterrizar a las once y media. He perdido mucho tiempo intentando arrancar el coche. ¿No puedes ir más rápido?

–No por aquí –respondió Vittorio al tiempo que señalaba el camino que bordeaba el acantilado–. ¿Cuántas personas vamos a recoger?

–Tres.

–¿Cómo piensas meter a tres personas y el equipaje en este coche tan pequeño?

–No será necesario. He alquilado un vehículo grande en el aeropuerto. Lo mismo que hice cuando vino Mack, pero esta vez quiero estar allí.

–¿Para ver a Sam?

–Sí.

Se produjo un silencio.

La joven no había dejado de notar el tono irónico de Vittorio. Él no sabía quién era Sam. ¿No creería que...? Tras observar su expresión airada con el rabillo del ojo, Angel concluyó que Vittorio creía que Sam era su amante. Aunque él lo habría negado, una

sabiduría instintiva le dijo que estaba celoso.

Bueno, descubriría la verdad en una hora o un poco más. Hasta entonces lo dejaría sufrir, pensó alegremente. «Que le sirva de lección». La verdad era que no sabía qué había hecho para merecer ese castigo, pero ya se le ocurriría una razón. Por el momento, lo único que sabía era que el sol lucía en todo su esplendor.

–Siento haberte pedido que fueras más rápido. Sólo es que estoy ansiosa por volver a ver a Sam. Me parece que ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvimos juntos. Hablamos por teléfono todos los días, pero no es lo mismo.

–No me cabe duda.

–He hecho todo lo que he podido para que todo sea perfecto –prosiguió Angel, fingiendo no darse cuenta del desaliento de Vittorio.

–Estoy seguro de que apreciará el esfuerzo.

–Y será maravilloso pasar todo el tiempo con él. En el pasado... Bueno, las cosas no fueron fáciles.

–Me pregunto qué pensaba tu marido de esa relación –observó Vittorio en tono severo.

–Bueno, no le hacía feliz, pero había aceptado el hecho de que no iba a separarme de Sam. ¿Podemos ir un poco más rápido?

Una hora más tarde llegaron al aeropuerto de Nápoles, escasos minutos después de la llegada del avión. Angel fue primero a la empresa de alquiler para asegurarse de que el coche que le habían asignado estaba disponible. Luego se apresuró hacia la puerta de la zona de aduanas, por la que Sam iba a aparecer.

–¿Tenemos tiempo para un café?

–Ve tú solo. Yo me quedaré aquí para no perderme el segundo en que aparezca por esa puerta –dijo ella.

–De acuerdo, me quedo contigo.

Vittorio notó que Angel se había olvidado de él al verla inmóvil, con los ojos fijos en la gente que empezaba a salir. No prestaba atención a nada sino al hombre que estaba a punto de aparecer y que cambiaría su mundo, a juzgar por el brillo de sus ojos y su vibrante felicidad.

Por milésima vez, se preguntó por qué permitía que esa mujer jugara con él. Pero sería la última vez. La llevaría a casa junto a su amante y luego desaparecería de su vista. Seguiría atendiendo los

asuntos de la villa, pero se comunicaría con ella a distancia.

–¡Allí está!

El grito de júbilo de Angel lo sacó de sus pensamientos.

En ese momento le hacía señas a un joven extremadamente apuesto que le sonreía y también la saludaba con la mano. Vittorio esperó verla correr y arrojarse en sus brazos. Luego se dio cuenta de que el joven iba acompañado de un anciano delgado y frágil que miraba a su alrededor con desconcierto.

–Parece que ha venido con su abuelo –observó.

–No es su abuelo. Es el mío. ¡Sam! –repuso ella casi sin aliento.

Ante sus asombrados ojos, ella echó a correr y abrazó al anciano.

–¡Sam, Sam!

Mientras los contemplaba, Vittorio sintió que el sol volvía a brillar para él.

El otro joven se acercó al grupo y entre los dos sanitarios se hicieron cargo de las maletas y de la silla de ruedas del anciano.

Sam parecía confuso. Distraídamente acarició la mejilla de Angel y respondió vagamente a su saludo. Sin embargo, ella pareció no darse cuenta. Era tanta su alegría que no prestaba atención a nada más. Cuando la joven se adelantó con él, el anciano miró a su alrededor buscando a los sanitarios. Era evidente que se sentía seguro con ellos.

–Vittorio, éste es Sam, mi abuelo –dijo. Vittorio extendió la mano que el anciano estrechó distraídamente–. Y éstos son Roy y Frank, sus amigos –añadió al tiempo que recalcaba las dos últimas palabras. De inmediato, Vittorio comprendió que eran sus enfermeros.

Lentamente llevaron al anciano hasta los coches.

–Yo iré con Sam –dijo Angel.

–Sería mejor que no lo hicieras –intervino Roy–. El viaje lo ha dejado un tanto desorientado.

–Pero estaré a su lado. Todo saldrá bien –insistió alegremente.

Luego lo llevó del brazo hasta el coche, pero el anciano se mostró muy nervioso.

–¿Quién eres? –preguntó con voz temblorosa–. ¿Adónde me llevas?

–A casa, cariño.

–Pero yo no conozco este lugar.

–No te preocupes –respondió con una mirada cariñosa–. Yo estoy aquí. Te encontrarás muy bien, ya lo verás.

Sam la miró con fijeza.

–¿Quién eres?

–Soy Angela, tu nieta. Y ahora te llevo a casa.

Sin protestar y tras una afligida mirada a Frank y Roy, el anciano se dejó guiar.

–Digan al chófer que me siga –dijo Vittorio a los cuidadores.

Angel se instaló en el asiento trasero junto al anciano. Todavía estaba contenta, pero el júbilo había desaparecido. Lo único que quería era que su abuelo la reconociera. «Bueno, necesita un poco más de tiempo», se aseguró a sí misma. Luego se puso a charlar alegremente con las manos de Sam entre las suyas. Entre otras cosas, le habló de la casa nueva y le preguntó cómo había estado durante su ausencia.

Vittorio, que conducía en silencio, sintió una profunda compasión por ella. No podía ver su cara, pero por su tono de voz supo que decididamente se negaba a reconocer el estado de vacío mental en que se encontraba el anciano.

–Te he echado mucho de menos, Sam. No sabes cuánto me alegró que me llamaras la otra noche.

–¿Qué estás diciendo? Yo nunca te he llamado.

–Sí que lo hiciste, y hablamos de cómo sería todo cuando tú llegaras. Estoy segura de que te encantará tu nuevo hogar.

–¿Dónde estamos?

–En Italia. En este momento vamos a la villa y...

–Yo quiero volver a mi casa. ¿Quién eres? ¿Por qué me obligas a ir contigo? Déjame marchar –pidió alzando la voz a la vez que intentaba abrir la puerta del coche, cada vez más agitado.

–Sam, por favor...

–Esto se vuelve peligroso para él, tenemos que parar –intervino Vittorio al tiempo que se desviaba a un lado del camino. A través del espejo retrovisor vio que el otro coche se detenía detrás de ellos–. Angel, ve a buscar a uno de los chicos. Date prisa.

Roy ya se acercaba corriendo. Tras abrir la puerta de Sam, lo alzó en sus brazos.

–Ayúdame –dijo el anciano llorando.

Roy miró a Angel.

–Déjame llevarlo con nosotros. Se calmará.

–Sí, haz lo que te pide –dijo ella, desgarrada.

–Angel, ven a sentarte a mi lado –urgió Vittorio.

–No, gracias, me quedaré aquí –respondió en un tono inexpresivo–. No tardaremos en llegar.

–Como quieras.

Vittorio se vio obligado a hacer el resto del trayecto intentando imaginar qué sucedía en el asiento trasero.

–No debí haberlo separado de los chicos –comentó ella tras un largo silencio–. Está desorientado y confundido porque hace tiempo que no nos vemos. Y luego el viaje. Tal vez puse demasiadas esperanzas en este encuentro. Pero pronto todo volverá a estar bien.

Su esfuerzo por mostrarse optimista fue para Vittorio más doloroso que si se hubiera puesto a llorar. Y lo peor era que no podía consolarla.

–Desde luego que sí.

Fue todo lo que pudo decir. Y no volvieron a hablar durante el resto del trayecto.

Capítulo 7

Vittorio cenó en la cocina, aunque le habría gustado saber qué sucedía en el comedor.

En un momento dado, Berta entró con una bandeja llena de platos vacíos y muy alegre porque Sam había comido con buen apetito.

–Se ha ido a la cama acompañado de uno de sus cuidadores –informó a Vittorio más tarde, cuando hubo recogido las tazas de café–. Y el otro está hablando con la *padrona*, que parece contrariada.

Luego les llevó más café y volvió a la cocina con la noticia de que el otro también se había retirado.

Vittorio salió al jardín, desde donde podía ver las ventanas de Sam. Las luces de la habitación estaban apagadas. Encontró a Angel sentada en una pendiente del jardín, bajo la terraza. Contemplaba absorta la luna naciente y las estrellas que empezaban a brillar en la oscuridad del cielo.

–Así que ése era Sam –comentó Vittorio mientras se sentaba junto a ella.

–Sí, ése es mi querido Sam.

–¿Se ha sentido mejor?

–No demasiado –respondió desanimada–. Se encuentra muy bien sólo cuando está con los chicos.

–¿Hace cuánto tiempo está enfermo?

–Unos nueve años, tal vez un poco más. Aunque no siempre lo he visto como hoy. No supe manejar la situación cuando llegó.

Posiblemente fuera cierto, pero a Vittorio le dolió que se culpara.

–¿Dices que a veces se encuentra mejor?

–Sí, y a menudo es capaz de reconocerme.

–Y a menudo no sabe quién eres. Debe de ser muy duro para ti.

–Así es –respondió con la voz un tanto enronquecida–. Pero al menos sé que está bien con Roy y Frank.

–Sus sueldos deben de costarte una fortuna, aparte de los otros gastos.

–Sí, hay muchos gastos extra, pero no quiero que a mi abuelo le falte de nada. Y hasta el día de hoy lo he conseguido. En gran medida lo hago porque él nunca permitió que a mí me faltara algo.

–¿Y ahí entra Joe en la ecuación?

Angel asintió.

–Te dije que me había casado con él por su dinero. Fue una negociación justa. Obtuve lo que quería para Sam y Joe obtuvo una esposa joven para presumir. Y cumplí todas mis promesas. Me convertí en una chica sexy y me acostumbré a mirarlo con adoración. Todo teatro, pero lo importante es que cumplí mi palabra.

–No tienes que justificarte conmigo –dijo con impaciencia. Angel lo miró con burlona curiosidad y él se ruborizó–. De acuerdo, supongo que me lo merezco.

–No te he dicho nada.

–No hace falta. Desde el primer día me he comportado como si me debieras alguna explicación. Juzgué tu ignorancia y...

–No sigas por ahí –dijo ella tomándole la mano–. Eso ya está olvidado.

–Era lo que yo creía, pero siempre descubro algo nuevo que me demuestra lo equivocado que estaba respecto a ti.

Angel le apretó la mano.

–Está bien. Somos amigos.

–Sí, amigos –dijo Vittorio, un tanto incómodo. Ambos se quedaron en silencio con las manos firmemente unidas–. Continúa hablándome de tu abuelo –pidió finalmente.

–Sam se hizo cargo de mí tras la muerte de mis padres y me prodigó todo su cariño. Tenía muchos planes para mi futuro. Aunque nadie lo diría al verlo en la actualidad, mi abuelo era muy vital. Un buen día decidió sin más que yo tenía que ir a la universidad, y lo hizo sin pedir mi opinión.

–¿Y tú no dijiste nada?

–Bueno, me permitió decidir lo que quería estudiar. Le dije que quería estudiar Historia del Arte y de inmediato replicó: «En ese caso tendrás que aprender italiano». Y así lo hice.

–¿Obedeciste sin protestar? ¿Tú?

–La verdad era que la idea me atraía mucho. Me encanta todo lo relacionado con el arte y tengo facilidad para los idiomas, aunque nunca me atreví a pensar en la universidad, en gran medida porque no vengo de un medio intelectual. Pero Sam tenía intuición y quería lo mejor para mí. Así que tomó las riendas del asunto y, tras suprimir la comida basura y atiborrarme de fruta fresca, me hizo estudiar con disciplina. También consiguió otro empleo a fin de ahorrar dinero para mis estudios superiores. En otras circunstancias no lo habría hecho porque, a esa altura de su vida se sentía cansado, pero estaba decidido a que su nieta dispusiera de sus propios ahorros –explicó, y entonces se quedó mirando al vacío.

–¿Y qué sucedió después? –preguntó Vittorio con suavidad.

–Bueno, aprobé los exámenes finales del instituto y obtuve una plaza en una prestigiosa universidad. Y entonces fue cuando Sam sufrió una apoplejía. Afortunadamente el ataque no fue agudo, aunque dejó sus secuelas. De pronto lo empecé a notar distraído, aunque sucedía en situaciones sin mayor importancia y solíamos reírnos de ello. Pero repentinamente las cosas se pusieron serias. Sam comenzó a olvidarse de todo. Entonces dejé mis estudios y le aseguré que los retomaría al año siguiente, pero en el fondo sabía que nunca volvería a la universidad.

–Comprendo.

–Conseguí un empleo que pronto tuve que abandonar también. Sam iba de mal en peor. Entre otras cosas, dejaba la comida puesta en el fuego y olvidaba apagarlo. La segunda vez que prendió fuego a la casa, decidí estar permanentemente junto a él. Durante un tiempo vivimos de los ahorros.

–¿De los que había reservado para tus estudios universitarios?

–Eso es. Y cuando se agotaron tuvimos que pedir ayuda a los servicios sociales de la comunidad.

–¿Y cuándo entró en escena el horrible Gavin?

Angel se echó a reír.

–¿Cómo puedes decir que era horrible? No lo conociste.

–Lo vi en las páginas de esa maldita revista. Y es horrible.

–No para mí en ese entonces. A los diecinueve años uno se fija sólo en las apariencias, y él era increíblemente atractivo. Me hice fantasías románticas sobre nuestra boda. Tendríamos un hogar feliz que compartiríamos con mi abuelo, naturalmente. Más tarde

participé en un programa televisivo y gané un poco de dinero, que gasté en pagar algunas facturas y en comprarle ropa nueva a Sam. Gavin se subió por las paredes. Quería que nos gastáramos el dinero en unas vacaciones. Tuvimos una fuerte discusión y cuando dijo que ya era hora de llevar al abuelo a un asilo lo eché de mi vida con cajas destempladas.

–Bien hecho ¿Y cómo entró Joe Clannan en escena?

–Era accionista de la empresa productora que patrocinaba el programa televisivo en el que yo participaba. Un día se encontraba allí durante la grabación y me invitó a comer con él. Yo todavía estaba furiosa con Gavin y Joe era un hombre simpático. Salimos un tiempo y cuando me propuso matrimonio, acepté con la condición de que Sam tendría que vivir con nosotros y disfrutar del mejor de los cuidados. Joe lo prometió y, mientras él cumpliera su palabra, yo estaba dispuesta a hacer mi papel de esposa divertida que él necesitaba.

–Continúa.

–Incluso en los peores tiempos nunca perdí la esperanza de volver algún día a mi antigua vida de estudiante. Cuando me miras no ves una mujer intelectual, ¿verdad? Sin embargo, así es como siempre me he imaginado, incluso aunque anduviera presumiendo en las fiestas de la manera más vulgar, muy escotada y con faldas a la altura de los muslos. Hasta aprendí a contonearme frente al espejo. Deberías haberme visto haciendo mi numerito ante las cámaras de televisión.

–Lo he visto –dijo Vittorio, y de inmediato se arrepintió.

–¿Cómo? ¿Has visto algunos de esos programas vía satélite?

–No, en un vídeo... Cuando vendí la casa –dijo con incomodidad.

–¿Cuál de todos?

–Uno que se llamaba *Una estrella en mi equipo*. Era un concurso.

Angel prorrumpió en carcajadas. Vittorio la contempló sin dejar de recordar su violenta reacción al verla en la pantalla.

–Vamos, no te pongas tan serio. También tiene su parte divertida.

–Lo sé, es sólo que entonces yo... Bueno, digamos que no me encontraba en mi mejor momento.

–No me digas más, lo adivino. Conseguiste una figurita de un ángel y le clavaste un montón de alfileres –exclamó y, al notar su

incomodidad, añadió–: ¡Admítelo!

–No, no lo hice, lo juro. Pero sólo porque no pude encontrar un ángel –añadió con voz quejumbrosa.

Ella volvió reír a carcajadas al tiempo que se apoyaba en él hasta que al fin Vittorio se echó a reír también.

–Veo que eres indulgente, aunque no deberías perdonarme. No me lo merezco. Si supieras...

–Lo supongo –dijo ella con los brazos alrededor de su cuello–. Nunca te tomaste la molestia de ocultarlo, incluso cuando me pediste trabajo. No me sorprende que estuvieras hecho un lío. Ni siquiera sabías si tu odio hacia mí superaba el amor que le profesas a este lugar.

–Nunca te he odiado.

–Sí que me odiabas.

–No –dijo con repentina seriedad–. No fue así, simplemente porque me era imposible –murmuró mientras le rodeaba la cara con las manos y la miraba con ternura–. Nunca podría odiarte. ¿Es que no lo sabes? –preguntó con suavidad.

–No estoy muy segura. Tal vez si me lo explicaras podrías convencerme, aunque no será fácil.

–Angel...

Incluso en ese instante, algo lo retuvo. Había un brillo desesperado en sus ojos mientras buscaba la mirada de la joven. Sabía que cualquier cosa que hiciera sería peligrosa.

Pero ella no pudo resistir más. Si no la besaba en ese momento, sabía que iba a cometer una estupidez.

–Si no puedes explicarlo, tal vez yo pueda.

Entonces, simplemente le bajó la cabeza hasta que los labios de Vittorio tocaron los suyos que se movieron suavemente sobre su boca.

–Angel... Angel...

En sus brazos se sentía etérea, mágica, un ángel, aunque con un pequeño toque diabólico que siempre iba a ser la perdición de Vittorio. ¿No lo había sabido él desde el principio?

Vittorio hizo un último esfuerzo para alejarse del canto de la sirena, consciente de que Angel utilizaba todo su poder femenino para poseerlo. Pero carecía de fuerzas para combatirla. En algún lugar de su interior, más allá de las palabras y del pensamiento

consciente, sabía que la victoria sería la derrota y la derrota le daría todo lo que anhelaba.

En ese momento Angel era más fuerte y cada dulce caricia lo encadenaba a ella. Lo había deseado desde el principio y sólo en ese instante ella podía darse cuenta de la magnitud de su deseo.

Sin embargo, en el último instante Vittorio se puso tenso e intentó apartarse.

–Espera, esto no está bien. Debo decirte...

–Es demasiado tarde para eso. No hay nada que decir.

–No era mi intención llegar a esto... Primero debemos hablar... Será mejor que me marche a casa. Ahora mismo –dijo con voz desgarrada–. Angel, por favor, no me lo pongas más difícil.

–Pero yo no quiero que te vayas –susurró con los labios casi tocando su cara–. Y tú tampoco quieres marcharte.

–Si no es ahora mismo ya no seré capaz de hacerlo. ¿Tienes idea de cuánto anhelo quedarme?

–¿Por qué no me lo demuestras?

–Ahora no. ¿Es que no lo comprendes? Después de todo lo que me has contado sobre los hombres que te persiguen, ¿crees que quiero ser uno de ellos, tolerado aunque despreciado? Tú odias eso, ¿no es así? A todos esos payasos que te persiguen con los ojos, soñando con irse a la cama contigo.

–¿Y tú sueñas con irte a la cama conmigo?

–No –respondió con firmeza–. Mi sueño es hacer el amor contigo. Desde el primer día he deseado cosas que sabía que no tenía derecho a desear –murmuró con un estremecimiento–. ¿Por qué crees tú que te odiaba? Precisamente porque no podía odiarte.

–¿Quieres dejar de hablar? –rogó–. ¿No sabes que ya pasó el tiempo de las palabras?

–Por favor, escúchame.

–¿Qué pasa ahí? ¿Es que no pueden hablar más bajo? Es hora de dormir –oyeron una voz.

–Es Sam –dijo Angel, horrorizada–. Olvidé que estamos ante la puerta de su habitación.

–¿Entiende el italiano?

–No. Bueno, no lo creo.

Angel sabía que no iba a tener otra oportunidad de ver a Vittorio con las defensas tan débiles, así que lo tomó de la mano y entraron

en la casa por una puerta lateral.

–No más discusiones. De aquí en adelante lo haremos a mi manera –dijo la joven con firmeza.

Angel se preciaba de ser realista. Sabía que los problemas aún estarían allí cuando despertara por la mañana, aunque era difícil pensar en ellos tras la noche que habían compartido.

Fue tal como Vittorio le había prometido, no un mero acto sexual sino una experiencia amorosa llena de ternura. Su modo de actuar fue una verdadera sorpresa para ella, empezando por la manera en que la había desvestido, lentamente, casi con reverencia, besando cada parte del cuerpo que quedaba al descubierto.

Más tarde, cuando yacían desnudos, la había acariciado con suavidad y destreza. Sus manos se rezagaban en los lugares sensibles como si esperara su respuesta, siempre a la espera del deseo que iba surgiendo lentamente en ella. De pronto, Angel se había sentido arrollada por la sorpresa y la pasión. Ocho años de matrimonio con un hombre vulgar e insensible no la habían preparado para el encuentro con un hombre absolutamente entregado a darle placer.

Sólo hubo un momento de aprensión, y fue cuando Angel pensó que había puesto todo el peso de sus esperanzas en él. Sin embargo, Vittorio también fue capaz de comprenderlo mientras la miraba a los ojos con una sonrisa tranquilizadora hasta que los temores desaparecieron completamente.

Y entonces Angel se entregó al éxtasis del amor. Había conocido a Vittorio como un hombre que sabía odiar y en esos momentos lo descubría como un hombre que sabía amar.

Era el segundo hombre que veía desnudo en su vida. La verdad era que nunca se había sentido impulsada a explorar el cuerpo gordo y flácido de Joe. No sabía que un cuerpo masculino podía ser una mezcla de fuerza y belleza, y el de Vittorio estaba cubierto de un fino vello oscuro desde el pecho hasta el vientre. Sin ropa parecía aún más poderoso, o quizá sólo fuera un recuerdo de la noche recién pasada en que su vigor la había dejado jadeante y ansiosa de más caricias.

Al parecer se quedaron dormidos al mismo tiempo, pero más

tarde ella había despertado y lo había sorprendido contemplándola a la tenue luz del amanecer, apoyado en un codo.

–Duerme, todo está bien.

Y ella se había vuelto a dormir porque era cierto. Todo estaba bien.

Cuando volvió a despertar, Vittorio reposaba con la cabeza sobre su pecho.

–¿Estás despierto? –susurró la joven.

–Sí, contemplaba el hilo de luz que se filtra por el resquicio de las persianas con el deseo de que todavía no comience el día.

–Lo sé. Yo tampoco quiero que amanezca. Son las seis –dijo tras mirar el reloj despertador.

–Normalmente, a esta hora ya me he levantado.

–Pero hoy no. Quiero estar así contigo un poco más.

Angel tomó como una aceptación su gruñido de satisfacción y se mantuvieron largo rato en silencio hasta el punto de que ella pensó que se había vuelto a dormir. Pero entonces oyó su voz.

–No quería que esto sucediera. Muchas veces me dije que ni siquiera debería pensarlo, pero...

–Lo sé. Yo también me resistía, aunque tal vez en el fondo no deseaba luchar contra mis sentimientos.

–Quizá no seamos fuertes.

Angel rió.

–Bueno, ahí hay algo que nos une y eso es un milagro. Recuerda que antes hasta te irritaba dirigirme la palabra.

–Estaba furioso contra el mundo y mi ira recayó sobre ti. También estaba furioso conmigo mismo por haber sido el responsable de gran parte de mi desgracia.

–Creí que todo había sido culpa de Joe.

–No, primero fue culpa mía haberme dejado engañar tan fácilmente por un hombre que consideraba mi amigo.

–¿Qué sucedió?

–Su nombre es Leo Vari y nos conocemos desde la infancia. Resulta que su empresa entró en crisis y me rogó que lo avalara para sacarlo del apuro. Me juró que yo no perdería nada, pasara lo que pasara. Pero la empresa terminó por quebrar, Leo desapareció y legalmente me vi obligado a pagar cada centavo de su deuda. La única manera de enfrentarme al desastre era vender esta propiedad.

–Y Joe fue el otro que te engañó –observó Angel con suavidad.

–Si hubiera conseguido un precio justo por la villa, habría sido suficiente para volver a empezar. Aunque también me pregunté qué podría hacer y dónde ir. Pensé que todavía podría volver aquí porque estas tierras siempre han sido mi vida. Mi padre fue un buen hombre, muy cariñoso con su hijo, pero no tenía talento para manejar los negocios. Cuando cumplí veinte años me hice cargo de la administración de la villa, para alivio de mi padre. Falleció cinco años después, pero al menos esos cinco años fueron felices y sin preocupaciones para él.

–Pero tú las heredaste.

–No me importó. Me entregué en cuerpo y alma a cuidar la propiedad. Quería hacerla florecer incluso trabajando con mis propias manos. No hay aroma más delicioso que el de la tierra tras una lluvia primaveral, cuando la vida empieza a germinar bajo su oscuro manto. Y más tarde contemplar cómo florece aquello que tú mismo has plantado. Es una sensación que no se puede comparar con nada –comentó con vehemencia. Tras una pausa se echó a reír como si se burlara de sí mismo–. En un tiempo pensé que mi novia pensaba como yo, pero me equivoqué.

–¿Estás comprometido? –preguntó Angel, horrorizada.

–Lo estuve. Nuestra relación duró dos años. Pero ella se cansó de esperar, y no la culpo. Habíamos proyectado una gran boda y la luna de miel en un crucero.

–Eso si podías soportar alejarte de la tierra más de cinco minutos –bromeó ella.

–Sí, me parece que sí. Bueno, más tarde se casó con un amigo mío y soy el padrino de su primer hijo.

–¿Y no ha habido nadie más en tu vida?

–Muchas mujeres. Pero un día decidí que la vida sería mucho más sencilla si me dedicaba a un solo amor. Y ese amor era la villa. Aposté a una sola carta. Sabía que no era prudente, pero cuando amas mucho no puedes evitarlo. Mi amigo Bruno dijo que estaba obsesionado y que no se podía vivir conmigo. Creo que tenía razón. Pero el comentario no me inquietó porque tenía lo que verdaderamente me importaba. Supongo que pensaba que un día conocería a una mujer capaz de amar esta tierra tanto como yo.

–Aunque tendría que ser bajo tus condiciones, ¿no es verdad? –

dijo ella en tono de broma.

–Son las únicas aceptables. ¿Pero de qué sirve hablar de eso ahora? ¿Qué puedo ofrecer?

–¿Quieres que te lo diga? –preguntó suavemente con una sonrisa que recordaba el encuentro amoroso de la noche recién pasada.

Vittorio se apoyó en un codo y la miró a los ojos.

–Hablo en serio.

–Y yo también –murmuró mientras dirigía la mano de Vittorio a su pecho.

Entregada al éxtasis de la pasión, Angel olvidó todo lo demás. Más tarde, al recordar las palabras de Vittorio, cayó en la cuenta de que habían sido una advertencia.

Capítulo 8

Durante un tiempo, Angel se dedicó solamente a atender a Sam. Había soñado tanto con el encuentro en Italia... Le enseñaría su nuevo hogar y vivirían felices y tranquilos de ahí en adelante. No podía aceptar que el sueño se hubiera estropeado. Estaba preparada para enfrentarse a sus vacíos mentales ocasionales, incluso podía soportar que a veces no la reconociera, como sucedía en Inglaterra. Pero el olvido y la confusión del abuelo se prolongaban demasiado tiempo y la dejaban conmocionada.

El aspecto del anciano era más frágil de lo que recordaba y de pronto cayó en la cuenta de que Sam ya tenía ochenta y cuatro años. Sin embargo, su abuelo parecía feliz.

Todas las mañanas la saludaba con agrado y esperaba que Frank o Roy los volvieran a presentar. Al parecer había decidido pensar que era un invitado en una agradable casa de campo y que ella era su anfitriona. Sobre la base de esa creencia, solían mantener alegres charlas. Sam le preguntaba por su vida y luego le hablaba de su niñez y juventud, que recordaba con desconcertante claridad. Sólo cuando se aproximaba al presente la niebla invadía su mente.

A veces le hablaba de su querida nieta. Y lo hacía con tanto amor que Angel sentía un nudo en la garganta.

–Hace tiempo que no la veo –dijo una vez, desconcertado y un tanto herido–. Me visitaba a menudo, pero ahora... ¿Crees que podría estar enfadada conmigo?

–Por supuesto que no –respondió Angel con fingida alegría–. Estoy segura de que te quiere muchísimo.

–¿Y por qué no me llama? –preguntó con tristeza.

–Porque seguramente viene de camino a verte –contestó Angel, desesperada.

–Eso es lo que siempre pienso, pero ella nunca llega.

Sus palabras fueron un duro golpe para Angel.

Cierto día, cuando Sam dormía la siesta, corrió a las graderías del huerto, cerca del acantilado, donde sabía que encontraría a

Vittorio. Era un lugar que normalmente evitaba tras el accidente, pero ese día nada le importaba más que hablar con él.

Tras echarle un vistazo, Vittorio la abrazó en silencio hasta que Angel dejó de temblar.

–¿Malas noticias?

–Sam me sigue hablando de su nieta, de su amor por ella, y dice que sufre mucho porque no viene a verlo. Todo el tiempo sentado frente a mí... y no me conoce.

–Pero lo hará. Tú misma me dijiste que esto suele ocurrirle pero que después recupera la memoria. Tienes que resistir un poco más.

–Lo sé, lo sé. Es sólo que...

–¿Por qué no te tomas un día libre? Podríamos dar una vuelta en el coche y así pasar juntos unas horas.

–No sería capaz de dejarlo solo.

–No se encuentra solo. Está con sus chicos y sabes que se siente a gusto con ellos.

–Con ellos está mejor que conmigo –comentó con un suspiro.

Lo que a Angel la hizo decidirse fueron las palabras que algo más tarde le dijo Roy:

–Te muestras muy tensa cuando estás con él y le contagias tu tensión. Deberías tomarte unas horas de descanso. Ir de compras, por ejemplo.

Cuando Sam la saludó al día siguiente sin dar muestras de reconocerla, Angel anunció que iría a dar un paseo. Luego corrió a encontrarse con Vittorio, que estaba en el jardín.

Al verla, él comprendió de inmediato. Cuando Angel llegó al viejo coche, Vittorio la esperaba con la puerta abierta y un gesto tan elegante como si fuera el chófer de una limusina.

–¿Qué desea la *padrona*? –preguntó instalado tras el volante.

–Ya puedes olvidarte de esa tontería y llevarme a tomar un café.

–Como guste la *padrona*.

–Oye, que te lo estoy advirtiendo.

Con una sonrisa, Vittorio puso el coche en marcha.

Amalfi, una pequeña ciudad a los pies de un acantilado, se remontaba a más de un milenio de antigüedad. Había sido un floreciente centro comercial y república independiente hasta el siglo XII. A pesar de haber perdido su importancia comercial, todavía era una ciudad floreciente que atraía a los turistas enamorados de sus

pintorescas calles y sus agradables playas.

Sentados en una terraza, Vittorio pidió un helado para Angel y, mientras ella lo saboreaba, se levantó de la mesa.

–Espérame aquí –dijo antes de marcharse.

Al cabo de unos minutos volvió con una revista. Era el último ejemplar de *GlamChick*.

En la portada aparecía una de las fotografías de la boda de Joe que Mack le había enseñado a Angel.

«Joe Clannan ha contraído matrimonio con otra belleza», rezaba un titular. Y luego: «Cómo me ha sentado la boda de Joe. Las revelaciones de Angel».

–Mienten. Nunca dije una palabra sobre esa boda salvo los comentarios de rigor.

–Pues parece que tus comentarios sobre Gavin no fueron sólo los de rigor –observó Vittorio al tiempo que leía por encima del hombro de la joven.

–Tampoco es cierto, prácticamente no dije nada.

–«Las declaraciones del amante rechazado han enfurecido a Angel…» –leyó Vittorio.

–¡Que me cuelguen si fue mi amante! –exclamó indignada.

–«El amante rechazado habló por primera vez de su dolor al haberla perdido por culpa del acaudalado Joe Clannan. Según Angel, son fantasías de Gavin. A decir verdad, apenas recuerda su romance con el joven Alford. «De hecho, ya era historia antes de mi encuentro con Joe. Nunca fue importante para mí. Todo en él era limitado, empezando por su conversación». La modestia impidió a Angel explayarse en el tema, pero nos quedó claro que Gavin nunca fue un hombre impresionante para ella, en ningún sentido».

Vittorio le dirigió una mirada apreciativa.

–No me digas que no te vengaste –comentó con buen humor.

–¡Pero si no lo hice! –explotó Angel–. Sólo dije que su conversación era limitada. Ellos le agregaron el resto.

–No importa, que le sirva de lección por lo que dijo de ti.

–Sí, la verdad es que no me siento culpable.

Angel echó una ojeada al artículo y luego examinó las fotos de la boda con una sonrisa irónica.

–¿No estás enfadada?

–Sólo me enfada ver mi nombre involucrado en esa literatura

barata, pero no importa. Precisamente hoy recibí el cheque que mantendrá a los lobos lejos de mi puerta.

–Tal vez no debiste haber devuelto las joyas –observó Vittorio con suavidad–. Fuiste demasiado generosa.

Angel lo miró divertida.

–¿Todavía no conoces a Joe? No devolví nada –declaró con un tono levemente histérico–. Antes de mencionar siquiera la palabra divorcio ya había sacado y escondido las joyas que guardaba en un banco.

–No me extraña. Debí haberlo supuesto.

–Esas joyas pertenecen a la señora de Joe Clannan, quienquiera que sea en este momento. Las joyas son un préstamo. Y ahora es el turno de Merry –comentó mientras observaba la sonrisa afectada de la joven, cargada de diamantes–. Pobrecita.

–¿Te preocupa esa chica?

–Ella cree que lo tiene todo, pero ignora el golpe que tarde o temprano va a recibir.

Contentos de la mutua compañía, deambularon sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Angel había visitado Amalfi varias veces, aunque siempre sola. Con Vittorio fue diferente. Sus padres se habían casado en la catedral, que se remontaba al siglo X, y la playa había sido el patio de juegos de su niñez.

–Podríamos disfrutar de un tranquilo día soleado –propuso cuando paseaban a la orilla del mar–. Verás, alquilaremos una embarcación para llegar hasta una pequeña playa que conozco. Incluso tiene una cueva. Llevaremos una cesta con comida, nos bañaremos y... –Vittorio se encogió de hombros de modo elocuente–, disfrutaremos como nos venga en gana.

La sonrisa de Vittorio le hizo recordar la noche que habían pasado juntos. Había transcurrido una semana y Angel anhelaba volver a hacer el amor con él.

Pero las circunstancias ya no eran las mismas.

–No puedo –dijo con tristeza–. Tengo que acompañar a Sam.

–Pero por ahora él no te reconoce.

–Es verdad, aunque puede recuperar la memoria en cualquier momento. Hoy he podido tomarme el día libre, pero me temo que pasará mucho tiempo antes de volver a hacerlo –observó mientras lo miraba a los ojos–. No creas que no lo deseo, pero... Verás, no

mentía cuando te dije que todo lo que hacía era por Sam.

Vittorio sonrió con pesadumbre.

–Sé que debe ser así. He sido un egoísta. Pero no es fácil aceptarlo cuando es uno el que tiene que sacrificarse.

–No eres el único que se siente triste –dijo y luego se quedó pensativa–. ¿No me dijiste que vivías en Amalfi? –preguntó de pronto–. Si tu casa está cerca...

–Queda bastante lejos –se apresuró a responder–. Además, no está presentable en este momento.

–Como si importara mucho.

–Se hace tarde. Te llevaré a casa –repuso Vittorio en un tono que no admitía réplica.

Cuando llegaron a la villa, Vittorio rechazó la invitación a quedarse a cenar y se despidió de ella, dejándola sin comprender su repentina tensión.

Más tarde, Angel encontró la respuesta cuando se puso a conversar con Berta, que preparaba la cena.

–¿Sabe dónde vive Vittorio ahora? Creí que era en Amalfi, pero tal vez entendí mal.

–Sí, vive en Amalfi. Ha alquilado un mísero apartamento en un barrio horrible.

–¿Usted ha estado allí?

–Lo ayudé a mudarse, pero tuvimos que dejar muchas cosas porque el lugar es muy pequeño. Y pensar que una vez fue el amo de una casa como ésta y ahora intenta sobrevivir en esa especie de jaula... ¡Qué pena!

Así que de eso se trataba. Vittorio era demasiado orgulloso para permitirle ver lo bajo que había caído. La verdad era que ella tendría que haberse dado cuenta de la situación

–No le diga que le he preguntado.

–Desde luego que no, *signora*.

Berta era una mujer prudente que comprendía las cosas mejor de lo que dejaba ver.

A la hora de la cena, Sam estuvo muy irritable y se retiró temprano. Tras cerciorarse de que dormía tranquilamente, Frank y Roy hablaron con Angel.

–Se aburre –explicó Frank–. En Inglaterra pasaba horas frente al televisor y aquí se está perdiendo todos sus programas favoritos.

–Se perdió el episodio de la serie *Celebration Road* en el que por fin íbamos a enterarnos si la anciana señora Baxter realmente había puesto arsénico en el desayuno de su marido –comentó Roy–. Sam está inconsolable.

–Y nosotros también –agregó Frank intencionadamente.

–Comprendo. Debí haberlo pensado antes –repuso Angel–. No se me ocurrió porque veo los programas italianos.

–Sam se entretiene mucho con la televisión, pero como aquí no entiende una palabra, se queda muy contrariado.

–Mañana sin falta solucionaré el problema –prometió Angel.

Al día siguiente llamó a una empresa especializada en instalaciones de antenas parabólicas y, un día después, los técnicos dejaron conectado el aparato a la televisión británica.

Todo el mundo quedó contento, especialmente Sam que pudo retomar su cómoda rutina y enterarse por fin de que la señora Baxter era inocente de la muerte de su marido. Sam se sintió muy aliviado. Siempre había sentido afecto por la pobre anciana.

Angel pudo pasar el día con Vittorio sin sentirse culpable. Tal como él había prometido, alquiló una barca y se hicieron a la mar.

Con una sonrisa contemplaba a Angel reclinada con la cara vuelta al sol, pero guardó silencio, concentrado en dirigir la embarcación. Más tarde, avistaron la cueva que él había mencionado, situada en una estrecha playa.

–Hemos llegado. Un baño primero y luego daremos cuenta de la comida –anunció Vittorio.

Entre ambos llevaron la embarcación a la arena y luego se quitaron la ropa. Bajo la camiseta de algodón y los vaqueros, Angel llevaba un elegante biquini negro de diseño y por primera vez se sintió contenta de enseñar su esbelta figura. Ante los otros siempre se había sentido avergonzada, pero la mirada de Vittorio la llenaba de orgullo.

Luego se internaron en el mar tomados de la mano.

–¡Maravilloso! ¡Maravilloso! –exclamaba ella al sentir el agua fresca en su cuerpo.

–Cuidado con la corriente, aquí es muy fuerte –le advirtió Vittorio.

–Estoy muy bien –respondió Angel mientras se alejaba rápidamente.

Vittorio le dio alcance con enérgicas brazadas.

–Para ya. No estás segura aquí –dijo con firmeza al tiempo que le rodeaba la cintura con las manos–. Debes tener cuidado.

–Pero tú dices que aquí es seguro.

–Para mí es seguro porque conozco este lugar y tengo cuidado. Tú no lo conoces y no eres prudente. Sueles ser muy arriesgada con lo que desconoces. Te lo he dicho otras veces –observó con buen humor.

–Sí, recuerdo que lo hiciste –bromeó–. Respecto a algo que tenía que ver con limones, ¿no es verdad? –dijo mientras le rodeaba el cuello con los brazos y lo atraía hacia su cuerpo.

–No hagas eso –protestó Vittorio, consciente de la intimidad de sus cuerpos–. ¿Quieres que nos ahoguemos?

–No nos vamos a ahogar –dijo ella contra su boca–. Contigo estoy a salvo.

–Tienes demasiada fe en mí.

–Bueno, ¿y quién quiere sentirse seguro? Dejémonos llevar por la corriente.

–Dejémonos llevar –repitió él con ansia.

–A cualquier lugar. Y no haremos planes, porque así no hay que preocuparse si no resultan. ¿Sabes cuánto odio los planes, los cálculos y pensar siempre en lo que hay que decir para que alguien te responda adecuadamente?

–Calla. Todo eso ha quedado atrás –murmuró con los labios sobre los de ella.

–¿Es verdad? –preguntó Angel en tono de ruego–. ¿Y los otros?

Vittorio no tuvo necesidad de preguntar quiénes eran los otros. Eran todos los hombres que la rondaban, que la devoraban con los ojos y con el pensamiento, pensando que podrían poseerla, o al menos poseer lo que verdaderamente les importaba de ella.

–Han quedado en el pasado. Para siempre –le aseguró Vittorio.

–No podrán volver a acosarme, ¿verdad?

–No, porque yo no lo permitiré.

–No dejes que lo hagan. Nunca más.

–Nunca más. Te lo prometo –dijo estrechándola entre sus brazos–. Y ahora vamos a volver a la playa, hay una corriente muy fuerte. Dejarnos llevar por ella suena muy bonito, pero tengo hambre –dijo, intentando ocultar su inquietud.

–Tenemos la cesta que Berta nos ha preparado.

–No me refería a esa clase de hambre.

Angel se echó a reír y volvieron a la playa. Vittorio recogió la toalla y la siguió al interior de la cueva. Tras quitarse los bañadores, se secaron mutuamente.

Entonces, hicieron el amor con urgencia, como para recuperar los días que habían pasado separados, y luego volvieron a hacerlo, pero esa vez más despacio, con más suavidad, con más tiempo para explorar sus cuerpos y disfrutar de las mutuas caricias. Angel sentía la suavidad de la arena bajo la espalda y el sabor del mar en sus labios y en los de Vittorio al mismo tiempo. Lo sintió como el sabor de la libertad, algo que no había experimentado durante largos años. Libertad para ser ella misma, para elegir a su propio amante y responderle con total plenitud. Era dulce el placer físico y casi tan intenso como el hecho de saber que ella lo había elegido. Cada susurro, cada movimiento de Vittorio, era un regalo que le nacía del alma para ofrecérselo a ella.

–Otra vez –rogó Angel–. Otra vez.

Vittorio sonrió.

–¿Te doy placer?

La sonrisa que ella le dirigió a modo de respuesta fue suficiente para él. Era una sonrisa de contento, pausada y tan sensual que volvió a despertar el deseo de Vittorio. Entonces volvieron a amarse como si hubieran sufrido semanas de separación.

–Lo siento –murmuró él finalmente con voz temblorosa–. He perdido el control.

–No sé de qué te disculpas –susurró Angel entre risas.

–Sirena... Bruja... Hechicera... Ángel –murmuró mientras se incorporaba, pero cuando ella intentó hacer lo mismo, Vittorio le puso una mano en el pecho y suavemente la empujó hacia atrás.

–No, quédate como estás y déjame contemplarte.

Ella se tendió con los brazos extendidos por detrás de la cabeza y toda su belleza quedó expuesta a la mirada de adoración de Vittorio.

Era como si sus ojos acariciaran su cuerpo de una manera más excitante que si lo hubiera hecho con las manos.

Angel era perfecta. Siempre lo había sido, pero en ese momento todo era diferente. Su belleza era sólo para él y esa certeza parecía borrar el recuerdo de otros tiempos, cuando tenía que exhibirse para complacer la vanidad de Joe.

Vittorio le había prometido desterrar el pasado y ella de verdad creía que lo lograría.

En ese momento no había ningún indicio que le advirtiera del abismo que estaba a punto de abrirse a sus pies.

Tras ponerse los bañadores, extendieron una manta en la suave arena de la playa y dieron cuenta de la comida y el vino que encontraron en la cesta.

Más tarde, Angel se tendió de espaldas con la cara al sol y los ojos cerrados.

–Pareces una niña pequeña en su primer día de playa. ¿Habías salido a navegar otras veces?

–Sí –respondió sin abrir los ojos–. Joe pensaba que era un desperdicio no pasar el verano en el yate de un millonario. ¡Eran unas vacaciones tan aburridas...! Solía llevar diez bañadores, pero nunca me zambullía en el agua. Sólo servían para lucirme a la orilla de la piscina.

Al no oír ningún comentario, Angel abrió los ojos y lo descubrió mirándola con una expresión sombría.

–¿Con un biquini como el que llevas ahora? –preguntó con calma.

–Sí, éste es uno de ellos. No he comprado nada nuevo últimamente. Antes solía tirar la ropa, pero ahora la hago durar.

–No quiero que me vuelvas a hablar de esos días. ¿Crees que me apetece oír cómo te pavoneabas ante los hombres? –dijo de pronto con brutal dureza.

Angel se sentó y se quedó mirándolo con desconcertada incredulidad.

–No me pavoneaba –replicó con firmeza–. Joe alardeaba de su esposa como si fuera un trofeo. Y yo representaba mi papel porque no tenía más alternativa. Pero ésa no era yo...

–Ellos miraban tu cuerpo –la interrumpió–. ¿Cómo crees que me siento?

–Posiblemente igual que como me sentía yo –respondió, intentando guardar la calma–. Lo odiaba.

–Sin embargo, lo hacías.

Angel sintió como si unos dedos helados recorrieran su espalda y repentinamente la atmósfera se tornó amenazante.

–Sabes por qué lo hacía, Vittorio. ¿Cómo te atreves a mostrarte tan posesivo por algo que sucedió antes de conocernos? En esos tiempos yo ignoraba tu existencia. Entonces no te debía explicaciones y ahora tampoco.

Los ojos de Vittorio se oscurecieron, insondables.

–¿Que no debería ser posesivo? –replicó con fría amargura–. ¿Qué crees que soy? ¿Un inglés que dice: «Sí, querida. No, querida. Como quieras, querida»? Si tú me perteneces, me perteneces sólo a mí. ¿Lo entiendes?

–Lo único que entiendo es que empiezas a actuar como Joe –respondió encolerizada–. Y no me gusta. Pasé ocho años como propiedad de un hombre, obligada a bailar al son que me tocaba. Un hombre convencido de que era mi dueño y que tenía el poder de controlarme. No volverá a suceder. No te pertenezco a ti ni a nadie. Pese a las apariencias, siempre fui una persona diferente.

–Pretendías ser una persona diferente.

–La verdad es que lo era.

–Puede que así fuera en tu mente, pero hay una parte de ti que siempre se resiste –comentó mientras, con inequívoca intención, recorría con la mirada las zonas de su cuerpo que el diminuto biquini dejaba casi al descubierto.

–No me mires así.

–Me encanta contemplarte. Tu cuerpo es más hermoso de lo imaginable y se me ocurre que los otros pensaban lo mismo, porque es el mismo...

–¡Calla! –lo interrumpió poniéndole la mano en la boca–. No lo digas...

–¿Piensas que es posible borrar un hecho sólo por no mencionarlo?

Angel lo miró, enferma de dolor ante el súbito cambio que sin aviso se había producido en él.

Se acababan de amar con alegría y en paz y luego ella, inocentemente desnuda, había expuesto la belleza de su cuerpo a su

mirada de adoración. Era evidente que la secuela de esa escena tendría que haber sido hermosa. Sin embargo, un rapto de celos había transformado a Vittorio en un horrible desconocido dispuesto a emitir duros juicios sobre ella.

–Tienes razón –replicó en tono lapidario–. Es el pensamiento lo que hace la diferencia, y nunca te lo perdonaré. Dios mío, hace apenas una hora dijiste que esos hombres formaban parte de un pasado, que no volverían a acercarse a mí porque tú me protegerías. Sin embargo, está claro que volverán a acosarme a través de otros como tú. Tú los representas a todos ellos –manifestó con la voz rota de angustia–. ¿Ves lo que has hecho? Acabas de demostrar que no hay salida para mí.

»Soy lo que Joe ha hecho de mí. Pensé que podría escapar, pero nunca podré hacerlo en tanto los hombres me miren a través de ese prisma distorsionado. Y tú eres igual a ellos. Pensé que eras diferente, pero me equivoqué. La verdad es que ningún hombre es diferente, y es una suerte que lo hayamos descubierto ahora, ¿no te parece?

Vittorio no fue capaz de mirarla ni de responder. Su expresión densa y sombría albergaba pensamientos que no se atrevía a expresar.

Tras recoger su ropa, Angel fue a la cueva a vestirse. Lo único que deseaba era ocultar su cuerpo a la mirada de él porque la hacía sentirse fea y avergonzada.

Cuando salió, Vittorio, ya vestido, colocaba las cosas en la embarcación. Luego, sin decir palabra, la empujó al agua y ambos subieron a bordo.

Hicieron el trayecto a Amalfi en completo silencio. En otras circunstancias ella habría disfrutado de ese viaje bajo un sol que arrancaba destellos de fuego al agua. Era un paisaje que habría regocijado a una pareja de amantes, pero ellos ya no lo eran. Una sombra negra se había interpuesto entre ambos y Angel sintió el horrible temor de que esa sombra se mantuviera sobre ella el resto de su vida.

Capítulo 9

Tampoco hablaron mientras se dirigían a la villa. Angel hervía de amargura. Lo único que deseaba era partirle el corazón como él lo había hecho. Después de lo ocurrido se convertiría en la mujer calculadora que él creía que era. Lo despediría del trabajo, pero no de inmediato. Primero debía aprender todo lo que pudiera enseñarle y luego lo echaría de la villa, cuando fuera capaz de manejarse sola.

Él pensaba que su vida anterior la había dejado marcada. ¡Muy bien! Vittorio descubriría que era cierto, pero no de la manera que él creía. Angel se prometió a sí misma que la venganza sería dulce. Ese pensamiento la sostuvo durante todo el trayecto de vuelta.

–Me bajaré aquí –dijo con calma cuando la casa apareció ante ellos.

–Está oscureciendo. Déjame acercarte un poco más.

–Para el coche. Ahora mismo.

Vittorio obedeció sin decir palabra y se quedó observándola mientras ella se alejaba. Angel volvió la cabeza cuando estaba muy cerca de la casa y alcanzó a distinguir las luces traseras del coche perdiéndose en la oscuridad.

Subió rápidamente a su dormitorio y, tras quitarse la ropa, se dio una larga ducha y se enjabonó repetidas veces, como si quisiera borrar todo lo que había sucedido durante ese día. Sin embargo, no había modo de borrar la sensación de haber estado en los brazos de Vittorio ni su mirada cuando se había vuelto contra ella. Nunca olvidaría esa mirada y lo odiaría por ello durante el resto de su vida.

Tras ponerse un albornoz, volvió al dormitorio, apagó la luz y se acercó a la ventana.

La luna brillaba en todo su esplendor arrojando un haz de luz sobre el océano. Mientras contemplaba aquel paisaje casi irreal, pensó que era mejor sufrir un tiempo antes que continuar aplazando la verdad. Lo que había sucedido ese día estaba destinado a ocurrir

en cualquier momento.

De pronto vio que algo se movía en el exterior. Tras cerciorarse de que Toni estaba en el dormitorio, miró con más atención. La luna se había ocultado tras una nube, así que el jardín había quedado totalmente oscuro. Cuando la nube se hubo alejado, Angel descubrió a Vittorio que la miraba con profunda tristeza, como nunca había visto en su vida, incluso más grande que la suya.

–Creí que te habías marchado –dijo en voz baja. Él se limitó a negar con la cabeza–. Ve a la cocina –le pidió. Cuando llegó allí, Vittorio la estaba esperando en la puerta. Ella lo hizo pasar y, seguida por él, volvió a su dormitorio.

Cuando llegaron ante la puerta, él se negó a entrar.

–¿Estás segura?

–Vamos, entra –le urgió, y Vittorio hizo lo que le pedía–. ¿Cuánto tiempo llevabas en el jardín? –preguntó mientras cerraba la puerta tras ellos.

–Me volví a mitad de camino. Tenía que regresar y pedirte... rogarte que me perdones. Sé que no lo merezco. No sé en qué estaba pensado cuando te dije...

Cuando Angel lo oyó rogar su perdón, de inmediato sintió que el dolor y la rabia desaparecían como por encanto.

–Ven –murmuró mientras le ponía una mano en los labios y luego lo llevaba junto al lecho.

Pero en lugar se sentarse, Vittorio se arrodilló ante ella.

–Perdóname –murmuró con la voz enronquecida–. Nunca fue mi intención hablarte de ese modo. Sé que eres inocente, pero estoy loco de celos y no puedo superarlo por más que lo intento. Sé que nada de lo ocurrido en el pasado es culpa tuya, pero la razón no tiene cabida en mis sentimientos hacia ti. Nada ni nadie me ha importado tanto como tú. Me asusta saberlo y no sé qué hacer.

–¿Es que tienes que hacer algo? –susurró Angel–. ¿Es tan terrible que te importe tanto?

–De alguna manera sí lo es –respondió en un tono sombrío–. El amor no es fácil para mí. Hoy, cuando te sentía en mis brazos, todo era alegría y belleza. Algo que nunca había conocido en mi vida. Es como si te hubieras apoderado de mí, como si mi alma ya no me perteneciera –observó con un estremecimiento.

Angel intuyó que precisamente era eso lo que Vittorio tanto

temía, lo que teñía de miedo su amor. Y pensó con tristeza que tal vez tuviera razón. También había experimentado lo mismo, como si Vittorio la hubiese poseído, y eso había alentado su hostilidad hacia él. ¿No sería más prudente separarse para evitar tan dolorosa inseguridad? Pero de inmediato cayó en la cuenta de que nunca habría seguridad para ellos.

–No sabes cómo te entiendo.

–Me volví contra ti para protegerme –suspiró con la cabeza apoyada en el pecho de Angel–. Es la única forma que conozco de huir de ti.

–Si tanto deseas escapar de mí, tal vez deberías hacerlo.

Él la miró fijamente.

–¿Me echarías de tu vida?

–No sería capaz de mantenerte a mi lado en contra de tu voluntad. Vittorio, una parte de ti todavía me odia.

–¡No! –exclamó con violencia.

–Sí, es la verdad. Si yo puedo admitirlo, ¿por qué no puedes tú?

–Porque eres más valiente que yo –replicó con una sonrisa glacial–. ¿Crees que no lo sé? Nunca podría odiarte de verdad. Y menos ahora. Sin embargo, mis sentimientos son contradictorios. Quiero huir de ti y a la vez quiero perderme en ti. A veces pienso que juntos nunca podremos ser felices. Hay demasiadas cosas que nos separan. Pero entonces te miro y sé que nada puede interponerse entre nosotros.

–Creo que ambos tenemos nuestros propios demonios que, desgraciadamente, siempre están al acecho. Pero ahora te pido que los olvides.

–Dime que me perdonas –susurró Vittorio.

Ella le dio unos golpecitos en la mejilla.

–No hay nada que perdonar. Debemos ser generosos el uno con el otro. No tenemos más alternativa –afirmó antes de rodearle la cara con las manos y besarlo con ternura–. Y podemos empezar ahora mismo.

Sin embargo, cuando intentó abrazarlo, él se puso de pie.

–Ahora no. Es demasiado pronto. No confío en mí.

–¿Y si te dijera que yo confío en ti?

–No debes hacerlo –dijo con frenética urgencia–. Si fuera lo suficientemente fuerte, me alejaría de ti para dejarte en paz. Pero

sólo puedo hacerlo durante un tiempo muy breve.

–Quédate –murmuró ella.

–No puedo... no debo.

–Quédate, Vittorio.

Angel percibió su indecisión, la lucha terrible que se desataba en su interior, y durante un instante sintió que había ganado la batalla.

Pero en el último segundo, él se apartó.

–Perdóname –dijo con la voz enronquecida, y salió apresuradamente de la habitación.

Angel durmió mal esa noche. Por la mañana despertó abatida y de mal humor. Sin embargo, la aguardaba una agradable sorpresa.

A través de la ventana, vio a Sam que paseaba por el jardín del brazo de Roy. Angel salió a su encuentro intentando prepararse para el saludo ya habitual del abuelo, tan penoso para ella. Sin embargo, para su alegría la cara del anciano se iluminó y le hizo señas con la mano.

–¡Angela, querida! –gritó abriendo los brazos–. Qué alegría volver a verte. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

–Viajando por ahí –respondió con cautela, porque no quería decir nada que lo afligiera.

–Debiste haber venido a verme. Te he echado mucho de menos.

–Lo único que importa es que ya estamos juntos, tesoro.

–¿Pero dónde, cariño? No me parece haber estado antes en este lugar.

–Ven a desayunar y hablaremos de ello.

Para su deleite, Sam se mostró alegre y despejado mientras desayunaban. Angel le habló de su divorcio y él aprobó con la cabeza.

–Me preguntaba por qué no había visto a Joe últimamente. Sabes que nunca me gustó.

–Si quieres que te diga la verdad, a mí tampoco –confesó ella y ambos rieron como un par de conspiradores.

Volvía a ser Sam. Su Sam. Sus ojos volvían a brillar con calidez cuando se posaban sobre ella.

–Más tarde te enseñaré la propiedad. Te va a encantar Italia.

–¿Estamos en Italia? –preguntó con alegría–. Es maravilloso.

Siempre pensamos que vendrías a Italia a estudiar Arte, ¿recuerdas?

–Claro que lo recuerdo. ¿Y tú? ¿De veras te acuerdas?

–Por supuesto que sí, tontuela. ¡Como si pudiera olvidar algo tan importante!

Más tarde fueron a pasear por el jardín y el anciano se puso a contemplar las flores con admiración. Angel estaba loca de alegría y rogó que esa felicidad durara largo tiempo.

Toni, que se había encariñado con Sam en cuanto lo conoció, saltaba a su alrededor pero sin tocarlo, como si el instinto le dijera que era un anciano muy frágil. Entonces un ladrido distante le avisó de la llegada de Luca y en unos minutos los perros se pusieron a jugar.

–¿Quién es ése? –preguntó Sam señalando al hombre inclinado sobre un seto de rosas.

–Es Vittorio –dijo antes de llamarlo.

Un tanto nerviosa, Angel se preguntó si Sam lo asociaría con su angustiosa llegada a la villa. Pero el anciano sonreía mientras Vittorio se acercaba a ellos.

–Nos hemos visto antes, ¿no es así?

–Bueno, sí... –empezó Vittorio a decir con cautela y con los ojos puestos en Angel–. Yo...

–No, no me digas nada, déjame adivinar. A veces soy un poco olvidadizo, pero me gusta recordar por mí mismo, si puedo. Tú me trajiste a casa. Eso debe de haber sido hace un tiempo.

–Sí, hace un par de semanas.

–Estupendo, estupendo. Así que tú eres Vittorio.

–Trabajo para la *signora* –respondió con seriedad.

–Bueno, yo soy Sam. Pero seguro que ya nos han presentado, ¿no es verdad? ¿Tú has cultivado estas rosas? Si es así, has hecho un buen trabajo. Yo también solía cultivarlas. Tienes que hablarme de tus flores.

Fue el comienzo de una extraña amistad. Sam y Vittorio simpatizaron de inmediato y los días siguientes mantuvieron largas conversaciones, totalmente compenetrados, al parecer.

Era bueno ver feliz al abuelo. Sin embargo, Angel casi nunca podía encontrase con Vittorio a solas. Todo el tiempo estaba

ocupado con Sam o dedicado a su trabajo.

–Pronto llegará el tiempo de la recolección y tú quieres conseguir la menor cosecha –le dijo Vittorio un día.

–El hecho de no vernos podría hacerme pensar que todavía me evitas –observó ella.

–No, deseo estar contigo, pero no descuidaré mis obligaciones, ni siquiera por ti –declaró al tiempo que le daba un beso ligero.

–¿Y qué me dices de tus obligaciones hacia mí?

Él sonrió.

–Pensé que Sam era lo primero.

–Es verdad, lo que pasa es que te echo de menos.

El problema de Sam era desconcertante porque su desorientación no era total. Todavía era capaz de recordar todos los chistes que había oído en su vida de adulto, especialmente los más picantes, como Vittorio hizo notar a Angel con entusiasmo. Y su habilidad para el ajedrez se mantenía intacta. Ya no le causaba placer jugar con Roy y Frank porque lo habían hecho tantas veces que ya conocía sus técnicas, así que cuando descubrió que Vittorio era un jugador experto se apoderó de él con entusiasmo.

–Gracias por ser tan amable con él. Me encanta oírlo reír contigo –comentó Angel en una ocasión.

–No es amabilidad. El abuelo es fantástico y disfruto de su compañía. Te diré que hasta puede vencerme en una partida de ajedrez.

–¿No será que lo haces a propósito?

–No. Y deja de reírte –dijo, mortificado.

–No puedo evitarlo. Es tan maravilloso verlo feliz...

–En realidad lo quieres más que a nadie en el mundo, ¿verdad?

–No me digas eso –respondió acariciándole la cara con ternura.

Tenían que contentarse con momentos como aquél. Muy de vez en cuando podían disponer de un rato a solas, pero lo más habitual era que siempre estuvieran acompañados. La amistad con Sam había convertido a Vittorio en un miembro más de la familia y era rara la noche que no estuviera con ellos, ya fuera frente al televisor o jugando al ajedrez con el anciano, aunque siempre pendiente de Angel.

La solución llegó gracias a *Celebration Road*, que emitía varios capítulos que Sam estaba decidido a no perderse por nada del

mundo.

–Son episodios antiguos sacados de los archivos. Algunos no se han visto durante años. Nadie me va a molestar, ¿verdad, querida?

–Te lo prometo. ¿Te importaría mucho si me ausento una noche?

–Todo lo que quieras, cariño. Mira, empieza el programa.

Angel se retiró de la sala dejándolo muy contento y fue a pasear con Vittorio por las calles de Amalfi sin un propósito fijo, casi sin hablar, sin necesitar nada más que la compañía del otro. Se detuvieron en un puesto de periódicos y, mientras él compraba un ejemplar, Angel se fijó en un cartel que anunciaba el sorteo de la lotería para esa semana, con un premio muy importante.

–Mira, voy a jugar a la lotería.

–Yo también –convino él.

–¿Qué números te gustan? –preguntó Angel.

–Elígelos tú.

En cada billete había seis números. Tras comprar dos, Angel se reunió con él en la puerta de la tienda.

–Aquí tienes.... –empezó a decir, pero él la interrumpió al tiempo que indicaba una calesa pintada de azul y amarillo parada junto a la calzada.

–Es la mejor forma de moverse dentro de la ciudad.

–¡Estupendo!

–Llévenos a dar una vuelta –pidió Vittorio al cochero cuando se hubieron instalado.

–La primera vez que vine a la ciudad reparé en ellas. Me encantan –comentó Angel con deleite mientras el caballo trotaba por las estrechas calles–. Siempre había deseado pasear en una calesa. Ah, olvidaba tu billete. ¿Cuál quieres?

Él se encogió de hombros al tiempo que le entregaba el dinero del billete.

–Me da lo mismo.

En ese mismo momento la calesa se detuvo bruscamente y los billetes cayeron al suelo del vehículo.

–Hemos tropezado con una piedra –rió Vittorio–. ¿Te encuentras bien?

–Sí. ¿Vittorio? –preguntó al ver que había dejado de prestarle atención y miraba fijamente por encima del hombro–. ¿Qué pasa,

Vittorio?

–Es él. Es él.

–¿Quién?

–Leo, el supuesto amigo que me quitó todo lo que tenía. Lo acabo de ver...

–¿Estás seguro? ¿Dónde?

–Ahí... No, en esa otra calle. ¡Oiga, vaya por esa calle, rápido! –ordenó al cochero que, de inmediato, empezó a retroceder–. ¡Deprisa!

–¿No ve que tengo que hacer girar al caballo, *signore*? –gritó indignado.

Vittorio dejó escapar una maldición.

–No puedo esperar –dijo mirando a Angel con urgencia–. ¡Perdóname!

Tras bajarse, Vittorio echó a correr y luego giró en una calle lateral.

–Sígalo –gritó Angel al cochero–. No lo pierda de vista.

Cuando al fin el carruaje logró entrar en la calle lateral, Angel alcanzó a ver que Vittorio doblaba una esquina y desaparecía de su vista.

–¿No puede ir más rápido?

–Esto no es una carrera de caballos, *signora*.

Finalmente llegaron a un pequeño puerto. No había señales de Vittorio.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó el cochero.

–No lo sé. Ha desaparecido.

–Algunos hacen lo que sea para no pagar. Supongo que le robó el bolso. Es el truco más viejo de todos.

–¿Cómo se atreve a decir eso? Usted no sabe nada de él.

–Lo único que sé es que se ha ido sin pagar.

–Aquí tiene su dinero –dijo tendiéndole unos billetes antes de saltar de la calesa.

Pero en el último segundo recordó los billetes y se volvió para recogerlos del suelo del carruaje.

Cuando se encontró sola en la calle, no supo qué hacer.

Entonces se puso a caminar sin rumbo fijo. Durante largo rato estuvo deambulando por la ciudad. Poco a poco su agitación empezó a calmarse y de pronto descubrió la razón por la que se

había internado por callejuelas desconocidas. La razón era su necesidad de proteger a Vittorio. Una necesidad tan poderosa como la pasión que los unía, más dulce aún. Pese a su fortaleza exterior, era un hombre muy vulnerable.

Por primera vez se atrevió a pensar en la palabra amor y se maravilló de su descubrimiento. Su vida había transcurrido entre tanta falsedad, tantos juegos equívocos de pretendido amor, que en ese instante se preguntaba si sería capaz de reconocerlo. Lo único que sabía era que no podía soportar que Vittorio sufriera.

Había caído la tarde y ya se encendían las luces de la ciudad. Al no verlo por ninguna parte, se dio por vencida y volvió al lugar donde habían dejado el coche.

Allí estaba Vittorio. Sentado al borde de un muro bajo con las manos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Tras sentarse junto a él, le pasó un brazo por los hombros.

–¿Lo has encontrado?

Él negó con la cabeza y Angel notó que temblaba. Estaba exhausto.

–¿Estás seguro de que era él? –preguntó con suavidad.

Vittorio volvió a mover la cabeza de un lado a otro.

–No, no puedo asegurarlo. Lo veo en todas partes, pero nunca lo encuentro. Es inútil.

–No es cierto. Nada es completamente inútil.

–Me marché casi sin avisarte y ni siquiera pudiste esperarme dentro del coche porque me llevé las llaves. ¿Por qué no te enfadas conmigo?

–Porque no puedo. Y siempre quedaba el recurso de tomar un taxi.

–Debiste haberlo hecho.

–No, no podía marcharme y dejarte solo en un apuro.

Vittorio le apretó la mano.

–Debiste haber dejado al loco a su aire hasta que se diera cuenta de que no tiene remedio.

–No digas eso.

–¿Y qué otra cosa podría decir?

–Mira, te olvidas de la lotería. Hasta podrías ganar un premio.

Vittorio esbozó una débil sonrisa.

–Puede que sí, aunque no hay que contar con ello. ¿Estás segura

de que no te quieres enfadar conmigo?
–Ahora no. No tengo la energía suficiente, ni tú tampoco, a juzgar por tu aspecto. ¿Cuándo comiste por última vez? –preguntó con el corazón destrozado al notar su fatiga. Vittorio se encogió de hombros–. Mira, allí hay una *trattoria*. Vamos.
–Si así lo deseas...
Vittorio estaba demasiado cansado para moverse, así que Angel casi lo arrastró hasta el restaurante, donde pidieron un plato de espaguetis, acompañado de vino y un café que tomaron en silencio.
Angel se dio cuenta de que Vittorio estaba cansado hasta el punto de sentirse vacío, como si lo hubieran vaciado por dentro. Así que decidió dejarlo en paz.
–Te llevaré a casa –dijo Vittorio más tarde.
–No vas a conducir esta noche. Dime dónde vives y te dejaré en tu casa. Necesitas descansar y, cuanto antes, mejor.
–No, a mi casa no –respondió al instante.
–Entonces te llevaré a la villa.
–¿Para dormir en tu habitación?
–Podrías disponer de una para ti. Sí, deberías tener una habitación para evitar volver a tu casa cuando te quedas trabajando hasta tarde, como suele suceder, y...
Angel se calló al ver la mirada de Vittorio.
–¿Así que me ofreces un habitación en la casa? Un dormitorio temporal, desde luego. Y sólo cuando el trabajo lo justifique.
–No, por favor, no –susurró la joven.
–Lo siento. Es imperdonable que me desquite contigo cuando eres tan amable. Aunque soy consciente de ello, no puedo evitar hacerlo. Te lo advertí –dijo con los hombros hundidos.
–Mensaje recibido –repuso ella con ternura–. Vamos, te llevaré a casa. Estás agotado.
–¿A cuál? –preguntó con una leve sonrisa irónica.
–A la de aquí, en Amalfi, porque está más cerca y necesitas descansar. No más discusiones. Ya está todo dicho.
–¿Me das órdenes?
–Sí.
–¿Y si me niego a darte la dirección? –preguntó. Angel sencillamente le cubrió la mano con la suya al tiempo que lo miraba con ternura–. De acuerdo –dijo finalmente Vittorio.

La pequeña victoria no le produjo placer a Angel porque el precio era demasiado alto para él.

Guiada por Vittorio, muy pronto entraron en una oscura callejuela. Incluso en la penumbra el aspecto de la casa la dejó consternada. Berta se lo había advertido, y era cierto.

Con las luces encendidas la atmósfera se tornó más deprimente en la pequeña vivienda. Tenía una habitación que servía de dormitorio y sala de estar con un nicho que hacía las veces de cocina y un cuarto de baño minúsculo.

El hombre que una vez había sido el sueño de Villa Tazzini en la actualidad tenía que vivir en un lugar tan deprimente como ése. No le extrañaba que se avergonzara de enseñarle su vivienda.

–Deberías marcharte. Llamaré un taxi.

–No te dejaré solo esta noche.

–Hoy no sirvo para nada –declaró con una media sonrisa irónica.

–No me refería a eso. Quiero hablar contigo –dijo mientras lo agarraba de los hombros–. Nunca hemos hablado a fondo sobre ti. Hemos discutido, hemos peleado y nos hemos amado. Pero no nos hemos comunicado como amigos.

–¿Amigos?

–Exacto. Una vez dijimos que éramos amigos y tenemos que serlo. ¿Es que no lo entiendes? –dijo empujándolo suavemente hasta dejarlo sentado en la estrecha cama–. Me hablaste de Leo, aunque no mucho. Nunca me has parecido un hombre que se deje engañar ni siquiera por un amigo.

–Confiaba ciegamente en él. Nos conocíamos desde que éramos niños. Cuando éramos adolescentes hacíamos travesuras juntos, cortejábamos a las mismas chicas y después comparábamos nuestras experiencias.

Angel le sonrió con cariño.

–¡Qué barbaridad!

–Tienes razón. En esos tiempos mi conducta dejaba mucho que desear.

–Como la de todos los jóvenes de esa edad. Me habría gustado conocerte.

–Mejor que no. Era un pillo.

–Creí que toda tu vida te habías dedicado al cuidado de la villa. Me hiciste pensar que eras un auténtico puritano.

–Si lo hice, mentía. Trabajaba duro, pero también salía a divertirme. Unas cuantas veces mi padre tuvo que obtener mi libertad bajo fianza.

–¿Por qué motivos?

–Por lo de siempre.

–¿Por alborotos a causa de la bebida?

–Sí, cosas como ésas. Diversiones inocentes. Siempre íbamos juntos Leo y yo, teníamos una amistad indestructible, que duró hasta hace poco. Te aseguro que no habría bajado la guardia con otra persona, pero Leo me garantizó que no correría ningún riesgo y yo lo creí. Incluso cuando demostró haberse equivocado yo lo habría perdonado. Pero desapareció dejando que afrontara solo los problemas que se me vinieron encima.

»Fui una presa fácil para los acreedores porque era un completo ignorante en ese tipo de negocios. Leo se había llevado los libros de contabilidad y lo que quedó era un caos –Vittorio se dejó caer de espaldas en la cama mirando hacia lo alto, como si en ese momento toda su vida se desplegara en el techo de la habitación.

Angel se tendió junto a él con la cabeza apoyada en su pecho.

–Lo que ha sucedido esta tarde me ha pasado otras veces. Veo a Leo constantemente. En medio de un grupo de gente, al final de una calle..., pero nunca lo encuentro cuando lo sigo. Porque nunca está allí, sólo en mi cabeza. A veces pienso que pasaré el resto de mi vida buscándolo por caminos que no conducen a ninguna parte. Sin embargo, incluso si lo encontrara, ¿qué sacaría en limpio? El dinero ha desaparecido y nunca me lo devolverá.

–Podrías recurrir a la policía –sugirió Angel.

–¿Para qué? Legalmente no ha cometido ningún delito. Se limitó a arreglar las cosas de modo que las deudas cayeran sobre mis hombros.

Era cierto. Por primera vez Angel comprendió el absoluto vacío que Vittorio tenía frente a sí.

Ella era todo lo que tenía para defenderse de esa nada. Y, de repente, sintió miedo por él.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Angel preparó el desayuno en la diminuta cocina y se sentaron a tomar café tranquilamente como si llevaran casados muchos años. Habían pasado la noche uno en brazos del otro, sin hacer el amor, aunque contentos y en calma.

–A propósito, me olvidaba de esto –dijo Angel mientras buscaba en el bolso–. No sé cuál de los dos es el tuyo –añadió enseñándole los billetes de la lotería.

–Da lo mismo –respondió Vittorio mientras elegía uno sin siquiera mirarlo–. ¿Cuándo sabremos si nos hemos convertido en millonarios?

–Creo que esta noche.

Pasaron la mañana tranquilamente en la playa disfrutando del hermoso día soleado. Más tarde, compraron bocadillos y vino antes de regresar a la humilde casa de Vittorio, donde pasaron la tarde en paz y armonía.

–Me quedaría aquí para siempre –murmuró Angel.

–Yo también, pero tenemos que marcharnos.

–De vuelta al mundo –suspiró la joven–. No sabes cómo lo odio a veces.

Vittorio la besó en la frente.

–Vamos.

Cuando llegaron a la villa encontraron a Sam de muy buen humor y a Berta a punto de servir la cena.

Más tarde, todos se sentaron a la mesa y Angel se alegró de ver a Vittorio tan relajado. Era como si la tranquilidad de las horas compartidas hubiera borrado la desesperación de la noche anterior.

–Parece que Sam ha disfrutado su fin de semana –comentó Angel a Roy–. Tenías razón, le ha hecho bien volver a sus antiguos programas ingleses.

–Ya tiene elegidos sus programas para esta noche.

–Sí, aunque antes quiero ver el sorteo de la lotería.

–¿Has comprado un billete?

–Por supuesto. Tal vez a esta hora ya sea millonaria.

–Entonces déjame traerte otro café –se ofreció Roy con cómica solicitud.

–Te advierto que Vittorio también tiene un billete –rió Angel–. No gastes tus energías en darme coba cuando en realidad el millonario puede ser él.

–Vittorio, amigo mío, ¿cómo es que me había olvidado de ti?

El comentario de Roy fue recibido con una sonrisa de Vittorio en medio de las carcajadas de los otros. Luego, a petición de Sam, a las nueve en punto todos se sentaron ante el televisor, incluso Berta y las otras chicas de la casa, que no querían perderse tanta emoción.

–¿Qué números tenéis? –preguntó Sam.

Angel y Vittorio leyeron las seis cifras de sus respectivos billetes y muy pronto quedó claro que Vittorio no tenía esperanzas, pero la tensión de Angel fue en aumento al acertar la primera y segunda cifra. A continuación, con gran sorpresa, comprobó que también había acertado la tercera y la cuarta.

–¿Qué necesitas ahora? –preguntó Sam ansiosamente.

–El cincuenta y cuatro y el ochenta y siete –murmuró ella, casi sin habla.

–El cincuenta y cuatro –anunció de pronto el presentador del programa–. Y finalmente el número que todos estáis esperando. Es el ochenta y nueve –añadió tras una breve pausa.

Todos dejaron escapar un gemido de desilusión. Berta fue la primera en recuperarse.

–Tranquila, *signora*, que no está todo perdido. Ha acertado cinco cifras. No serán millones, pero en el último sorteo un hombre ganó veinte mil euros con cinco cifras acertadas.

–¡Entonces brindaremos con champán! –exclamó Sam.

–Veinte mil euros –murmuró Angel.

Sin pensarlo dos veces, tomó a Vittorio de la mano y lo llevó al jardín.

–Veinte mil –dijo extasiada–. Podrás salir de la chabola en que vives.

–Pero ese dinero es tuyo.

–No, es nuestro. Compramos juntos los billetes.

–Tú los compraste.

–Y tú pagaste el tuyo.

–Sí, pero tu billete fue el ganador.

–¿Y quién puede decirlo? No me acuerdo cuál elegí para ti y cuál para mí. Luego se cayeron en la calesa, así que no hay modo de saber a quién pertenecían en realidad. Tal vez tú seas el verdadero ganador.

Él le dirigió una mirada suave pero implacable y ella se dio cuenta de que lo estaba haciendo mal.

–El caso es que repartimos los billetes y el tuyo resultó ganador –rebatió Vittorio con calma.

–Pero quiero que te quedes con el dinero. Lo necesitas.

–Y yo quiero que entiendas de una vez por todas que no aceptaré tu caridad –replicó en tono inflexible–. No quiero que me regales dinero. No tendría orgullo si lo aceptara.

–Mira –dijo Angel, que empezaba a desesperarse. Era como darse de cabeza contra un muro de piedra–, comprendo tu orgullo...

–No, cariño, no lo entiendes en absoluto.

–Pero, Vittorio, se trata de mí –rogó.

–¿Y crees que no tengo orgullo contigo? ¿Piensas que sería más fácil sacarte dinero a ti que a cualquier otra persona?

–No, sería más difícil para ti –convino, desolada.

–Gracias a Dios que empiezas a entender algo. Para ti mi orgullo es una pequeña cosa sin importancia, pero es todo lo que tengo. Al menos déjame eso.

–¿Después de haberte quitado todo lo demás? Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

–Tú no me has robado nada, lo sé. Pero ahora mi dignidad está bajo tu custodia y debes protegerla por mí. Si no lo haces, me habrás destruido.

Angel hizo el último esfuerzo.

–De acuerdo, entonces mitad para mí y mitad para ti. Me parece justo –dijo. Durante un momento pensó que había logrado persuadirlo, pero al ver la dureza de su expresión se dio cuenta de que estaba lejos de ser cierto–. Por favor, Vittorio.

Él negó con la cabeza con un gesto suave, pero inflexible.

–¡Vete al infierno! –exclamó ella con lágrimas en los ojos.

–Sí, me iré al infierno –replicó Vittorio con una sonrisa mientras

le acariciaba la cara–. No me es posible decir o hacer todo lo que tú quieres. Deberías olvidarme y buscarte un hombre agradable, de buen carácter que pueda decirte todo lo que quieres oír.

–No quiero esa clase de hombre. ¡Yo te quiero a ti! –exclamó, exasperada.

Vittorio se echó a reír a su pesar. Se había puesto pálido, como si un dolor lo mordiera por dentro.

–Será mejor que entres. No puedes perderte la celebración.

–Ven conmigo.

–No, prefiero irme a casa –respondió acariciándole la mejilla–. Lo siento. Sólo puedo ser como soy.

Angel habría preferido una maldición o un grito en lugar de aquella triste resignación. En ese momento se dio cuenta de que él no tenía nada. Ella tenía todo lo que debía pertenecer a Vittorio y tal vez el amor más grande no pudiera ser capaz de sobrevivir a aquella verdad.

Vittorio se alejó, sin mirar atrás.

La próxima vez que lo vio, Vittorio la saludó con una sonrisa y le habló amablemente, aunque ella sabía que no le iba a permitir volver a tocar el tema del premio de la lotería.

Cualquiera que no los conociera diría que todo marchaba bien entre ellos. Sin embargo, Angel sabía que un abismo los separaba. Tal vez siempre hubiera sido así y ella se había negado a reconocerlo.

Vittorio mantuvo su costumbre de ir a la casa a jugar ajedrez con Sam, pero Angel notó que evitaba quedarse a solas con ella.

Una noche, se encontraban en la sala escuchando una de las historias de Sam que provocaba una risa general, cuando Berta entró con una expresión desconcertada.

–Un señor quiere verla. Le he preguntado su nombre, pero me ha dicho que quería darle una sorpresa, que se alegraría de verlo.

–Y es cierto, ¿no es así, muñeca? –oyeron una voz desde el umbral de la puerta–. No te he olvidado y sé que tú tampoco a mí.

Todos se volvieron a mirar al que hablaba de modo tan jactancioso y que les devolvía la mirada como si fuera el dueño del mundo. El único que habló fue Vittorio.

–¡*Mio Dio*! ¡Pero si es el horrible Gavin!

Sam prorrumpió en carcajadas, en tanto Frank y Roy se limitaron a sonreír con discreta malicia.

Tras superar la sorpresa inicial, Angel lo estudió de pies a cabeza. Las fotos de la revista la habían preparado sólo a medias. Gavin había cambiado mucho. Estaba más grueso, fofo, con una tez poco saludable que traslucía sus excesos.

–Hola, Gavin –lo saludó ella.

–¡Angel! –exclamó al tiempo que se acercaba con los brazos abiertos y la voz ronca de emoción–. Ha pasado tanto tiempo...

–¿Verdad que sí? –alcanzó a decir ante de verse estrujada entre los brazos de ese hombre que olía a colonia barata.

–¡Sam! –exclamó Gavin en un exagerado tono servil, dispuesto a abrazarlo también.

–¡Fuera de aquí! ¿Quién eres? No te conozco.

–Por supuesto que me conoces. Fuimos muy buenos amigos.

–No es verdad. No te conozco y no me gustas.

–Seguro que sí.

–No me digas lo que me tiene que gustar. Y aléjate de mí. Hueles como un chulo.

Al ver que Gavin sonreía con cierta crispación, Angel decidió que era hora de recordar su deber de anfitriona e intervino con rapidez. Le presentó a Roy, Frank y Vittorio como amigos de la familia.

–Una agradable sorpresa, Gavin –mintió–. ¿Qué te ha traído hasta la villa?

–Iba de paso y como sabía que mi antigua amiga Angel vivía por aquí, decidí hacerle una visita.

–He de recordarte que me conociste como Angela. Nunca fui Angel para ti.

–Aunque siempre pensé que eras un ángel –repuso de inmediato–. ¿Podríamos hablar en privado?

–Me temo que no. Estábamos a punto de sentarnos a la mesa. Si te apetece cenar con nosotros, será un placer.

–Para él, pero no para mí –gruñó el abuelo.

–Vamos, Sam. Es nuestro invitado.

–Yo no lo he invitado y no lo quiero en esta casa.

–Tengo entendido que la casa es de Angel –sugirió Gavin con

una sonrisa feroz.

–Me pregunto cómo te has enterado –intervino Vittorio, muy divertido–. Seguro que a través de una de esas elegantes revistas del corazón.

–¡Que se vaya! –gritó Sam.

–No puedo despedir a alguien que acabo de invitar a cenar –protestó Angel.

–Bueno, que coma primero y luego que se marche –replicó el abuelo.

En ese mismo momento, desde el vestíbulo se oyó un grito seguido del estrépito de unos platos al estrellarse contra el suelo. Cuando Angel salió a ver qué sucedía, tropezó con Berta, que la miró muy contrariada.

–*Scusi, signora*. No ha sido culpa de la chica; se ha tropezado con un par de maletas que no sabemos quién ha dejado en el vestíbulo.

–Tranquila, Berta, no pasa nada –la calmó Angel.

Habían hablado en italiano, pero Angel notó que Gavin había captado lo esencial.

–He traído unas pocas cosas –explicó intentando apaciguar los ánimos–. Por si me invitabas a quedarme.

–¿Dos maletas? –preguntó Angel, con dulzura.

–Me gusta vestir con elegancia.

–Échalo –protestó Sam.

–Gavin, siento no poder invitarte a pasar una temporada aquí, pero puedes quedarte esta noche.

–Bueno, me basta con eso. Sólo quería volver a verte.

–Me parece que voy a vomitar –anunció Sam en voz alta y Vittorio le hizo un guiño.

Con una excusa, Angel lo llevó aparte.

–Espero que te quedes –le dijo a Vittorio.

–Desde luego que sí. No me perdería este espectáculo por nada del mundo. Me fascina haber descubierto cuáles eran tus gustos en el pasado.

–Entonces yo era muy joven y él bastante más delgado –se defendió Angel–. Ayúdame a tranquilizar a Sam. No sé con qué cosa puede salir en la cena.

–¿De veras? No hace falta ser adivino, pero nadie podrá hacerlo callar.

La cena fue una calamidad. Sam se expresó sin inhibiciones ignorando los esfuerzos que hacía su nieta por apaciguarlo. A Angel no se le escapó que, en lugar de ayudarla, Vittorio no hacía más que alentar al anciano.

El único que parecía ajeno a los dardos que Sam le lanzaba era el propio Gavin, empeñado en su papel del amigo entrañable cuya visita era un regocijo para todos, aunque no encontrara el menor eco entre ellos.

A decir verdad, no era el único que se empeñaba en representar su papel en la comedia.

Cuando la cena hubo concluido, Sam se volvió a Vittorio.

–Has bebido mucho esta noche, jovencito.

–¿Lo dices en serio? Si es así, lo siento.

–Demasiado para volver a casa por el camino que bordea el acantilado. No, será mejor que te quedes esta noche. ¿No hay problema, verdad Angel?

–Ningún problema –respondió ella mientras pensaba que su abuelo era más listo de lo que aparentaba.

Por más que lo intentó, Gavin no pudo hablar a solas con Angel. Durante la sobremesa, Vittorio acaparó su atención hablándole de coches hasta que Angel los interrumpió para desearles las buenas noches, y desapareció de inmediato.

Más tarde, Frank y Roy llevaron a Sam a su habitación y, cuando volvieron a la sala, uno de ellos sugirió que una copa no le haría mal a nadie.

A la primera le siguió la segunda y a continuación la tercera y la cuarta.

Por último, Vittorio tuvo que llevar a Gavin al dormitorio. Tras dejarlo caer en la cama, pasó el resto de la noche junto a una ventana desde la que podía vigilar la puerta del huésped.

A la mañana siguiente, tras desayunar, Gavin pudo hablar a solas con Angel, aunque en realidad no por sus esfuerzos sino porque ella, exasperada, había decidido escucharlo y luego deshacerse de él cuanto antes.

–Empezaba a creer que nunca podríamos hablar a solas –dijo Gavin cuando se acomodaron en la terraza.

–Bueno, andamos un poco ocupados, como ves.

–Me doy cuenta, aunque no tengo prisa, así que no hay razón

para marcharse de inmediato. Incluso pensé que podríamos pasar unos días juntos con la esperanza de reanudar nuestra relación y…

–Sam nunca lo consentiría –se apresuró a decir Angel.

–Te protege demasiado, y no lo culpo.

–Muy bondadoso de tu parte –replicó ella haciendo un gran esfuerzo para no echarse a reír.

–Angel, te confieso que las cosas que dijiste sobre mí en tu entrevista me dejaron bastante herido.

–¿Herido tú? ¿Y qué me dices de lo que escribiste sobre mí en esa revista del corazón? Aseguraste que te había abandonado por el dinero de Joe Clannan cuando bien sabes que entonces tú y yo ya habíamos roto.

–¿De veras? No es así como lo recuerdo. Estábamos enamorados.

–Yo pensaba lo mismo hasta que me dijiste que tenía que llevar a Sam a un asilo de ancianos. Por ese motivo, en lugar de abandonar a mi abuelo, te abandoné a ti.

–Creo que cometiste una injusticia conmigo.

–Bueno, tu artículo sobre el corazón destrozado de Gavin Alford fue tu forma de vengarte. Espero que te lo hayan pagado bien.

–Tal vez menos de lo que te pagaron a ti por denigrarme en la revista *GlamChick*.

–No hablé mal de ti. Me limité a decir que tu conversación era limitada y el resto lo añadió el periodista. Mira, Gavin, todo eso es agua pasada.

–Desde luego que sí. Ahora lo que importa es el futuro. Cuando te vi en esas fotografías, tan bella, me di cuenta de que nunca había dejado de quererte. La verdad es que juntos estábamos muy bien.

–Y además ésta es una hermosa casa –añadió ella.

–¿Qué?

–Digo que también viste las fotos de la villa y pensaste que podrías compartirla conmigo.

–Eso no es justo.

–¿Ves? Eso ya lo has dicho antes. Por eso comenté que tu conversación era limitada.

–Mira, hemos estado separados mucho tiempo, pero ahora que nos hemos vuelto a encontrar…

–Gavin, escucha. No nos hemos vuelto a encontrar. Hace mucho tiempo que lo nuestro se acabó y la situación no ha cambiado.

–Seguro que no sientes lo que dices.

–*Scusi, signora*. Berta dice…

Era Vittorio.

–¿Quieres marcharte de aquí ahora mismo? –rugió Gavin fuera de sí–. ¡Lárgate! ¿Me oyes? –gritó mientras se levantaba de la silla–. ¡Lárgate!

–Con mucho gusto –repuso Vittorio amablemente–. Pero tú te vienes conmigo.

Antes de que Gavin pudiera dar un paso atrás, Vittorio lo agarró de la oreja.

–¿Qué haces? ¡Apártate de mí!

–Vamos, te ayudaré a salir –replicó Vittorio con suavidad dirigiéndose a la puerta con Gavin a rastras.

–¡Suéltame!

–Nuestro amigo ha decidido marcharse –dijo como si no lo hubiera oído–. ¿Alguien puede bajar su equipaje?

En ese momento, Angel se dio cuenta de que todo el mundo se había congregado en el vestíbulo guiados por Sam, que contemplaba la escena con regocijo.

–Vittorio, ¿qué vas a hacer? –preguntó con cierta ansiedad, pero incapaz de contener la risa.

–Nada malo. Como buen taxista lo llevaré a la estación de autobuses de Amalfi.

Gavin abrió la boca para protestar, pero la mirada de Vittorio lo silenció.

Cuando llegaron al coche, Vittorio lo metió como un bulto en el asiento trasero y luego puso seguro a la puerta. Fascinada, Angel vio cómo Gavin golpeaba la ventanilla frenéticamente.

En ese momento Frank y Roy llegaron con las maletas.

Cuando al fin el coche se perdió de vista, Roy se atrevió a preguntar:

–¿Qué pretendía?

–Gavin pensó que sería muy agradable quedarse a vivir en la villa y que yo sería tan estúpida como para aceptarlo. Y eso no se lo puedo perdonar.

–Bueno, Vittorio se ha hecho cargo de ese farsante. Sabía que se puede confiar en ese muchacho –comentó Sam alegremente.

Cuando Vittorio regresó varias horas después, Sam fue el

primero en saludarlo.

–No volverá, ¿verdad?

–Lo puse en un autobús con destino a Nápoles. Siento desilusionarte.

–Eso nos servirá por ahora –dijo Sam.

Angel los miró con severidad.

–En realidad yo misma pude haberme encargado de echarlo de aquí sin vuestra ayuda.

Sin decir palabra, Vittorio y Sam se limitaron a mover la cabeza de un lado a otro.

Tras el incidente de Gavin, Sam estuvo tranquilo durante unos días. A veces parecía sumido en hondos pensamientos y Angel tenía que hablarle varias veces antes de que notara su presencia. Pero no se inquietó, porque le parecía que las reflexiones del anciano tenían un propósito, aunque Sam no se confió a ella, por más preguntas que le hizo.

Un día se escapó de sus cuidadores y fue a dar un paseo solitario por el jardín. Al parecer deambulaba entre los senderos sin rumbo fijo, pero cuando vio a Vittorio podando un manzano lo llamó a voces mientras agitaba el bastón en señal de saludo.

–Veo que has logrado escapar de tus cuidadores, ¿no es así? –observó Vittorio con una alegre sonrisa.

–Desde luego que sí. Esa nieta mía es una chica maravillosa, pero a veces me abruma. Se preocupa demasiado por mí. Verás, he estado pensando en ese Gavin.

–Un tipo repugnante.

–Es verdad, pero supiste cómo tratarlo. Eres un hombre en el que se puede confiar y he estado pensando... –Sam dejó de hablar y sus ojos se desenfocaron de repente.

–¡Sam! –exclamó Vittorio, alarmado.

–Ah, sí... ¿Dónde estaba? Ah, ya recuerdo. La gente cree que no puedo pensar, pero sí que puedo. Verás, he hecho mi testamento.

Sam sacó un sobre sellado del bolsillo y se lo tendió.

–¿Quieres que te lo guarde? –preguntó Vittorio.

–Sí, eso es lo que quiero. Porque tú eres mi heredero.

–No, no –Vittorio intentó devolvérselo, pero Sam se negó.

–Debes guardarlo porque... –dijo atropelladamente–, porque te he dejado mi más valiosa posesión. Debes... –jadeó y se dejó caer en un asiento.

–No te agites.

–Debes guardarlo. De lo contrario no me sentiré seguro...

–De acuerdo, de acuerdo –convino Vittorio, y se metió la carta en el bolsillo trasero de los pantalones mientras miraba ansiosamente la cara del anciano–. ¿No te encuentras bien?

–Sólo tengo un poco de... dificultad para respirar –dijo jadeando–. Muy pronto estaré bien.

–No lo creo. Vamos a casa –sugirió Vittorio sin poder ocultar su alarma.

Entonces pasó el brazo del anciano por su cuello y lo puso en pie sin la menor dificultad, como si no pesara nada. Y así lo llevó a casa mientras llamaba a Angel a gritos.

Capítulo 11

El pasillo del hospital estaba tranquilo. Vittorio abrió la puerta y miró a Sam, que yacía en una cama conectado a las máquinas.

Sentada junto a él, Angel lo observaba con tanta atención que sólo se dio cuenta de la presencia de Vittorio cuando éste le puso la mano en el hombro.

–¿Alguna novedad?

–No –repuso ella con una calma que intentaba ocultar su desesperación–. No se ha movido. Si tan sólo pudiera abrir los ojos y verme...

–No olvides que ha sufrido un infarto que casi acaba con él, pero aún está vivo y eso es una buena señal.

Habían pasado treinta y seis horas desde que lo habían llevado al hospital tras el colapso.

Al principio se pensó que nada lo salvaría, pero el esfuerzo de médicos y enfermeras había logrado estabilizarlo.

Desde entonces Angel no se había movido de su lado, ni siquiera cuando entraban las enfermeras para atender al paciente.

–¿Has dormido?

–No me atrevo. Pienso que podría abrir los ojos mientras duermo –murmuró con un estremecimiento.

–¿Y si hicieras turnos con Roy y Frank?

–Les he dado unos días de vacaciones, ya que Sam no los va a necesitar por un tiempo. Lo chicos no han tenido ni un día libre desde que llegaron a la villa.

Vittorio se sentó al otro lado de la cama y la miró detenidamente. Había adelgazado en esos días y su rostro estaba demacrado y ojeroso. Habría deseado tomarle la mano, pero ella apenas notaba su presencia, manteniendo los ojos fijos en la cara del abuelo. Entonces él se preguntó si no sería culpa suya el haber creado esa distancia entre ellos.

–Berta te ha enviado un bolso con cosas que tal vez necesites.

–Gracias.

Empezaba a anochecer. Una enfermera entró a comprobar los monitores, le dijo unas palabras a Angel y se marchó de inmediato. Entonces se quedaron largo rato en silencio hasta que Vittorio notó que Angel se estaba durmiendo. Incapaz de despertarla, se quedó un par de horas junto a Sam sin quitarle los ojos de encima.

–¡Sam! –exclamó Angel de pronto, tras despertar bruscamente.

–Está bien. Lo he vigilado todo el tiempo. Si se hubiera producido algún cambio, te habría despertado.

–Gracias. Sí, vete a casa a dormir un poco –dijo ella al ver que se levantaba del asiento.

–Voy a traerte un café.

Al cabo de unos minutos volvió con bocadillos y café para ambos.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? –preguntó con ternura al ver que ella devoraba su bocadillo.

Angel negó con la cabeza antes de beber el café con verdaderas ansias.

Vittorio volvió a salir y regresó a la habitación con fruta y una botella de agua mineral.

–Para más tarde.

–Ni Berta me cuida tan bien como tú. Pero debes de estar cansado. No hace falta que te quedes.

–No, no hace falta –repitió al tiempo que se acomodaba en su silla.

–Gracias –murmuró ella con una sonrisa–. No tuve oportunidad de preguntarte qué sucedió el día del infarto. ¿Por qué estabais solos en el jardín?

–Sam se escapó de la vigilancia de los chicos y fue a verme. Parecía un niño en vacaciones. Estuvimos charlando y luego empezó a ahogarse y lo llevé a casa.

–¿De qué hablasteis?

–De todo y de nada. Cosas sin importancia.

Vittorio maldijo la torpeza que le impedía encontrar las palabras adecuadas para contarle que Sam había decidido nombrarlo su heredero, aunque no hubiesen sido más que fantasías del anciano.

Afortunadamente, ella se dio por satisfecha con su vaga respuesta. Angel había movido la silla para apoyar la cabeza en una cómoda y, al ver el rostro pálido que delataba su agotamiento,

Vittorio tuvo que luchar contra el impulso de estrecharla entre sus brazos y hacer que apoyara la cabeza en su hombro. Sin embargo, no pudo vencer la tentación de besarla suavemente para no despertarla.

Y así pasaron dos días, durante los que Vittorio se dedicó exclusivamente a ella. Diariamente iba y volvía de la villa con comida que Berta preparaba para Angel. Gracia a él, ella también pudo dormir con cierta tranquilidad.

Sam seguía sin recuperar la conciencia y él adivinó que Angel ya estaba preparada para lo que tenía que ocurrir.

–Ha sido tan largo... –comentó con tristeza–. Creo que podría soportar su pérdida si se despertara y me hablara, aunque fuera una sola vez.

–Sam sabía cuánto lo querías. ¿No es eso lo que verdaderamente importa?

–Sé que mi deseo es insensato, pero no sabes cuánto anhelo disponer de unos pocos minutos sólo para mirarlo a los ojos y saber que verdaderamente ha vuelto a ser él.

–¿Has intentado hablarle?

–Al principio lo hice. ¿Pero de qué sirve? No me oye.

–¿Cómo lo sabes? Dicen que la capacidad de oír es lo último que se pierde. Por ejemplo, háblale de tu niñez para que pueda oír tu voz.

Hora tras hora, Angel recordó en voz alta episodios de su infancia que no visitaban su memoria hacía años. Y mientras hablaba a su abuelo, le pareció que toda la vida compartida renacía en aquella tranquila habitación. A veces Vittorio se marchaba un rato por respeto a la intimidad de Angel, pero en otras ocasiones se quedaba porque no podía dejarla sola. En esas horas aprendió a conocerla mejor. Gradualmente se formó en su mente la imagen de la niña que había sido y su dolorosa soledad, y también conoció al anciano que había dado un vuelco a su vida para hacerla feliz. Empezó a ver a Sam como realmente había sido: pícaro, inteligente, un adorable idiota y el hombre más generoso que jamás hubiera conocido. Entonces pudo comprender por qué Angel había intentado pagar la deuda que había contraído con él. También ella

se había sacrificado para proporcionarle una vida feliz los últimos años de su vida. Y también sabía que, si Sam fallecía sin hablar a su nieta, sentiría como propio el dolor de Angel.

Angel dormía en el momento en que Vittorio notó que Sam empezaba a parpadear.

–¡Angel, despierta!

–¿Qué pasa?

–Mira su cara –dijo, lleno de alegría.

De pronto, Sam abrió los ojos y miró fijamente a Angel.

–Sam, cariño. Gracias a Dios que has despertado –murmuró mientras Vittorio salía en busca del médico.

–¿Despertar?

–Has estado inconsciente unos días y empezaba a creer que nunca despertarías.

–¿Dónde estoy?

–En el hospital de Amalfi.

–¿Dónde?

–En Amalfi, donde vivimos en la actualidad.

–¿De qué hablas? ¿Quién eres?

Angel, preparada para lo peor, no lo estaba para ese golpe.

–Pero si tú me conoces –dijo con desesperación–. Soy Angela. Por favor, dime que me reconoces.

–Pero si nunca antes te había visto... ¿Quién eres?

Vittorio, que entraba con el médico, alcanzó a oír el grito de Angel: «¡Sam!», y luego la vio abrazada al cuerpo del anciano. Pero los ojos de Sam se habían cerrado y sus manos reposaban inmóviles sobre la blanca sábana del lecho.

Roy y Frank regresaron para asistir al funeral del anciano al que habían profesado un sincero afecto. Todo el personal de la villa fue a darle la última despedida porque, en el breve tiempo que había pasado con ellos, se había convertido en el favorito de la casa.

Al día siguiente, Angel llevó a Roy y a Frank a la estación de autobuses de Amalfi.

–Os estoy tan agradecida... Siempre supe que en vuestras manos estaba seguro y eso significó mucho para mí –dijo mientras les tendía un sobre–. Un pequeño suplemento en prueba de mi aprecio.

–Angel, esto es mucho dinero –dijo Frank, confundido.

–No es nada comparado con lo que os debo. Adiós, amigos.

Vittorio la esperaba a la entrada de la villa.

–¿Estás bien? Yo podría haberlos llevado.

–Lo he hecho como un gesto de gratitud hacia ellos.

–Vamos a casa –dijo Vittorio tomándole la mano–. Berta te ha preparado algo especial.

–Quédate a comer conmigo.

Durante la comida, Angel habló de todo menos de Sam. Había llorado en el momento de su muerte, aunque no había vuelto a hacerlo, como si hubiera decidido controlar sus sentimientos.

Vittorio fue a la cocina y, cuando volvió al comedor, Angel no estaba allí. El instinto le dijo que la encontraría en la habitación de Sam.

–Me tomé tanto trabajo... Quería que todo estuviera perfecto para él. Y estuvo aquí tan poco tiempo... Solía soñar con nuestra vida en común, lo cuidaría y siempre estaríamos juntos porque pensaba dedicarle todo mi tiempo. Y de pronto, todo acabó. Se fue sin conocerme.

–Sabes que estaba muy enfermo al final. Eso no significa que no te conociera.

–No me reconoció, Vittorio. Murió como un extraño y no puedo soportarlo –murmuró llorando amargamente.

Vittorio la abrazó y le acarició el cabello mientras la mecía entre sus brazos hasta que, poco a poco, dejó de sollozar. Parecía ilógico que para Angel unos cuantos minutos pudieran contar más que lo tiempos más felices que había compartido con el abuelo desde su llegada a la villa. Pero Vittorio sabía que la lógica no tenía cabida en esos momentos de profundo dolor.

–Ahora tienes que dormir. Yo te acompañaré. Vamos.

Pronto llegaría el tiempo de la cosecha y todos los días iban al huerto. Vittorio acariciaba y palpaba la fruta.

–Diez días más –dijo una mañana–. Será una cosecha que nos dará buenas ganancias.

Angel deseaba verla terminada. Había muchas cuestiones que resolver relativas al futuro, pero había que esperar hasta que el

trabajo estuviera hecho.

Angel sabía lo que quería. Lo quería a él. Y no era sólo por la pasión, sin duda maravillosa. Ella necesitaba más. Y él se lo había dado. Desde el colapso de Sam, Vittorio le había dedicado una tierna consideración propia de un marido, siempre dispuesto a darlo todo sin pedir nada para él. Angel ya no dudaba del amor que se profesaban.

Sí, tendrían que casarse porque sería imposible continuar como hasta ese momento, con Vittorio como su empleado. El orgullo se lo impediría. Sin embargo, si se casaban él podría recuperar su lugar como amo de la casa. Era muy sencillo en realidad, pero tenía que encontrar el momento adecuado para pedírselo, porque Angel adivinaba que tendría que ser ella la que le propusiera matrimonio. Ya no dudaba de que todo saldría bien.

Pero la seguridad de Angel se vio interrumpida por una llamada de un tal Gino Tradini.

–Parece que es un cliente habitual, aunque me ha dicho que ha decido no comprar este año.

Vittorio sonrió.

–No te preocupes. Es sólo un truco para obligarte a bajar el precio. Lo hace todos los años. Seguro que ha pensado que podría engañarte porque eres nueva en el negocio.

–Tal vez sea mejor que tú negocies con él.

–Lo haré, aunque tendré que ir a verlo y eso significa ausentarme un par de días. Sí, iré mañana.

–Entonces vamos a cenar fuera. Siempre he querido ir a un pequeño restaurante que he visto en Amalfi, especializado en mariscos y pescado.

Cenaron junto a una ventana que miraba al mar, observando las pequeñas embarcaciones que se balanceaban en el muelle.

–Hoy tienes buen aspecto –dijo Vittorio con una sonrisa–. Pareces más animada.

–Gracias a ti. Te debo la paz y tranquilidad de estos días, Vittorio. No has permitido que nada me preocupe.

–Así es como quiero verte. Y no te preocupes por Tradini, sé cómo manejarlo.

–Un día me dijiste que te necesitaba en la villa y me negué a escuchar. Ahora me doy cuenta de la verdad de tus palabras. ¿Qué

haría si decidieras marcharte?

–No es probable, a menos que me despidas.

–No voy a hacerlo, pero puede que tú lo decidas –dijo. Vittorio se limitó a negar con la cabeza. Al ver su sonrisa, Angel supo que había llegado el momento de hablar–. Podría funcionar, ¿no te parece? –preguntó casi en tono de ruego–. Hemos tenido muchas dificultades y hemos podido superarlas. Ahora lo que importa es el futuro.

–¿Has pensado en algún futuro en especial? –preguntó Vittorio con toda prudencia.

–Oh, sí, tengo en mente algo muy especial.

–¿Y qué es?

Angel lo miró con la esperanza de que le facilitara las cosas y, aunque entendió bien el mensaje, Vittorio movió la cabeza de un lado a otro.

–No me vas a ayudar a decir esto, ¿verdad? –preguntó al borde de la risa, segura de su victoria.

Vittorio volvió a negar con la cabeza, aunque a punto de echarse a reír también.

–No voy a ayudarte porque puede que no digas lo que anhelo que digas, y entonces quedaría como un tonto.

–¿Y no puedes arriesgarte a hacer el tonto por mí?

–No, arriésgate tú.

No había riesgo y ambos lo sabían.

–¿Quieres que me ponga de rodillas?

Vittorio se echó a reír con ganas mientras se llevaba a los labios las manos de Angel.

–Si estás segura... Tenías razón en cuanto a los problemas, pero...

–Encontraremos el modo de solucionarlos.

–Seguro que sí. Ahora lo sé. Si sólo...

Una risotada interrumpió sus palabras. Ambos se volvieron y vieron a un hombre joven y corpulento que los miraba con sarcasmo. Vittorio dejó escapar una maldición al reconocer a Mario, el patán que se había mofado de él el día que fue a recoger la correspondencia a la oficina de correos.

–Ah, eres tú. ¡Márchate de aquí! –dijo con severidad.

–¿Por qué tendría que marcharme? Me estoy divirtiendo mucho.

–¿Lo conoces, Vittorio?

–Una vez lo contraté para la cosecha, pero tuve que despedirlo por inútil.

–No soy tan listo como tú –replicó Mario mientras los miraba con una mueca sarcástica–. Así que lo lograste. Has sido muy inteligente.

–¿De qué está hablando? –preguntó Angel.

–¿No lo sabe, *signora*? Este hombre, además de listo, es muy calculador. Sabía lo que había que hacer para recuperar la propiedad, y lo ha hecho. ¿Cuánto tiempo le ha llevado engatusarla hasta llegar a su cama? ¿Cuánto tiempo....?

Las últimas palabras se ahogaron en su garganta porque Vittorio le lanzó las manos al cuello e hizo falta la fuerza de tres hombres para arrancarlo de su víctima.

Medio ahogado, Mario lo miró con odio.

–Me las pagarás –dijo.

–Vete de aquí ahora mismo –le ordenó uno de los hombres.

Mario salió corriendo.

–Está bien, ahora quitadme las manos de encima –dijo Vittorio.

Los hombres lo soltaron con cautela y Vittorio, mortalmente pálido, se volvió a Angel.

–Nos vamos. ¿Dónde está la cuenta?

–Ya la he pagado.

Angel había pagado discretamente para salir sin tardanza del restaurante.

Una mirada extraña ensombreció el rostro de Vittorio.

–Desde luego que lo has hecho.

Una vez en la calle, Vittorio cruzó hacia la playa y se puso a pasear por la arena con los hombros encorvados. Parecía completamente diferente al hombre feliz de sólo unos minutos atrás.

–Me asustaste –dijo Angel tomándolo del brazo–. Creí que ibas a matarlo.

–Y lo habría hecho –gruñó.

–¿Por qué?

–¿Por qué? ¿No oíste lo que dijo?

–Sí, ¿y qué? Es un patán. ¿A quién le importa lo que diga? Porque no se te ocurriría creer que yo pudiera pensar una cosa así, ¿verdad, Vittorio? –preguntó, súbitamente inspirada–. Porque si lo piensas, te equivocas.

–Los otros también creerán lo mismo que ese patán. Dirán que me las he ingeniado para engatusarte y así recuperar lo que era mío.

–Pero yo no lo creo, y no importa lo que piensen los demás porque ignoran lo que hay entre nosotros. Y nosotros sí lo sabemos, ¿verdad?

Vittorio se plantó ante ella. La luz de la luna aumentaba la palidez de su rostro.

–¿No te acuerdas cómo te mofaste de mí una vez? «Podría contarle cualquier cosa. ¿Y cómo podría saber que le digo la verdad?» Ésas fueron tus palabras, y eran ciertas. «Siempre hay un modo de engañar casi a cualquier hombre. Sólo hay que encontrar su punto débil».

–¿Y ahora me arrojas esas palabras a la cara?

–No, ya te conozco lo suficiente como para saber que no son ciertas. Pero ¿cuánto me conoces tú a mí? ¿No crees que yo también podría utilizar las mismas técnicas? Podría decir cualquier cosa si quisiera. ¿Y cómo podrías saber si es verdad?

–Porque confío en ti.

–¿Por qué? ¿Porque te dije que podías hacerlo? ¿Estás segura de que no mentía?

–¡Calla! –exclamó Angel mientras se tapaba los oídos con las manos–. No utilices mi confianza como un arma contra mí.

–Es necesario, porque es la manera de hacerte ver el peligro. Tal vez te haya tratado con tanta habilidad que incluso he logrado que me propongas matrimonio. Y lo he conseguido sin siquiera haber dicho que te amaba.

–¿Y ahora intentas decir que no me amas?

–Quiero decir que, si te amara, ¿cómo podrías saber que es cierto?

–Pensé que lo sabría, sin más –respondió lentamente.

Vittorio le puso las manos sobre los hombros y la atrajo hacia sí de modo que sus labios casi se rozaron.

–¿Lo sabes ahora?

En ese instante, Angel fue consciente de que no sabía nada con certeza. Vittorio podría mentirle y convencerla. Sin embargo, ella ya había aceptado el riesgo porque dentro de su corazón sabía que merecía la pena.

–Vittorio, ¿por qué haces esto?

–Porque puedo ver el futuro. La primera discusión seria entre nosotros, que la tendremos, será horrible porque en mi interior se aloja un demonio muy cruel.

–Lo sé –dijo ella con suavidad.

–Y entonces leeré en tus ojos que piensas lo mismo que los demás, que intentas adivinar cuántas mentiras te conté para conseguir mis propósitos. Te preguntarás si no cometiste una estupidez al confiar en mí. Y eso me volvería loco.

Ella dio un paso atrás.

–Cobarde, hablas de mi confianza, pero eres tú el que no confía en mí. Es divertido, ¿verdad? Acabas de decir en la cena que yo tenía que arriesgarme. Y ahora sé por qué. Porque tú eres incapaz de hacerlo.

–No ha sido eso lo que...

–Lo que has querido decir, pero lo interpreto así –lo interrumpió ella–. Yo no temo correr riesgos, pero tú sí. La opinión de los demás es mucho más importante para ti que la mía. Si es así... ¡vete al infierno!

–Angel, escucha...

–Ya he escuchado suficiente, Vittorio. Una vez me advertiste de que sólo podías hacer las cosas a tu manera. Debí haberte hecho caso. No hablemos más –dijo con un suspiro.

–Te llevaré a casa.

–No, tomaré un taxi. Mañana tienes que levantarte temprano para ir a ver a Tradini. Cuando vuelvas....

–Angel... –dijo en un tono que casi era un ruego.

–Ya te he dicho que no me llames Angel. Ésa no soy yo.

–¿Y quién eres?

–Ya no lo sé. Me has hecho ver muchas cosas nuevas. Ahora no puedo hablar. Adiós, Vittorio.

Angel se alejó por la arena. Lo único que deseaba en ese momento era perderlo de vista. Ella le había dicho que podía ver el futuro y el futuro que vio en ese momento le rompía el corazón.

Vittorio tardó dos días en negociar con Tradini para conseguir que doblara su pedido a un precio más alto.

Cuando las negociaciones hubieron concluido, volvió a la villa lentamente intentando decidir qué le diría a Angel, sin saberlo realmente.

En el camino de acceso se descubrió buscándola con la mirada, seguro de que estaría esperando ansiosamente su llegada. Pero sólo Luca y Toni salieron a recibirlo.

Vittorio fue directamente a la cocina, donde encontró a Berta preparando café.

–Necesito hablar de inmediato con la *padrona*. ¿Dónde está?

Berta lo miró fijamente.

–Creí que lo sabía. Se ha marchado.

–¿Adónde?

–No lo sé. Se marchó ayer.

–Pero tiene que haberte dicho algo.

–Sencillamente hizo las maletas y se fue. Espere...

Pero Vittorio ya corría escaleras arriba. Cuando llegó al cuarto de Angel, abrió armarios y cajones. Estaban vacíos. Como si nunca nadie hubiese ocupado esa habitación.

Berta lo encontró mirando a su alrededor, con el rostro ceniciento.

–¿Me dejó algún mensaje, Berta?

–Quiere que vaya a ver a este señor –respondió tendiéndole una tarjeta en la que leyó el nombre de un abogado que conocía. Era Emilio Varini, socio de un bufete jurídico de Amalfi.

–¿Eso es todo? –preguntó, consternado–. ¿Me envía a un abogado?

Berta asintió.

–Voy de inmediato.

El abogado Varini era un hombre meticuloso tanto de aspecto como de carácter.

–Lo esperaba, *signor* Tazzini. Tengo algo para usted.

–¿Dónde está la *signora* Clannan? –preguntó sin preámbulos.

–No me informó de su próximo paradero. Sólo me pidió que hablara con usted y le entregara esto –dijo al tiempo que le tendía

un sobre lleno de documentos que Vittorio desplegó sobre la mesa.

Al principio las letras danzaron antes sus ojos, pero cuando pudo leer, el mensaje fue tan terrible que se negó a reconocerlo.

–¿Qué es todo esto?

–Me parece que está claro, *signore*. Villa Tazzini vuelve a ser suya. La *signora* Clannan se la ha cedido, por tanto la propiedad le pertenece legalmente.

–Pero no es posible. ¿Cuánto pide por ella?

–No pide nada. Por favor, vuelva a leer los documentos.

–¿Y le permitió desprenderse de todo lo que tiene?

–Naturalmente le aconsejé que actuara con cautela, pero comprenderá que, al ser la dueña de la propiedad, puede hacer con ella lo que estime conveniente.

–¿Y no le explicó por qué lo hacía?

–Se limitó a decir que ya no necesitaba la villa.

–Fue un impulso irracional y no voy a aceptarlo. Le ruego que se comunique con ella de inmediato para transmitirle mi decisión.

–Señor Tazzini, no tengo manera de ponerme en contacto con ella. No me dejó dirección, número de teléfono ni correo electrónico.

–Pero eso es imposible. ¿Qué sucedería si se produce una emergencia?

–Eso fue lo que le dije, pero ella declaró que había cortado todos los lazos con este lugar, por tanto no habrá ninguna emergencia.

–No puedo creerlo. No aceptaré la propiedad. Incluso no volveré por allí. Debe encontrar manera de decírselo.

–Señor Tazzini, permítame explicarle que si usted no acepta la propiedad y la deja abandonada todo se arruinará, empezando por el huerto limonero y la cosecha.

–La cosecha –murmuró Vittorio, desolado–. Está bien, me haré cargo temporalmente –añadió precipitadamente–. Pero le ruego que encuentre un modo de comunicárselo a la *signora* Clannan.

–Sírvase firmar estos documentos.

Cuando Vittorio hubo firmado el último papel, Varini le entregó un sobre sellado.

–Esto es para usted. La *signora* me pidió que se lo entregara sólo cuando usted hubiera aceptado formalmente la donación de la propiedad.

Más tarde, Vittorio cruzó lentamente las calles de la ciudad. Su mente se negaba a aceptar lo sucedido. Sólo cuando se vio solo en la seguridad de su casa, abrió el sobre.

Mi amor:

Cuando leas esto, la propiedad será tuya, como siempre lo fue. Ambos sabíamos que tenía que ser así.

Te amo, pero que no puedo vivir a un lado del abismo y tú en el otro. Tampoco puedo cruzarlo porque tú no me lo permitirías. No puedo pasar la vida estrellándome una y otra vez contra el muro que has alzado entre nosotros. Terminaría odiándote y no quiero hacerlo.

Lo que hubo entre nosotros fue muy breve, pero ha sido lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida y no debe acabar con un sabor amargo.

Poseía algo que en realidad te pertenecía por derecho y que gustosamente habría compartido contigo si me lo hubieras permitido.

Intenté hacerte comprender que confío plenamente en ti, pero nunca me creerás y por tanto no hay esperanza para nosotros.

En el curso de los últimos años, la vida que he llevado me ha hecho perder mi propia identidad. Ahora quiero regresar al inicio del camino y encontrarme nuevamente.

Te dejo a Toni porque no puedo llevarlo conmigo. Sé que lo querrás y lo cuidarás.

Mi amor, no intentes encontrarme. Esto es algo que necesito hacer en soledad.

Siempre te amaré. Gracias por todo.

Angela.

Vittorio leyó las últimas líneas una y otra vez y supo que no tenía alternativas. Debía darle la paz que pedía. Era lo único que podía hacer por ella.

El Ristorante Michelangelo se encontraba en una pequeña calle en la parte norte de Roma. Siempre estaba lleno porque la comida era buena, abundante y económica, y el vino también. Los estudiantes de la universidad, que quedaba cerca de allí, lo habían elegido como lugar de encuentro.

Para algunos de ellos el establecimiento era un regalo de los dioses porque siempre necesitaba camareros, aunque sólo los más pobres aceptaban el empleo.

Una cara nueva entre los camareros había provocado muchos comentarios.

–Oye, ¿tú no eres Angel? –preguntó un día un estudiante.

–Una vez lo fui, pero ya no lo soy.

Eso había sucedido hacía ocho meses. En la actualidad ya nadie preguntaba.

Esa noche, Angela estaba cansada, aunque contenta porque pronto acabaría su jornada. En ese momento quedaba un solo cliente por atender.

–¿Qué le apetece, *signore*?

–He encontrado lo que buscaba.

Ella alzó la vista de su bloc de notas y su rostro palideció repentinamente.

–¿Cómo me has encontrado?

–Me ha llevado un tiempo. Primero te busqué en las universidades inglesas, pero después pensé que podrías haberte quedado en Italia. Y al fin te he encontrado –dijo Vittorio.

Alguien la llamó.

–Han llegado más clientes.

–Te esperaré fuera.

Angel se sentía furiosa con él por perturbar la paz que tanto le había costado alcanzar, pero sabría manejar la situación. Era la vida que había elegido y en la que incluso había encontrado algo parecido a la felicidad. Sí, sería capaz de demostrar, tanto a él como a sí misma, que su victoria era completa. Así que, cuando acabó su jornada, salió por la puerta trasera del restaurante.

–Yo habría hecho lo mismo –dijo Vittorio con humor, apoyado en una pared–. Desde aquí también se puede ver la puerta principal, así que no habrías podido escapar. Ya lo hiciste una vez, pero no volverá a ocurrir.

Ella echó a andar a toda prisa calle abajo.

–No corras, tenemos que hablar.

–No.

–¡Angela!

Al oír ese nombre, ella se detuvo de inmediato.

–¿De qué quieres hablar?

–¿No sientes curiosidad por saber cómo he dado contigo? Al principio decidí que no iba a buscarte, pero luego ocurrió algo... y necesito un poco de tiempo para contártelo.

–De acuerdo, iremos a casa. Pero sólo un rato.

La casa era un pequeño apartamento en el ático de un edificio de tres plantas.

–Está un poco desordenado por culpa de mis compañeras de piso.

–¿Compartes este espacio tan pequeño? –preguntó mirando a su alrededor y pensando en la villa a la que había renunciado.

Ella no respondió y se miraron en silencio, cada uno leyendo en la cara del otro la soledad de todos esos meses.

Angela había alquilado ese apartamento cuando consiguió ingresar en la universidad, decidida a hacer durar el dinero que le quedaba.

A veces había sentido la tentación de renunciar a todo, volver con él y olvidarse de lo demás mientras pudieran compartir una vida con amor. Pero no lo había hecho. Algo en su interior la impulsaba a forjarse su propia vida, a ejercitar su voluntad y su inteligencia y así había sido como descubrió el placer de estudiar y aprender. Con un intenso placer había descubierto que esa experiencia, hasta entonces desconocida, sería un instrumento formidable para ayudarla a combatir la soledad de su corazón y de su cuerpo. Y se había convencido de que sería capaz de superar cualquier problema, por duro que fuera.

–Así que lo conseguiste. Universidad, Historia del Arte, una vida académica. Lo que tanto deseabas. ¿Te sientes feliz?

–Sí... A veces –añadió tras una breve pausa.

–A veces –repitió él–. Sé lo que es eso. Yo también me siento feliz a veces. Por ejemplo cuando conseguí la mejor cosecha de mi vida. También fue obra tuya. ¿Por qué no estabas allí?

–Tú sabes por qué. Nunca fue mi cosecha.

–Verás, me quedé mirando cómo se alejaban los camiones cargados de limones maduros, hermosos y perfumados. Era el resultado del trabajo de todo un año y me sentí feliz, pero entonces me di cuenta que estaba allí, solo en el huerto, y ése fue el fin de mi momento de felicidad. Mira.

Vittorio le tendió un sobre lleno de fotografías de la cosecha y ella las contempló con emoción. Sí, había sido un éxito, tal y como ambos habían deseado.

–Me alegro tanto... –murmuró–. Oh, ésta...

Era una foto de Vittorio en el huerto, junto a Luca y Toni.

–Toni te echa de menos. No está mal conmigo, pero sabe que tú eres su dueña. No le gusta la casa sin ti. Y a mí me pasa lo mismo.

–Por favor, no...

–Una vez la villa me perteneció totalmente –continuó Vittorio, sin piedad–. Ahora tu fantasma está en todas partes, en cada sombra. Y no puedo ahuyentarlo, tal vez porque en realidad no lo deseo.

–¿Por qué me haces esto? Ya estaba logrando...

–Y yo también. Algo había logrado, pero no es suficiente.

–¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

–Porque Sam me lo dijo.

–Vittorio, no me hace gracia...

–Hablo muy en serio. Una vez me preguntaste qué habíamos hablado esa mañana momentos antes de su infarto y te dije que de todo y de nada. Era cierto, pero hubo más. Había estado escribiendo su testamento y dijo que deseaba legarme su más preciada posesión. Me entregó el documento. Yo lo guardé y luego me olvidé por todo lo que ocurrió después, su enfermedad y su muerte.

–Pero Sam no tenía nada.

–Eso fue lo que pensé, pero me equivocaba. Me pediste que te dejara sola y yo cumplí tu deseo –dijo encogiéndose de hombros–. Pero últimamente me he sentido tan triste sin ti que tuve que rendirme ante la evidencia. Entonces opté por atender mi propia necesidad antes que cumplir tus deseos. Sé que es reprochable, pero es lo que sucede cuando uno ama perdidamente a una persona y se ve incapaz de luchar contra sus sentimientos. Y es así como te amo. Pero sabiéndolo, todavía no estaba seguro. Soy un hombre supersticioso y esperaba una señal que me dijera lo que tenía que hacer. Puedes reírte si quieres.

–No me río. Sam también creía en esas señales.

–Y tenía razón, porque de pronto recordé su testamento. Me costó encontrarlo, pero aquí está. Léelo.

Ella tomó el papel con manos temblorosas.

Vittorio, te dejo mi más preciosa posesión... Mi amada nieta Angela. Sé que sabrás cuidar de ella.

Sam.

–Sam... –murmuró Angela entre lágrimas–. ¡Sam!

–Como ves, sus últimos pensamientos coherentes fueron para ti. Después de todo, no murió como un extraño.

–Es verdad.

Él le tomó la cara entre las manos.

–¿Por qué lloras?

–Porque tú me lo has devuelto. Vittorio, amor mío –murmuró abrazándolo como él había soñado todo ese tiempo.

Y Vittorio la estrechó con fuerza como si no quisiera desprenderse de un tesoro recuperado.

–He venido para llevarte a casa, a nuestra casa. Tú y yo juntos otra vez, de otra forma nunca podrá ser un hogar.

–No sigas, por favor –susurró Angela–. Parte de mí lo desea de todo corazón. Te he echado tanto de menos... Pero al mismo tiempo he descubierto lo que siempre he deseado y no estoy segura de querer renunciar a ello.

–¿Por qué tendrías que renunciar? Hay otras universidades. Encontraremos una cerca de casa y podrás continuar tus estudios. No quiero que renuncies a nada de lo que te hace ser tú misma. Pero también quiero que seas mía. Creo que no es imposible y es lo que Sam deseaba. ¿Su opinión también cuenta, verdad?

–Vittorio...

–Espera, por favor. No, olvida lo que te acabo de decir. No debes aceptar sólo por complacer a Sam. No te quiero a mi lado en esos términos. Si prefieres quedarte aquí, te dejaré dinero para ayudarte a pagar tus estudios, luego me marcharé y no volveré a molestarte. Siempre me quedará la esperanza de que alguna vez vuelvas a casa, pero tendrá que ser bajo tus condiciones.

–No necesito dinero.

–¿No lo necesitas? Pero si te matas trabajando en ese restaurante por nada.

Vittorio se sentó en una mesa, sacó el talonario del bolsillo y extendió un cheque.

–Tómalo. ¡No seas orgullosa! –dijo con una sonrisa crispada–. Ambos sabemos que el orgullo puede ser fatal, aunque tú eres más sabia que yo. Así que acabemos con el orgullo.

Ella tomó el cheque con dedos temblorosos y luego lo miró con asombro.

–Pero esto es demasiado.

–Es tu parte de la cosecha. Todavía deseo que vuelvas a casa conmigo. Pero si no es así, adiós, mi amor –dijo, y luego la besó en la mejilla.

Fue un beso de amigos, no de un amante, pero nunca la había besado con tanto amor.

Sin más, Vittorio salió de la habitación.

Angela no se movió, todavía con el talón en la mano, consciente de que otra vez se abría una encrucijada en su vida y que esa vez no debía equivocarse.

Entonces oyó sus pasos en la escalera. Eran unos pasos como los que tantas veces habían asaltado sus sueños, pasos que se alejaban de su vida para siempre, dejando un vacío desolador.

Repentinamente, Angela volvió a la vida.

–¡Vittorio! –gritó–. ¡Vittorio, espera! –Vittorio casi había llegado a la calle, cuando oyó su llamada y se detuvo sin saber si era realidad o sólo parte de su anhelo–. ¡Vittorio! ¡Espérame, mi amor! ¡Mi amor!

Entonces Vittorio vio que bajaba las escaleras a toda prisa, con los ojos brillantes, en los que pudo leer la respuesta que buscaba. Abrió los brazos para recibirla y Angela se refugió en ellos, esa vez para siempre.